

Biología Almas Imperfectas 1
SOFI BAUTISTA



DOWN

Decir adiós, siempre será lo más difícil

The word "DOWN" is written in a large, stylized font where the letters are filled with a bright orange and yellow flame-like texture. The letters are slightly irregular and have a glowing, ember-like appearance.

*Porque el verdadero amor, no sabe
de matemáticas.*

SOFI BAUTISTA

**QUEDA TOTALMENTE PROHIBIDA
LA REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL
DE LA PRESENTE OBRA
Copyright © 2018 Sofi Bautista
Todos los derechos reservados.
ISBN-13: 9781717860613**

DEDICATORIA

Con todo mi amor para ustedes, que inspiran cada página.
Emmanuel Enrique / Eyleen Brianna / Eythan Dominic.

AGRADECIMIENTOS

Aprovecho también este espacio, para agradecer con el más sincero de los cariños a aquellas personas que con sus consejos ayudaron a que este libro sea lo que es el día de hoy.

A mi estimada y muy querida Escritora *Begoña Medina*, que se animó a darle una oportunidad y enamorarse de las imperfecciones de esta humilde obra y sin dudarlo me apoyó en este arduo y placentero camino.

A *Jaguar Coca*, un hombre talentoso que, con sus sabias palabras y franqueza, me inspiró a pulir mis ideas para mejorar la historia y darle una destacada mejoría.

A mi querida, bella y carismática *Maritza García*, quien se pone el duro traje de ser mi *Lectora 0*, y que con sus sabios y honestos consejos y puntos de vista me acompaña en cada una de mis locuras, obsequiándome con mucho cariño su tiempo y apoyo: Eres la voz de mi consciencia, y la mejor amiga que puede conseguir en este largo pero hermoso camino.

Y no podía faltar, mi sincero agradecimiento a mi querida y talentosa *Jacqueline González*, responsable de la corrección total y por sus acertados arreglos estilísticos, han permitido que este libro quede perfecto.

Sofi Bautista,
Guayaquil – Ecuador, agosto 2018

Índice

DEDICATORIA

AGRADECIMIENTOS

PRÓLOGO

UN CORAZÓN DIFERENTE

SENSACIONES

EL REGALO

UNA VIEJA HISTORIA DE AMOR

PEQUEÑOS FAVORES

LA REALIDAD

EL PLAN PERFECTO

LA PROPUESTA

LA PESADILLA

DESVENTAJAS

EL PEQUEÑO «ACCIDENTE»

CITA CON EL DIABLO

UN LOCO LLAMADO STONE

LO INESPERADO

EL TERRENO DE GUERRA

PLACENTERAS MALDADES

ESPERANZAS

CITA CON EMERY

EL AMOR

LA TERRIBLE VERDAD

PROFUNDOS PREJUICIOS

UN DESASTRE LLAMADO AMOR

RESIGNACIÓN

MÁS CERCA DEL CIELO
LA MAGIA DEL AMOR
PEQUEÑOS MILAGROS
PEQUEÑAS OPORTUNIDADES
GRANDES DETALLES
SEGUNDAS OPORTUNIDADES
VIDA
DESASTRE
CORAZONES ROTOS
SILENCIO
PROMESAS
ETERNO
RECUERDOS
MILAGROS
ALMA
LA DICHA DE AMAR
RESILIENCIA
EPÍLOGO
SOBRE LA AUTORA

PRÓLOGO

ALEX STONE

Quien dijo: «*Que los polos opuestos no se atraen*», estoy muy seguro de que jamás imaginó que podría existir una mujer singular, capaz de hacerte replantear algunas cosas sobre el amor y lo que este significa.

Y es que a veces, el «amor»; este amigo tan escurridizo llega a tu vida: midiendo 1.60 cm de estatura; larga cabellera castaña; enormes ojos marrones —que pueden ponerte de rodillas si ella quisiera—mientras se pavonea por todo el lugar vistiendo *leggings* de diferentes colores, y blusas de *chiffon*—que en lugar de ser conservadoras, le dan un aire inocente y provocador—mientras trata de infundir miedo con sus bajas zapatillas de bailarina; si, como te habrás dado cuenta, lo llevo muy mal por así decirlo.

En fin, he descubierto recientemente que la mujer que ahora gobierna mis pensamientos, y de la que estoy completamente seguro de que su risa es la cosa más *fresca* y *genuina* que he escuchado en mucho tiempo, le da un sentido completamente diferente a la definición de la palabra «*peculiar*».

Te imaginas conocer a una mujer que su idea de tortura es... ¿llevarte a una feria?

Si, como lo lees: «Una feria»

Estaba claro para mí, que su intención era desanimarme de cualquier intento de *cortejo*, luego de que mi mejor amigo, es decir, su hijo Lucas, pactó una cita a ciegas: pero no tan a «ciegas», considerando que, ya habíamos tenido un pequeño encuentro: «Encuentro» que más adelante seguro me vas a dar la razón y pensar igual que yo, que fue un «*accidente*».

Quiero que sepas que Lucas, es el eje principal que nos une, él que propició el encuentro ideal, para que yo hoy pueda decirte que *sí* creo en las «segundas oportunidades»; ya luego vas a conocer a este espectacular chico

cuya esencia perdurará para toda la vida dentro de mí, y de *ti*.

Claro, siempre y cuando le des una oportunidad para conocerlo y amarlo como es.

Te aseguro: No te vas a arrepentir.

Tienes mi palabra.

En fin, no te quiero aburrir con mis impresiones y voy a dejar que sea precisamente Lucas, mi mejor amigo, él que te narre el «*por qué*» pensó que este humilde servidor podría tener alguna *cualidad* para impresionar a esta bella dama.

Lo único que sí te voy a adelantar es que: Me enamoré de ella en nuestra primera cita, cuando perdió uno de mis zapatos más caros y huyó de la escena del crimen.

Pero, ahora viene lo difícil: Hacer que ella se enamore perdidamente de mí y que olvide que soy un completo idiota.

Se lo que estás pensando, con mi natural encanto será cosa fácil—«*pan comido*»—pero siento decirte que te tengo algunas sorpresas en el camino, porque quien dijo: «*Que el amor era fácil*», sencillamente no conoció a Isabella Blakely.

Soy Alex Stone, y mi alma gemela tiene un olor a desinfectante «Manzana Silvestre» y la tuya ¿*Qué olor tiene?*

UN CORAZÓN DIFERENTE

LUCAS

Soy Lucas Blakely, y trabajo como mesero en la cafetería “*Oh la la*”, el mejor lugar para pasar el tiempo de todo el pueblo *North Fruit*, (curioso nombre ¿verdad?, yo también lo creo) y, por poco me olvido, tengo síndrome de Down Mosaico. *Hey*, no te sientas triste... he tenido una muy buena vida y aunque no me creas, he sido más que feliz.

Inmensamente feliz.

Y a diferencia de lo que muchos creen, *o presumen que saben*, nosotros somos muy inteligentes, tenemos sentimientos y podemos razonar como cualquier otra persona.

Claro, nos cuesta un poquito más, *pero podemos hacerlo*.

Cada día somos conscientes de lo limitada de nuestras capacidades, y, aunque, a veces no lo comprendan, también aspiramos a tener “normalidad”.

En mi caso, mi síndrome de Down es el más *afortunado*, por así decirlo, porque existen tres tipos, y al parecer, me gané la lotería.

O eso dicen los doctores.

Mi síndrome de Down es mosaico, es decir, que solo algunas de mis células tienen un *cromosoma 21* extra, mientras otras células no lo tienen, por lo cual, la composición cromosómica en mis células no es homogénea, sino que presenta variantes.

Tranquilo, no te escandalices, yo tampoco entiendo mucho de lo que te estoy hablando. Según los doctores dicen, me gané el sorteo, porque esto ocurre aproximadamente, solo en el 1 % de personas que nacen con mi síndrome.

Pero hay un problema, eso me deja en el medio, porque contra todo pronóstico, casi puedo ser un chico “normal” ... *casi*.

Pero, no soy como cualquier otro chico. Mis facciones físicas son casi

imperceptibles, a menos que, me mires con especial atención, entonces sí te darás cuenta de que hay algo diferente en mí.

No es que importe. En mi pueblo, todos están conscientes de que tengo síndrome de Down. *Ah*, y también, porque a los cinco años, gracias a una inexplicable infección que atacó mi sistema inmune, hizo que tuviera una fuerte fiebre, tan intensa que provocó, que mi ojo derecho sufriera un gran daño, por lo que, desde ese día, quedó parcialmente cerrado y desviado. No lo recuerdo claramente, así que, básicamente, no sabría decirte si me dolió, o lo que sentí en ese entonces.

Pero ese detalle en mi rostro me delata completamente, y, gracias a que tengo problemas con la visión, uso lentes de aumento que ayudan a que mi ojo desviado, casi pase desapercibido.

O por lo menos, eso creo yo.

En fin, la situación siempre ha sido que no pertenezco realmente a ningún grupo específico. Físicamente, no soy igual a otros chicos con síndrome de Down, pero tampoco soy “normal”.

Pero sé esto con seguridad, yo tengo *síndrome de Down Mosaico*, y soy un ser humano, *como tú...*

Y déjame decirte, que nosotros nos preocupamos por las personas que nos rodean, como nuestras familias y amigos. También tenemos sueños, *sí*, tenemos muchos sueños. Quizá te rías o te parezca irreal que eso sea verdad, pero lo es.

Tenemos metas: Las mismas, que hubiera deseado cumplir.

Pero también soy realista, y noto la forma en que me miran las personas.

Y no es bonito.

No es agradable.

Y no es humano.

La campanita sobre la puerta de entrada a la cafetería suena, y nos alerta que ha llegado un nuevo cliente. Por costumbre, todos miramos siempre hacia la puerta. El día de hoy, estoy asignado a la caja registradora, y es una gran pena, porque acaba de entrar un ángel.

Emery Green...

No puedo evitarlo, mi corazón se acelera y late más rápido.

Es inevitable.

Siempre me ocurre cuando estoy a unos cuantos metros de ella, o si pienso en ella, o solo sonrío, o habla, o.... *¿saben qué?* olvídenlo. Soy un caso perdido.

Me enamoré de ella, mucho antes de saber que el cielo era azul y que la tierra no se come.

Su mirada persiste un momento sobre mí. *Lo sé*, no es su intención, es algo inevitable, aun así, sé que ella, en otro mundo paralelo, donde yo hubiera nacido normal, podría ser mi alma gemela.

No te rías...

Sé que eso sería *imposible*, realmente estoy al tanto de eso, pero un chico puede soñar, *¿verdad?*

Soy consciente de que ella es “*normal*”, y está claro que yo jamás podré ser considerado así.

Qué palabra más simple, pero cargada de tanto sentido. Si ustedes supieran, cuánto luché por tener un pedazo de *normalidad* cada día en mi vida.

No te miento, no quiero preferencias, ni favoritismos; no necesito las miradas o susurros de lástima. Ni quiero esos debates cansados donde las personas se sienten mejor por llamarnos “*especiales*”, cuando ni siquiera saben lo que realmente representamos, *lo que somos*. Sé que tampoco les gustaría tener a alguien como nosotros, trabajando para ellos.

Es desesperante cómo buscan palabras elaboradas para probar que están al día con nuestros derechos, que no son prejuiciosos, que se “*solidarizan*”, y que nos apoyan, cuando realmente, no nos dejarían al cuidado ni de sus mascotas.

Lo que verdaderamente necesito, es que se nos den las mismas oportunidades y desafíos que tendría cualquier chico de mi edad, que tengan paciencia, porque puedo hacerlo.

Las personas que tenemos cualquier tipo de síndrome o discapacidad, ya sea física o intelectual, luchamos cada día, porque no todos son capaces de tener una vida “*placentera*”. Unos sufren enfermedades desde que nacieron, y otros, han ido desarrollándolas a medida que crecieron, *así como yo*.

SENSACIONES

LUCAS

Poder decirte que sé, con exactitud cuándo me enfermé, sería mentirte, porque francamente no lo sé. Un día estaba bien, y al otro, cansado y adolorido. La cabeza me explotaba. Creo que la enfermedad siempre estuvo ahí, dentro de mí, *paciente*, esperando el mejor momento para darse a conocer.

El mejor momento para herir a quienes amo.

Mi mejor amigo Alex, me ayudó a solicitar exámenes de rutina en el hospital del pueblo, sin que se enterara mi mamá. No quería alarmarla o preocuparla por algo que podría fácilmente solucionar yo mismo, con descanso y vitaminas, pero siento decirles, que la suerte no estaba a mi favor.

En vista de que los exámenes preliminares salieron en mi contra, Alex, se rehusó a darse por vencido. En el fondo creo que también tenía tanto miedo, *como yo*. Así que me convenció para realizarme, por segunda vez, una ronda de nuevos exámenes, pero que estos fueran más específicos. *Más exhaustivos*.

Él tenía los medios y recursos para permitírselo, así que acepté, lo que sea para cambiar mi destino. Lo que sea... *para no herir a mi mamá*.

Pero él ya no los quería en el hospital del pueblo, por lo cual, viajamos hasta la ciudad de New York, buscando una segunda opinión médica. Por supuesto que tuve que omitir la verdad a mi mamá y decirle que me iba con Alex de *excursión*, al rancho turístico de la familia Corbin, que estaba más a o menos a una hora de nuestro pueblo.

Ella se emocionó, porque al fin salía de paseo con un amigo. *Si tan solo supiera... ¿Quién querría ser el amigo del que llaman fenómeno?*

Por lo que, me aproveché totalmente de que ella me alentara a que saliera de casa para que socializara e hiciera más amigos, para ocultar el hecho de que realmente iba a la Gran Manzana, a buscar una segunda oportunidad para

seguir vivo.

No estoy orgulloso por las mentiras que le he dicho a mi madre, pero he tenido que hacer las cosas que he creído eran las correctas.

No siempre lo correcto nos hace felices.

Y, tristemente, los nuevos exámenes que me realicé en una clínica privada en New York, solo confirmaron lo que ya sabía.

Iba a morir...

Y no había nada que pudiese hacerse para evitar ese futuro.

Por obvias razones, tuve que decírselo a mi tía Emma, y a mi abuela Margareth. Organicé una pequeña reunión en casa de mi abuela y se los anuncié. *Recuerdo cómo me sentí ese día.* El impacto de la noticia, sumado a la desesperación de no querer perderme, hizo la tarea más complicada. Primero, se rehusaban a aceptar la realidad, insistieron en que debería realizarme otros exámenes, pero me negué y les expliqué donde había ido y las cosas que me habían hecho.

Era definitivo.

Lloraron y me abrazaron deseando jamás tener que decirme adiós, mientras sus corazones se caían a pedazos y una parte de ellas moría un poco, por cada día que pasaba sin poder hacer nada. Ese día fue el principio de una despedida sin fin, porque cada domingo que voy junto a mi madre a la casa de la abuela a cenar, siempre me despido de ellas abrazándolas y susurrándoles cuánto las amo y la falta que me harán.

Algunas veces, los tres lloramos.

Mi madre piensa, que solo estamos siendo exagerados con nuestras despedidas. He insiste, en que una semana sin vernos no es para tanto, si los días pasan rápido, y los domingos, llegan en un abrir y cerrar de ojos.

Si tan solo supiera el porqué de las lágrimas de mi abuela cuando digo adiós, y el millón de besos que me da mi tía al momento de verme aparecer cada domingo por la puerta.

Y es mejor que así siga creyéndolo, que viva feliz en un mundo sin dolor, hasta cuando sea el día. El momento inevitable en que sea su turno de despedirse... *para siempre de mí.*

Por favor, ya quiten esa cara de velorio que nadie ha muerto... *bueno, aún no.*

Pero no nos adelantamos a los hechos, y concentrémonos en el presente.

Estoy en una misión.

No, no es esa clase de misión en la cual tengo que conquistar a esa

hermosa chica.

Esa no es la misión, *vamos a enfocarnos*.

La misión es un poco más compleja de lo que crees. Y es que, a pesar de que el tiempo no está de mi lado, tengo la esperanza de que sea el suficiente para ayudarme a completar mi objetivo.

Un *objetivo* que me enseñó, que a veces, las mejores familias solo son de dos integrantes.

Verás, mi madre es el *objetivo*, y ella es una mujer maravillosa, aunque piense que el *maravilloso* soy yo, pero, permíteme decirte que aquí, la única que se ganaría el premio a la mejor persona del mundo, siempre ha sido ella. Yo solo he sido afortunado de que me haya tocado esta extraordinaria mujer como mamá. Y es hora de que le devuelva, a esta espectacular mujer, toda la felicidad que me ha dado durante toda mi vida.

Y mi "*misión*", la que te comentaba... *es encontrarle un novio*.

Sí, como lo lees, un *novio*.

¡No te rías! ¡Es en serio!

Pero no cualquier novio. Necesito encontrar al hombre ideal, quien la ayude en el momento más difícil que por mi culpa, enfrentará.

Porque es un hecho que *sucederá*, y, francamente, lo único que me tiene nervioso es ese detalle.

Morir y dejarla sola...

Pero no me malinterpretes, no le tengo miedo a morir. Lo que realmente me aterroriza, es que mi madre se quede sola cuando eso suceda; *la conozco*, y sé que ella no estará bien. Se aislará del mundo, y se marchitará, igual que una rosa... *por el dolor*.

Y no puedo permitirlo, por lo que necesito estar seguro de que tendrá a alguien a su lado que la haga sonreír otra vez, y que cuide de ella cuando su alma se sienta rota y triste porque perdió a su hijo.

No quiero irme dejándola perdida y destrozada. *No podría estar tranquilo*.

Necesito sentir que la dejen en buenas manos, y que este hombre la ayude a superar los días difíciles cuando yo ya no esté. Que la ayude a salir de la cama, cuando se le haga muy difícil. Lo necesito a *él*, para que la motive a levantarse cada día a disfrutar de la vida.

Que la ayude a vivir nuevas aventuras.

Aventuras sin mí...

Ahora, me encantaría contarte mi historia y que descubras que a veces de

las malas cosas surgen grandes regalos.
Si no me crees, siéntate y disfruta.

EL REGALO

ISABELLA

New York
12 de junio del 1999
Clínica "San José"
Verano

Ser madre es algo maravilloso.

Desde que te enteras de que estas embarazada, tu corazón se convierte como en una gigante bola de emoción, que va incrementando con el pasar de los meses, y que explota como si fuera un *4 de julio*, con muchos fuegos artificiales que iluminan tu corazón cuando ves por primera vez a esa personita tan indefensa que creció dentro de ti.

Y aún me parece un sueño que esto esté pasándome.

Soy madre...

Y mientras contemplo, con tanto amor a mi pequeño hijo, quien duerme plácidamente entre mis brazos, es inevitable no pensar en todo lo que hemos sentido y experimentado en este precioso tiempo que fue llevarlo en mi vientre.

Mi esposo David, nos tiene envueltos en un abrazo protector. He insistido que vaya a casa a bañarse y a descansar un poco, porque, ciertamente ya nuestras noches no serán iguales, *mejor dicho*, ya nada de nuestra vida será igual, pero se ha rehusado, no quiere despegarse ni un segundo de nuestro hijo.

Lo ama demasiado. Mi corazón se siente pesado por tanto amor y felicidad que nos rodea en este momento.

Sonrío recordando lo tierno que se veía cuando lo sostuvo por primera vez, y empezó a soñar despierto mientras conversaba con nuestro hijo en voz alta, explicándole todo lo que quiere enseñarle sobre chicas y el fútbol. *Todo*

lo que harán juntos.

Hombres...

Miro a mi esposo con tanto amor, fue un largo camino. Teníamos tantas ilusiones y miedos, *¿y si no quedaba embarazada rápido? ¿Y si éramos infértiles?* Pero un retraso en mi periodo y una prueba de embarazo más tarde, y estábamos saltando de alegría con mi esposo.

Por fin *embarazados*: Al primer intento y no podíamos sentirnos más felices.

Era lo que necesitaba nuestra familia, un nuevo integrante y tendríamos todo.

Una hermosa familia para amar.

UNA VIEJA HISTORIA DE AMOR

ISABELLA

David y yo nos conocimos cuando estábamos aún en pañales, él era mayor por dos años, pero eso no impidió que fuera mi mejor amigo, por lo que no fue sorpresa que termináramos enamorados.

Nuestras madres eran mejores amigas, y estaban encantadas cuando en mi fiesta de quince años anunciamos que éramos novios.

Él tenía casi dieciocho años, y yo quince, y a pesar de que pronto se iría a la universidad en la gran ciudad de New York, a seguir la carrera de Administración de Empresas, no estaba preocupada en absoluto de quedarme en nuestro pequeño pueblo llamado, *North Fruit*: Que se llamaba así, porque de aquí sale la más grande exportación de frutas del norte. Y a pesar de ser un pueblo no tan grande, gozábamos de un gran turismo, gracias a nuestras ferias, donde los turistas podían venir y experimentar el sabor de los mejores frutos de la región.

Se marchó y el tiempo pasó, y para nadie fue sorpresa cuando cumplí los dieciocho años y él enseguida me propuso matrimonio. Nos casamos y tuvimos una pequeña recepción, a pesar de no haber tenido una gran boda como casi todas mis primas. Para mí, fue el mejor día de mi vida, pero ahora eso palidece al compararlo con hoy. El día que, al fin, logré sostener a mi hijo.

Ese sentimiento no se compara con ninguno.

Ya casada viajé hasta la enorme ciudad de New York. Alquilamos un pequeño departamento en un edificio sencillo que ofrecía arriendos económicos. Pronto me matriculé en la misma universidad y empecé mis clases. Estaba impresionada y enamorada de la hermosa y ruidosa ciudad de New York, y yo sentía que todo estaba en perfecta sintonía.

Siempre hablamos sobre tener hijos, pero con él, en tercer año de

Administración, y con tres largos años más por delante de estudio y prácticas, y siendo nueva estudiante en una carrera de finanzas, se podría decir que estábamos algo apretados. Sin contar que recién habíamos cumplido siete meses de casados.

Pero eso no fue impedimento para que, la noche antes de salir, a un viaje de casi dos horas para llegar a nuestro pueblo natal, para disfrutar allá del inicio de las vacaciones de otoño, él sacara el tema del bebé.

Estábamos recostados en el sofá en medio de nuestra pequeña sala viendo una película de comedia que habíamos alquilado. David siempre había sido un hombre seguro y tranquilo, todo lo planeaba, y me gustaba eso de él. Pero hace más o menos a inicio de este mes de septiembre, lo notaba nervioso, y en algunas ocasiones, lo sorprendía observándome atentamente, y eso hacía sonrojarme.

David era un hombre muy atractivo, cabello rubio cenizo desordenado, grandes ojos verdes, una boca sensual y un cuerpo delgado, pero atlético, de un metro ochenta. Lo amaba, y sabía que me había sacado la lotería, que él también estuviera en el mismo tren del amor en el que iba yo iba sentada.

—*¿Por qué me miras tanto?* —le pregunté sonriendo. Mi rostro fijo en la pequeña televisión que teníamos en nuestra sala.

Desde hace más de una hora que la película había empezado y la mirada de David había caído sobre mí. Todo ese tiempo el calor de su mirada se mantuvo sobre mí. Podía sentirla, a pesar de que, cuando me reía de alguna escena y él no lo hacía, su atención completa estaba sobre mí.

Y eso que los dos amábamos los clásicos de Bruce Willis. *Bueno*, él no tanto, pero por mí, soportaba mi enamoramiento con ese hombre.

Se aclaró la garganta, y yo reí. Casi parecía el día en que me propuso matrimonio.

Una emoción burbujeo dentro de mí, sea lo que sea que me iba a decir, él ya lo había meditado mucho y cambiaría nuestras vidas.

—Quiero que tengamos un bebé —confesó, mientras mi mirada buscó la de él.

Mi corazón se saltó dos latidos cuando vi su rostro mortalmente serio.

«*¡No podía creerlo!*».

Me había quedado sin palabras. Y antes de que pudiera contestar, se apresuró a decir:

—No quiero obligarte —agregó nervioso. Mientras nos acomodábamos en el sofá para quedar frente a frente.

—David, yo...—traté de hablar, pero él me interrumpió.

—No tienes que sentirte obligada ni nada, sé que este es tu primer año y me gustaría que pudieras experimentar todo lo que yo viví ese primer año también, pero —suspiró pesadamente—, es que te veo y no puedo parar de imaginarte toda redonda e hinchada con nuestra hija dentro, porque quiero una hija, pero si es un niño, me da igual, solo imagina lo hermoso que sería tener una parte de ti y de mí creciendo aquí. —Colocó sus manos sobre mi vientre.

Mi corazón se derritió, y no había dudas. Jamás las hubo para empezar.

Por supuesto que quería ser madre. Desde que me había casado, algo había cambiado dentro de mí. A veces me detenía en un escaparate donde exhibían hermosa ropita para bebés, hermosos zapatitos y osos. Añoraba poder tener esas cosas, aquí en la casa. Juguetes regados y risas a montones.

Por lo que, cochecitos y cunas se volvieron mi secreto. No quería presionar a David, ya suficiente estrés tenía con su carrera universitaria. Había noches en que venía a la cama pasada las tres de la mañana, cansado de estudiar tanto, lo cual era admirable ver cuánto se esforzaba por conseguir su sueño; y yo quería ser su apoyo, no una carga.

Además, en sus horas libres, trabajaba como cajero en una panadería cerca del campus. Por lo que, el dinero que ganaba de su trabajo de medio tiempo, más mi pequeño sueldo que aportaba como ayudante junior en la biblioteca municipal, nos ayudaba a costear nuestras necesidades.

Administración de Empresas era una carrera complicada, gracias al cielo estaba siendo financiada por sus padres, por lo que no quería agregarle más estrés a su vida, y un bebé, ciertamente, era una enorme responsabilidad. Pero al ver su rostro sabía que él ya había pensado en todas esas cosas, y que ya tenía la solución.

—Cariño... —tomé su rostro en mis manos y lo miré a los ojos—, te amo, y la respuesta es *sí*, nada me haría más feliz que tener un bebé contigo. Sea un niño o una niña, no importa. Mientras que sea contigo, *lo quiero todo*.

Desde esa noche nos convertimos en “conejos”. Disculpen mi risa, pero desde ese día, mi esposo se convirtió en un hombre con una *misión*.

Una misión que dio frutos, seis semanas después, y no podríamos estar más felices. Íbamos a ser padres y nada podría ser mejor. Absolutamente nada.

PEQUEÑOS FAVORES

LUCAS

Presente

North Fruit – New York

19 de septiembre, 2017

Disculpa que interrumpa la historia de mi madre, pero como ves, yo vine al mundo siendo deseado, y eso, en las noches donde las dudas me acechan, sobre si soy querido o no, *recuerdo eso*.

La historia que solía contarme mi mamá, sobre que mi papá fue el que me quiso siempre, *desde el inicio*, hace que mi corazón salte de alegría y amor.

Llego a casa a las ocho en punto de la noche, y encuentro a mi madre dormida en el sofá, la beso en la frente y ella revolotea sus preciosos ojos castaños hacia mí.

¿Les dije que mi madre era también la mujer más hermosa del mundo?

Su largo cabello oscuro está recogido en un moño suelto sobre su cabeza y huele a flores. *Ella siempre huele a flores, aunque no se haya bañado*.

Gracias a una pequeña herencia que recibió por parte de mi tío abuelo Gerardo, quien falleció, ayudó a que mi madre pudiera tener su negocio propio.

En la actualidad ella es la feliz propietaria de una floristería que se llama «Down Flowers» *¿entienden?* El nombre de su floristería es en honor a mí.

Todo en la vida de esta maravillosa mujer, siempre ha girado en torno a mí. Y es por eso, por lo que tengo que darme prisa. *El tiempo es un lujo que no tengo*.

Una sonrisa amorosa me estremece el corazón: Mi madre merece ser feliz.

—Llegaste. ¿Qué hora es? —pregunta, mientras se sienta en el sofá restregándose la cara y estirándose.

—Las ocho, ni un minuto más, ni un minuto menos. —Sonrío.

Les explico el motivo de mi respuesta: Sucede, que soy todo lo que tiene

esta increíble mujer, y a pesar de que me costó una eternidad convencerla de que era lo suficiente capaz de trabajar, y de ir a mi trabajo sin necesitar una niñera. No me siento orgulloso, pero tuve que utilizar la tarjeta de... *tengo síndrome de Down y jamás me tratas normal*, que funcionó como creí que lo haría, pero... *impuso una regla*.

Una sola regla que jamás he roto.

Y esa regla es... *«llegar siempre a mi casa a las ocho de la noche, en punto»*; Ni un minuto más, ni un minuto menos.

Me da un beso en la frente y se levanta. Ella es muy devota a no bañarse después de llegar del trabajo, dice que no hay nada mejor que un buen baño antes de acostarse a dormir, por lo que aún viste la misma ropa con la que se marchó al trabajo esta mañana.

—La cena ya está lista, puedes lavarte las manos y ayudarme a poner la mesa —dice pícaramente, mientras desaparece en la cocina.

—*¡Por supuesto, mamá!*, me encanta poner la mesa. Todo el día estoy ansioso de venir a mi casa, para seguir arreglando mesas. —contesto con sarcasmo mientras río.

Escucho su risa en la cocina y el sonido de los platos.

Pero, *hey*, les dije, mi mamá es la mejor en todo. Y ella siempre me trata “normal” y eso... eso es lo que más amo de ella. No puedo recordar un día, en que ella me haya hecho sentir diferente o indeseado.

Diez minutos después, estamos comiendo una deliciosa pasta con albóndigas.

¿También les conté que mi madre es una gran cocinera?

Pues, si no lo hice, déjenme decirles que mi mamá es una gran chef, le encanta cocinar y yo amo su comida. Después de varios minutos sin hablar, hago la pregunta que ha estado rondando mi cabeza todo el día.

—¿Y qué tal la cita?

—¿Qué cita? —pregunta, realmente confundida.

Pongo los ojos en blanco, bueno mis ojos imaginarios, porque claramente, por mi problema de visión, y con una vista un poco desviada, sería imposible lograr esa hazaña.

—Espera... —Mi madre ahora me señala con su tenedor— ¿Fuiste tú, quien le dio la idea a Roberto de invitarme a salir?

Mi silencio es su respuesta, y antes de que pueda explicarle por qué lo hice, deja caer su tenedor sobre el plato y se cubre la cara con sus manos.

—*¡Qué vergüenza!* —chilla, avergonzada—. Realmente debo verme

patética, si mi hijo de dieciocho años tiene que andar buscándome citas. —Su voz sale amortiguada, y una punzada me golpea el corazón.

Olvidó decir, que tiene *síndrome de Down*. Supongo, que realmente no había pensado en cómo lo vería ella.

Roberto es su ayudante en la floristería, y es amigo nuestro. Un hombre de unos cuarenta años, callado e introvertido, quien aún vive con su madre, después que su exmujer, lo dejó sin nada. Bueno, esa es la historia que me contó mi tía Emma.

Ella es algo “indiscreta” dice mi mamá.

Mi tía Emma es como lo que podríamos llamar mi secuaz, mi *ayudante*. Ella se ofreció ayudarme cuando le conté sobre mi “misión”. Así que, juntos pensamos en los posibles candidatos, tomando en cuenta que mi madre no sale nunca.

—Pen... pen... pensé que te... te... gus... gus... gustaba. —Me odió en ese momento. Mi vergüenza alborota mis problemas de lenguaje.

Uno de mis mayores logros, fue poder hablar bien. Me costó años de terapia, pero lo conseguí a los cuatro años, pero, cuando mi cerebro se estresa, se ve reflejado en mi habla. Odio cuando eso ocurre, porque es como un jarro de agua helada sobre mi madre. Recuerda que no tiene un hijo normal, sino, con síndrome de Down.

¡Genial, lo último que deseaba!

—¡No! No, cariño. Tranquilo. —Alcanza mi mano y la aprieta, mientras me mira directamente a los ojos—. No tienes la culpa, te agradezco que quieras que tu vieja madre salga, pero...

—Tú no estás vieja —la interrumpo riendo—, tienes *treinta y siete años*.

Juro que, si mis ojos estuvieran bien, ya hace tiempo se hubieran atrofiado de tanto ponerlos en blanco. Esta mujer a veces es como si viviera en otra época.

Mi madre tiene esta loca idea de que está vieja. Pregunto, ¿existe un manual, del que ignoro completamente, donde nos dicen hasta qué edad está permitido enamorarse o algo así?

—La señora Fischer, tiene como sesenta años, y cada mañana pasando dos días veo salir un hombre diferente de su casa —informo a mi madre. Su cara se pone pálida y su boca se abre.

—*¿En serio?* —pregunta, sorprendida.

Se ha quedado sin palabras, mientras asiento lentamente, y sin previo aviso suelta una enorme carcajada. Yo empiezo a reír con ella; su risa es muy

contagiosa, pero sobre todo porque cuando mi madre ríe, todo en el mundo está bien.

La señora Fischer, es nuestra vecina: Vive a tres casas de la nuestra y es una mujer que, a pesar de su avanzada edad «se conserva muy bien» *según dice Roberto*; a él se lo comenté una vez que fui a ayudar a mi mamá en la floristería y nos quedamos a solas porque ella salió a entregar un ramo de flores.

Según él: La señora Fisher es aún una mujer atractiva, a pesar de su edad; Así que vamos a confiar en él.

Mi madre se tranquiliza lo suficiente para decir:

—Bueno, en ese caso, cada uno es libre de hacer con su vida amorosa lo que crea mejor. —Sus mejillas se ruborizan—. Pero no sé de dónde sacaste la idea de que deseaba salir con Roberto. —Me guiña un ojo, pero luce escéptica.

Sonrío feliz, porque vuelvo a ser un joven como cualquier otro ante sus hermosos ojos. Tal vez siempre me ha visto así, y mis complejos solo están en mi cabeza.

—Tú misma dijiste que Roberto era el mejor ayudante que has tenido. Que era leal, amable, simpático... —no deja que termine y me hace un ademán con la mano.

—Dije esas cosas porque son verdad, no porque me guste o algo así. Yo no estoy interesada en tener algo con él, o con cualquier otro hombre; estoy bien como estoy, no me hace falta nada, porque además de la floristería, tengo lo más importante, *te tengo a ti*. Tú inundas mi vida de suficiente amor y cariño, que no necesito del amor de un hombre.

Su rostro se llena de amor mientras vuelve a poner su mano sobre la mía, la envuelve y le da un rápido apretón.

Mi estómago es un pozo sin fondo y mi corazón da un tras pies; *ese es el detalle mamá, muy pronto no me tendrás a mí tampoco*. Y en lugar de decirle sobre mi enfermedad, le regreso el apretón aún más fuerte, tratando de tragar mis lágrimas.

Te extrañaré muchísimo, quiero decirle, pero en su lugar, me obligo a forzar una sonrisa feliz, mientras mi cerebro se inunda de estrés por mi siguiente pregunta.

—¿No... no... e... extra... añas a... a mi... mi pa... papá? —Mi voz suena rota e insegura.

La cara de mi mamá decae completamente, y me detesto por sacar el

tema. Se aclara la garganta, sus ojos clavados en nuestro sencillo mantel.

—Algunas personas creen que el amor empieza y termina con una sola persona, que es de su propiedad, que, si esa persona se va, o muere, jamás serán capaces de volver a sentir lo mismo otra vez. —Hace una pausa, considerando sus siguientes palabras.

Después de un segundo, sus ojos se encuentran con los míos y sonrío.
Feliz.

—Cuando tú naciste, y te sostuve por primera vez entre mis brazos, el amor que sentía creció un millón de veces. Me enamoré de ti, de tu padre y de toda mi familia. En fin, fui diferente, el amor me cambió, pero el amor, no es propiedad de nadie. Y no, *NO extraño a tu papá*. Puede que a veces extrañe, quizá, ese revoloteo en el estómago, pero es nada más eso, una sensación. —Sonríe—. Yo no tengo necesidad de extrañar eso, porque el amor que tengo aquí, *junto a ti*, es mucho más brillante que la idea de volver a enamorarme de otro hombre. Posiblemente algún día. *Pero no hoy.*

Mi abdomen se llena de agujas, el tiempo se me escapa de las manos, y mientras que mi madre, siga con ese pensamiento, no voy a lograr mi misión. Trago dolorosamente, y me aclaro la garganta.

—¿Y si aparece el hombre perfecto para ti? —pregunto, esperanzado, rehusándome a darme por vencido.

—No existe tal cosa, cariño —asegura firmemente, sonriendo, mientras continúa comiendo—, las *personas* que creen que existe alguien perfecto aguardando por ellos es ilógico; solo uno puede determinar qué “ideal” es esa persona para ti, y lo haces una vez que lo conoces. De otra manera, es imposible saberlo solo con mirarlo. Puede que te guste, porque la atracción física es un hecho, pero jamás sabrás si son *ideales*, a menos que pasen tiempo juntos. Algunos aman la idea de estar con alguien, porque temen a la soledad. Cuando el verdadero amor, va más allá que pasar unas cuantas horas con esa persona. Transciende lo físico. Es más... *una sintonía espiritual.*

Sonríe cálidamente, como si supiera un secreto. Yo me sonrojo, porque creo que sé a lo que se refiere. Porque es parecido a lo que siento, cuando pienso o estoy cerca de Emery. He visto chicas hermosas, pero ninguna como ella; su alma es pura y generosa, y eso, la hace aún más bella e inalcanzable.

El hombre que se case con ella será muy afortunado.

Mi mamá es una persona romántica, la mayoría de las películas que escogemos para ver los sábados en la tarde son romance o de comedia.

O de Bruce Willis...

Más tarde esa noche, y vistiendo mi ropa de dormir, me detengo en el umbral de la puerta de su habitación. Ella está sacudiendo y acomodando sus sábanas y almohadas para poder ir a dormir. Son apenas las nueve y media, aunque para ella es casi como si fuera medianoche.

—¿Qué sucede, cariño? —pregunta, mientras se detiene con una almohada en sus manos.

Me aclaro la garganta.

—¿Puedo dormir contigo, así como cuando era pequeño? —pregunto avergonzado. Tengo años que no he pedido dormir con ella.

Mi mamá se relaja visiblemente, en tanto abre la colcha y las sábanas.

—Por supuesto cariño, no tienes ni que preguntar. En mi cama siempre serás bienvenido mi pequeño *comegalletas*. —Sonríe—. Ven duermes y hazle compañía a tu vieja madre.

—Ya te dije que no estás vieja, Roberto dijo que eras sexi. —Arrugo mi cara entrando a la habitación, mi madre frunce el ceño desconcertada—. Bueno, no sé qué significa eso, pero por su expresión, supongo que quiso decir, que eras muy guapa. —Sonríe mientras me meto a la cama.

—Voy a hablar seriamente con Roberto. No es correcto que vaya por ahí diciendo esas cosas de su jefa. ¿Y si las personas empiezan a especular? Sabes que no me gustan los escándalos, ni los chismes.

Apaga la luz, y unos segundos después, se desliza junto a mí. Me gusta como huele mi mamá. Su cabello, principalmente. Huele a uva. Suspiro tristemente: Definitivamente, su olor, va a ser una de las cosas que más extrañaré.

LA REALIDAD

Solía dormir con ella, hasta que cumplí los diez años. Todo cambió cuando Samuel, el hijo de la señora Neil, quien creí que era mi mejor amigo en ese entonces, cometí el error de contarle ese detalle y él me hizo sentir tonto por dormir con mi mamá. Al día siguiente, en la escuela, todos lo sabían y me llamaban el “*fenómeno tuerto bebé*”. Yo solo quería ser aceptado, pero las burlas no pararon hasta después de varios años.

Tiempo después, me enteré de que él, solo había aceptado una apuesta para ver si podía ser amigo del “*discapacitado*”, y que le habían prometido una gran recompensa. Estoy feliz de comunicarles, que él ganó cinco dólares, y yo lloré casi seis meses todas las noches, hasta quedarme dormido.

Pero lo peor fue que, gracias a que contó mi secreto, vinieron burlas como:

Tuerto.

Rarito.

Asqueroso.

Fenómeno.

Estúpido.

Lelo.

Tarado

Espantoso.

Leproso (ni siquiera sabía qué significaba eso a esa edad).

Reemplazaron el “*tuerto bebé*”, pero seguía doliendo igual. A los once años, era difícil entender por qué ninguno de los chicos me quería, o por qué se burlaban de mí y eran crueles.

Algunos hasta me golpeaban en la cabeza o me escupían cuando pasaban cerca de ellos. Había días que pasaba más de diez minutos en el baño para poder limpiar la saliva de mis lentes. No comprendía nada. Yo no era malo, quería tener amigos. *Muchos amigos.*

Siempre me aseguré de guardar otra camisa limpia dentro de mi maleta,

para poder reemplazar la sucia al salir de clases. *Gracias al cielo*, todas mis camisas eran casi iguales, mangas largas clásicas, y mi mamá no se percataba de que siempre regresaba a casa con una camisa diferente. No quería meter a nadie en problemas, así que jamás se lo dije a mi mamá o alguno de mis profesores.

Tenía la esperanza de que a pesar de todo eso, ellos un día, me escogieran para jugar, y quisieran ser mis amigos para siempre.

Pero nunca pasó.

Nunca me eligieron para jugar en un equipo, y nadie vino y se sentó junto a mí en el almuerzo. Nunca tuve amigos que me felicitaron por mis buenas notas, o que podría invitar para mi cumpleaños, ni que me invitaran a sus casas a dormir. No tuve un *mejor amigo* que me saludara diciendo “¡*Choca las cinco compañero!*”.

Esas cosas solo estaban en mi imaginación: *Ahí*, era amigo de todos los chicos de la escuela.

En la realidad, yo solo era el único niño con síndrome de Down de todo el pueblo, y que, para el colmo, no era el común *síndrome* que todos conocían, sino que tenía uno que ni siquiera yo mismo entendía.

En este momento, esas burlas me parecen tontas mientras me abraza mi mamá. Tantas noches desperdiciadas cuando podía haber pasado aquí, absorbiendo todo su amor para ver si así, no la extrañaré tanto a donde sea que vaya.

Mi mamá me abraza fuerte mientras me acomodo sobre su cálido pecho. Puedo oír su corazón calmado y seguro.

—Hasta mañana cariño. *Te amo mucho*. Descansa —se despide ya adormilada, besándome en la cabeza.

—Hasta mañana mamá. *Yo también te amo mucho* —susurro en la oscuridad y la voz se me rompe un poco.

Me consuelo en el sonido de su pacífica respiración. Voy a extrañar tanto su olor, su calor, su risa y su voz. Ella siempre ha sido mi única amiga.

Extrañaré tanto conversar con ella, reír y ver películas.

Si no me doy prisa, mi mamá muy pronto va a tener algo más que una casa vacía.

Las personas piensan que solo sufren los que se quedan, pero eso no es verdad. Yo ya estoy sufriendo, y aún estoy aquí, porque no sé a dónde voy a ir, pero da igual donde sea, porque no importa lo que dicen los libros o el pastor de la iglesia, sé que donde vaya a estar, no importa lo hermoso o

pacífico que sea, *nunca seré feliz*, porque sencillamente no va a estar *ahí* mi mamá.

EL PLAN PERFECTO

ISABELLA

Presente

North Fruit – New York

4 de octubre, 2017

Hoy no trabaja mi hijo en la cafetería, así que dejo encargado todo a Roberto en la floristería, y salgo apresurada.

Si tengo suerte puede que la alcance. Gracias al cielo que, a Lucas, en su único día libre le gusta pasar tiempo con su mejor amigo Alex, y no conmigo en la floristería, si no, no hubiera podido salir y tentar mi suerte.

Me apresuro caminando por las concurridas calles. Lo bueno de vivir en un pueblo no tan grande, es que todo está relativamente cerca, y la cafetería está a solo diez minutos.

Saludo a la mayoría de las personas en mi camino. Aquí todos nos conocemos. Puede ser una bendición como también una pesadilla, dependiendo qué tipo de vida llevas.

Siempre he procurado comportarme bien, y es por eso por lo que no salgo con nadie de aquí. Una relación ciertamente puede salir mal, si no sabes con quién te involucras. Y con mi suerte, no quiero ni pensar en las consecuencias. Y escándalos es lo que menos necesita mi hijo en su vida.

Llego a la cafetería y empiezo mi búsqueda visual. Espero que ella esté aún aquí, cruzo mis dedos y trato de divisarla por la pared de vidrio.

La cafetería “*Oh, la la*”, es un agradable lugar con elegantes asientos y mesas en la parte interior, y unas cuantas en el exterior. La pared principal del local es de vidrio, que permite apreciar el extenso y hermoso parque que queda a una cuadra. En primavera es todo un espectáculo.

La puerta se abre y frente a mí tengo a la persona que vine a buscar.

—¡Señora Blakely! ¡Buenas tardes! —me saluda Emery, mientras da unos

pasos fuera del local, cerrando la puerta tras de ella. Sonríe.

Su voz es cálida y dulce, como si se alegrara realmente de verme. *Quizá* hay esperanzas.

Emery es hija de la señora Green, una viuda que ha tenido que criar sola a sus cuatro hijas. Pero de todas ellas, Emery... *Emery* es de esas almas que están en sintonía con todo.

Le sonrío mientras digo:

—Emery, qué bien que te encuentro, quería hablar contigo. Ven, sentémonos aquí —pido apresuradamente, mientras la arrastro prácticamente a una pequeña mesa de dos asientos.

Los adolescentes de hoy en día poco quieren conversar con los adultos. No quiero desperdiciar la oportunidad.

—Por supuesto, ¿hay algo que pueda hacer por usted? —pregunta, preocupada.

Así es Emery, ella siempre preocupada por los demás. Desde que era pequeña, siempre estaba pendiente de que todos estuvieran bien, pero había algo en su trato hacia Lucas. Y si tengo suerte, esas miradas y sonrisas no han sido mal interpretadas. Cruzo los dedos para que no sea así, y le pido al cielo que mi instinto de madre no se equivoque.

—No, todo está bien. Cuéntame ¿Cómo has estado? Supe que te vas a quedar aquí y asistirás a la universidad comunitaria.

Me había enterado esta mañana gracias a la señora Mackenzie, quien entró a la floristería hablando por teléfono, de lo buena hija que era Emery por quedarse aquí en el pueblo para ayudar a su madre en la granja, en lugar de ser ingrata y marcharse a la universidad, en New York.

Trato de disimular mi alegría: Si se queda aquí, hay más posibilidades para que sus sentimientos por Lucas echen raíces.

Sonríe tímidamente, mientras asiente.

—Así es señora Blakely, mi madre necesita mucha ayuda con el negocio, y creo que lo mejor será que me quede ayudando en lo que más pueda.

La señora Green tiene una pequeña granja, donde tiene las mejores vacas que dan la más exquisita leche de este pueblo. Su negocio es muy prospero, que hasta la vende en otros pueblos. Una lástima que haya tenido cuatro hijas y ningún varón.

Solo puedo imaginar el trabajo pesado que es para todas ellas llevar una granja.

Asiento estando de acuerdo.

Es curioso, pero junto a ella, me siento relajada. Me imagino que es porque sé que jamás juzga a Lucas. Es generosa, como se han dado cuenta. Y como les dije, no hay nadie más en quien pueda pensar que sería ideal para mi hijo que Emery.

Y sé que a ella le gusta Lucas, o por lo menos, es lo que percibo *en ocasiones*.

—Quería... —me aclaro la garganta nerviosa—, bueno, quería ser sincera. Hoy esperaba que habláramos un poco sobre Lucas. Y por favor, llámame Isabella o Isa. *Señora Blakely* me hace sentir como una tatarabuela.

Sus ojos se abren mucho y un sonrojo azota sus mejillas mientras sonrío y asiento.

Lo sabía...

A ella le gusta.

¡Gracias al cielo no estoy loca!

No soy tonta, sé que eso sería casi imposible. Ella es tan hermosa, pero como les dije Emery es diferente.

—Señora Bla... *perdón*, Isabella... —dice mi nombre avergonzada y toma una profunda respiración—, pero no sé qué podría decirle, no somos exactamente amigos. —Su voz es triste mientras juguetea con sus manos.

Además, está nerviosa y eso me hace fruncir el ceño. *Hay algo aquí que me estoy perdiendo*.

—Sé eso, pero estoy al tanto de que a mi hijo le gustas y pues... —Su rostro decae con mi afirmación, y me interrumpe.

—Creo que ha malinterpretado a Lucas. Yo no creo que le gusté a él, ni siquiera creo que le agrade. —Su declaración termina en un susurro.

Sus ojos evitan los míos. Mi corazón corre preocupado.

—No sé de dónde has sacado eso, pero conozco a mi hijo y sé que tú —la señalo—, le gustas, no me sorprendería si un día de estos te invita a salir...

—No. Eso es imposible —dice tajante, su mirada triste se encuentra con la mía.

Quizá mal interpreté todo y Emery no siente nada por mi hijo. Mi estómago cae con ese pensamiento. Quizás esto es demasiado estresante para ella, porque me imagino que ya sospecha de mi propósito al hablar con ella.

Es probable que se sienta mal por rechazar a Lucas. Después de todo, no es una situación ideal, *ni fácil*.

Tenía que haber pensado esto mejor.

—¿Sabes qué...? —me levanto de la silla resignada, ofreciéndole una

sonrisa apenada—, discúlpame, había tenido una loca idea sobre Lucas y tú, pero, *olvidalo*. Perdona si te incomodé, no era esa mi intención.

Miro avergonzada hacia el cielo: Vine aquí llena de ilusión, porque creí que había leído bien las señales; pero parece que he sacado todo de contexto, porque a pesar de que mi hijo tenga síndrome de Down leve, al final del día seguirá teniendo *síndrome de Down*. Siempre será diferente a otros chicos convirtiéndose en hombres, y no sería justo para Emery que, prácticamente la coaccione a que salga con Lucas.

Eso no haría a nadie feliz, en especial a Lucas. Suspiro triste: Vaya lío que casi ocasiono.

Estoy lista para marcharme cuando Emery, se levanta y me agarra la mano, temblorosa; la miro a los ojos confundida.

—Lo invité a salir —confiesa, avergonzada.

Me congelo.

Ahora es ella quien suspira, mientras sus ojos me cuentan la tristeza que siente.

—Pero me rechazó. Así que no creo que él sienta algo por mí. Posiblemente usted está confundida, y a Lucas le gusta otra chica. Pero no soy yo. *De eso estoy segura*.

—Sentémonos. —Le pido emocionada y confundida.

No puedo evitar observarla con nuevos ojos, sabiendo que ella siente algo por mi hijo, y que fue más lejos de lo que jamás creí, como invitarlo a salir. Siempre he notado que ella ve en Lucas, lo que yo he visto desde que nació y crecía, un hombre competente para todo, bueno, educado, considerado y capaz de amar con tanta devoción. El que quizá su cerebro se desarrolle un poco diferente al de nosotros, solo lo hace más espectacular: *Más digno de amar*.

Me aclaro la garganta, tratando de darle sentido a lo que me ha contado. Claramente, está avergonzada por el rechazo de Lucas, pero es más la tristeza en su corazón lo que me preocupa.

—Tal vez estaba nervioso, ya sabes cómo son los adolescentes. —Suspiro mientras estrujo mi cerebro, buscando una explicación para el rechazo de Lucas—. Es que no le encuentro sentido...

—No lo sé, Isabella. —musita, avergonzada—. Hace un mes atrás, me arriesgué. Yo también creí que él a lo mejor podía sentir algo por mí, digo... —suelta una risa nerviosa y sin humor—, no soy despistada, he visto ciertas miradas cada vez que vengo a la cafetería. Así que, obviamente considerando

que Lucas... que Lucas no es... —su declaración muere mientras vuelve a sonrojarse.

Sé perfectamente a qué se refiere, me gusta esto de ella, su sinceridad. No trata de tapar un hecho, la condición de mi hijo viene con reproches y discriminación.

—Te entiendo, no tienes por qué sentirte avergonzada por estar consciente de la condición de Lucas. *Ahora*, si la cuestión es porque te gusta un joven con síndrome de Down y eso te hace sentir humillada...

—¿*Qué?* ¡No! —declara, un poco molesta.

Me gusta esa ferocidad, mi hijo necesita más amigos así, por lo que sonrío dulcemente hacia ella.

—Para mí, Lucas es como cualquier otro joven, y, a la vez, es diferente. —Suspira y mira el cielo como buscando las palabras—. No puedo creer que vaya a decirle estas cosas a su mamá. *Pero ahí voy.*

Me preparo para lo que sea. Con los adolescentes es difícil estar seguro lo que va a salir de su boca.

—Lucas, para mí, es igual que cualquier otro chico de mi edad, pero a la vez, es *más*. ¿Cómo decirlo sin parecer loca? —niega con la cabeza, pero continua—, *él* es compasivo, gracioso, es... todo. —Suspira cerrando sus ojos y sonrío—. Créame cuando le digo, que traté con todas mis fuerzas que no me gustara Lucas.

¡Ouch! Eso dolió.

Mi corazón se sienta sobre un cubo de hielo; porque a pesar de estar un poco decepcionada y triste por su admisión, la comprendo perfectamente. El síndrome de Down viene con retos y profundos problemas de aceptación en la sociedad, no la culpo por sentirse de esa manera.

Las personas tememos a lo que no conocemos, o no *entendemos*. Y mientras que mi hijo es un chico maravilloso, siempre será portador de la trisomía del par 21. Siempre será considerado un chico “especial”, *aunque odie esa palabra.*

Fuerzo una sonrisa que no siento, lista para marcharme. Ya no me interesa jugar a cupido. Claramente no había pensado en todo. En ninguna circunstancia obligaría a esta dulce chica a renunciar a conocer y poder tener una vida normal, junto a un hombre común que la ayudaría con su vida, más de lo que mi hijo jamás podrá.

Por supuesto, mi hijo tiene voluntad, pero Emery va a necesitar casarse con un hombre que ayude en su granja, y por más que yo me haya ilusionado

sobre la unión de estos dos, la realidad es que la salud de mi hijo es buena, pero tampoco como para llevar la responsabilidad de un trabajo tan pesado como ese. Hay tantas cosas que podrían salir mal dentro de una granja, y que, definitivamente podrían herir a mi hijo.

Interrumpo a Emery, mis hombros caídos igual que mi corazón:

—¿Sabes qué, Emery? Esta fue una mala idea, no te preocupes hija. Comprendo perfectamente...

—No Isabella. *No comprendes*. Yo siento que estoy enamorada. —Sus ojos brillan de emoción. Mientras sostiene mi mano—. Cuando pienso en Lucas siento tantas cosas, pero lástima o vergüenza, no es una de ellas; cuando digo que luché, es porque sabía que esto pasaría... *que él no sentiría nada por mí*. Yo no soy ese “*más*” para él. ¿Comprendes? ¿Cómo voy a sentir lástima de un hombre que trabaja cada día, que siempre me ha demostrado lo buen ser humano que es?, y, además, ha sido empleado del mes diez veces este año, y eso que estamos en octubre. —Las dos nos reímos.

—Mi hijo es un chico que tiene un lema: Si vas a hacer algo...

Me sorprende gratamente, cuando Emery se une a finalizar el lema de mi Lucas.

—...hazlo bien, o sencillamente no estorbes. —Volvemos a reír.

Debo reconocer que Emery no deja de sorprenderme. Suspira y sé, que lo que va a decir no me va a gustar.

—Él dijo: «Emery no puedo ser ese chico, no tengo tiempo para eso». —Mi corazón cae y mi sonrisa muere.

Lo que Lucas le ha dicho es algo, incluso cruel. No me explicó por qué le diría algo así.

—Bueno, estoy sin palabras. —Trago el nudo en mi garganta, de repente me siento mal por ella.

Una cosa es que te rechace un chico normal, y otra muy distinta, es que lo haga un chico como Lucas.

—Tengo que irme, Isabella, mi madre me espera para que le ayude con la computadora. De igual, ya no importa. Quizá su hijo tiene razón. —Me ofrece una débil sonrisa mientras se levanta y yo hago lo mismo.

La situación es clara. La pelota está en mi jardín.

—No te preocupes. Igual tengo que regresar a la floristería. Gracias por charlar conmigo. Perdona a mi hijo. ¿Está bien? —la miró a los ojos—, a veces los hombres son tontos.

Nos reímos rompiendo la incomodidad y me sorprende cuando se acerca

y me abraza.

—Lucas es un chico espectacular. *Me hubiera encantado salir con él.* —
Me da un último apretón y se marcha.

Tengo el presentimiento de que algo está pasando con Lucas, pero no logro precisar qué es.

Supongo que esta noche, mi hijo y yo, tendremos una conversación.

LA PROPUESTA

ISABELLA

Cuando llego a nuestro departamento, son las ocho y media de la noche, abro la puerta y encuentro a Lucas en el sofá viendo su serie favorita “*The Bing Bang Theory*”.

—Lo siento cariño, se me hizo tarde.

Dejo las llaves sobre nuestra pequeña mesa junto a la puerta y cuelgo mi pequeño bolso y abrigo. Lucas sonrío mientras me acerco y le doy un beso en la cabeza.

—Hola, mamá, pedí pizza. Dentro de unos quince minutos debería estar aquí. —Vuelve a sonreír. Su ojo derecho hoy luce un poco más cerrado. *Hinchado*. Quizá no ha descansado bien este día, pienso tratando de no desviarme de mi conversación con Emery.

Me dejo caer en el sofá junto a él, y siento que este momento es perfecto como cualquier otro para sostener la conversación que ha estado agobiándome toda la tarde.

—Hoy conversé con Emery —le comento casual esperando una reacción.

Conozco a mi hijo, pero me sorprende cuando no demuestra nada. Sus ojos con anteojos fijos en mí. Mi corazón siempre se detiene un poco cuando mi mirada se estanca en su ojito derecho, *en serio que hoy luce hasta un poco más desviado y rojo*.

No puedo evitar sentir un poco de miedo al recordar cómo esa fiebre apareció de la nada y su ojo derecho empezó a desviarse, y a cerrarse. Sentí tanto miedo, pero a pesar de tantos exámenes, en el hospital del pueblo, ningún doctor pudo precisar qué pasó.

Dos días después, mi hijo se recuperó de la fiebre, pero su ojo jamás regresó a la normalidad.

Si se sintiera mal, él me lo diría. Me relajo recordando que nosotros no tenemos secretos, y si él estuviera enfermo, ya me lo hubiera dicho.

Además, está la autorización o poder, como sea que lo llamen, que le firmé al momento de cumplir los dieciocho años, donde lo declaraba capacitado para decidir sobre su salud. Eso fue lo que él pidió de regalo de cumpleaños. Y no crean, no fue fácil para mí. Lo medité mucho, pero al final, fue un gran salto de fe que tomé. Porque, considerando solo aquella fiebre que sufrió cuando era pequeño, jamás ha estado enfermo realmente, por lo que, confío en que no hay nada de qué preocuparse.

Él me diría si algo anduviera mal.

Sonríó mientras trató de contener las lágrimas. Recuerdo el asunto en cuestión, y considero que tal vez Lucas, puede que tenga problemas de autoestima, y no lo haya notado.

Sí, eso tendría sentido y explicaría por qué rechazó a Emery.

Su defecto físico debió influir muchísimo en su decisión. Como no dice nada, continúo, esta vez más decidida a convencerlo de que a pesar de su condición, es digno de que una chica como Emery lo ame.

—Me contó que te ha invitado a salir, y que la rechazaste.

Su expresión decae, y, por primera vez lo veo triste. *Realmente triste.*

—Sí, mamá, no fue mi intención lastimarla. —Luce apesadumbrado.

—A ella realmente le gustas, y lo que sea que le dijiste, le hizo daño — confieso—. No quiero que te sientas mal ni nada, pero explícame por qué no aceptaste la invitación de esta maravillosa chica, que sé... —le doy una larga mirada que dice, que yo sé muchas cosas y que no discuta—, que a ti también te gusta. *Desde que eras pequeño.* —Esta vez me pongo seria—. Hijo, ¿por qué rechazaste a la chica que te gusta?

Pregunto realmente esperando una respuesta sincera. Creo que Lucas y yo deberíamos volver a las terapias con la psicóloga Brown. Sus sesiones puede que lo ayuden ahora que es adolescente, así como nos ayudó mucho mientras crecía.

—No es lo que piensas mamá. —Se aclara la garganta levantándose del sofá.

—Entonces, *¿qué es?* ¡Vamos, cuéntame!, soy tu mamá. No hay secretos entre nosotros. —Él desvía la mirada y eso me hace dudar. Empieza a caminar de un lado a otro.

Luce cansado y nervioso. *¿Ha bajado de peso? ¿Desde cuándo luce así?*

—¿Si estás descansando bien, hijo? Te veo agotado y algo delgado. Además, tu ojo luce hinchado... *¿estás realmente bien?* ¿No quieres mañana ir donde el doctor Jones? Puedo decirle a Roberto que se haga cargo de la

floristería y tú podrías llamar a los señores D'Caruso, para que te den libre la mañana y así... —hablo muy rápido porque mis alarmas se disparan, pero él me interrumpe mientras sonrío.

—No te preocupes. —Sonríe feliz, y mi corazón se tranquiliza un poco. Quizá estoy exagerando—. Hoy me entró jabón en el ojo, no es nada grave. Y si ahora luzco así, es porque estoy haciendo ejercicio con Alex. *Quiero estar en buena forma.* —Se golpea el abdomen—. Debo empezar a preocuparme por mi estado físico, no siempre voy a ser joven y eso que dices que ya uno es viejo a los treinta y siete años. —Eso me hace reír y él me regala una sonrisa de dientes completos—. Además, estoy algo estresado, porque aún no recibo la contestación de la universidad.

Le regalo una sonrisa alentadora. *Eso tiene que ser.* Sé cuánto desea entrar a la universidad y obtener un título. Lo importante que es para él, demostrarles a las personas que es capaz de tener una vida independiente.

—Cariño, tranquilo, por supuesto que te aceptarán. —Le aseguro, mientras me muevo más al filo del sofá—. Estarían locos si se perdieran de tener a un excelente estudiante como tú. Y pues, debes decirle a Alex que baje la revolución, porque, a este paso que vas, muy pronto solo van a quedar huesos. —Sonriendo asiente.

Yo me relajo. Reflexiono un momento y mi cerebro se ilumina con una suposición. —¿Es por eso por lo que rechazaste a Emery? —pregunto sonriendo.

Eso tendría muchísimo sentido. Posiblemente piensa que ella se va a ir a New York, y que su relación a distancia no va a funcionar.

Sí, eso debe ser.

—Porque déjame decirte que Emery, se va a quedar *aquí*. Estudiará en la universidad comunitaria. No quiere dejar sola a su mamá con todo el trabajo de la granja —le cuento esperanzada a que esa noticia lo anime.

Sé que Emery, será una gran influencia para él.

—No mamá, no fue por eso. —Sonríe triste, y no parece animado como creí—. Es solo que ella... es *ella* mamá, y yo soy *yo*.

Su declaración me paraliza.

Se siente como un golpe en la cara. Mis ojos amenazan con desbordarse de lágrimas. Me gustaría decirle tantas cosas, pero *¿de qué serviría?*, nada va a cambiar la forma en la cual él se ve.

Lucas es simpático, pero prevalecen un poco sus rasgos característicos por su condición; sus lentes cubren sus hermosos ojos verdes oscuros, su cabello

es de un marrón claro que siempre luce desordenado y su sonrisa es única.

Mide un metro setenta de estatura, y eso es realmente alto para otros chicos con síndrome de Down, pero nada de eso importa, porque su problema es con su cerebro. Siempre le va a costar entender un poco las cosas. Le toma tiempo para desarrollar rutinas, socializar, y aún tiene problemas con su lenguaje. La rutina es su fortaleza, lo desconocido lo desestabiliza.

—Entonces, me estás diciendo... —trago el nudo que tengo en la garganta—, que la rechazaste porque te dio... *¿miedo? ¿Te sientes poca cosa?* —niego tristemente con la cabeza, mientras me levanto. *Tiene que existir una solución. Algo que lo motive a salir con ella.*

—No fue por miedo, *yo no tengo miedo* —declara ofendido, ruborizándose.

Me río sarcásticamente al ver su reacción. Me concentro en esas señales y una idea se me acaba de ocurrir. Cruzo los dedos para que dé resultado.

—No, jovencito, a mí no me engañas. Lo hiciste... *porque eres cobarde.*
—Finjo estar decepcionada.

—*¡No soy cobarde!* Es solo que... —trata de justificarse, pero lo interrumpo mientras camino a la cocina para que no vea mi sonrisa. Esta idea le da mucho ánimo a mi alma.

—Sí lo eres. Emery tuvo mucha suerte de que la rechazaras, porque sinceramente a mí no me gustaría que mi hija saliera con un cobarde. —Afirmo procurando que mi voz salga seria y plana. Estoy casi segura de que, si sigo presionando, pronto conseguiré mi objetivo.

Me escondo en la cocina justo cuando el timbre del departamento suena. La pizza ha llegado, eso me da unos minutos para idear bien mi plan de ataque.

Unos minutos después Lucas entra en la cocina, lleva en sus manos la caja de la pizza y la deja sobre el mostrador.

—Hagamos un trato. —Sonríe—. Yo me disculpo con Emery y la invito a salir, si tú... —me señala—, sales también en una cita.

—Trato —contesto sin pensarlo, empiezo a coger dos vasos—. Mañana mismo hablo con Roberto para ver si el sábado...

—No. —Me interrumpe. Me giro hacia él y niega con la cabeza, esta vez su sonrisa es más ancha, más feliz.

Me detengo con los vasos en la mano.

—*¿No?*, creí que querías que saliera con Roberto. Te recuerdo que hasta lo alentaste a que me invite a salir. —No dice nada, continuo—. Y, ¿con

quién voy a salir? No es como que en este pueblo inunden los solteros.

Me río tratando de pensar en los candidatos. Dejo los vasos sobre el mesón, me cruzo de brazos y lo miro atentamente. Mi cerebro se queda en blanco por unos segundos, pero una posibilidad arremete contra mi cerebro y mi sonrisa muere, a no ser...

—El señor Stone —dice calmado, su sonrisa es deslumbrante.

Mi estómago y corazón caen en picada.

¡Oh, Dios mío!... acabo de aceptar una cita con el diablo.

LA PESADILLA

ISABELLA

Estoy en mi cama y dando vueltas.

Stone.

Alex Stone.

Suelto una risa amarga mientras doy vueltas sobre mi cama tratando de encontrar una posición cómoda. Veinte minutos después me doy por vencida, y me quedo boca arriba acostada mirando mi techo.

Alex Stone es todo lo opuesto a Roberto—no es que critique a mi fiel empleado—pero no hay nada de atractivo en un hombre divorciado que vive con su madre; *perdón Roberto...*

Pero aún con esa realidad, tengo deseos de patearme por haber disuadido a Roberto de no salir conmigo, ahora mira en el tremendo embrollo en el que estoy metida. Porque si estuviera saliendo con Roberto, a mi hijo jamás se le hubiera ocurrido que saliera con el *anticristo*.

Cierro los ojos y pido al cielo que ese hombre se rompa una pierna.

Lo sé, *lo sé*, está mal pedir algo así: Pero sinceramente preferiría irme a sacar una muela sin anestesia, que estar una hora en su presencia.

Y mejor que él se la rompa a que yo, ¿verdad? Además, *él es millonario, y yo necesito mis dos piernas para trabajar.*

Suspiro, resignada, porque *Alex Stone* y yo, no somos compatibles.

¡Lo juro! No estoy exagerando.

La primera y última vez que hable con él, fue cuando me atropelló con su carrito en el supermercado: *No es broma.*

Él hace honor a su apellido, porque su cara nunca revela nada. Y créanme, su cara te pone nerviosa, y, además, ni siquiera se disculpó.

El incidente ocurrió, hace tres años atrás. Yo me había quedado sin cintas para los adornos de unos jarrones que teníamos que entregar al día siguiente, por lo que dejé la floristería encargada de Roberto, quien estaba ocupado

recibiendo las cajas de flores que habíamos solicitado para el matrimonio de la hija de los señores Smith. Ellos deseaban quinientos arreglos de rosas blancas y rojas, y llevábamos cerca de cuatrocientos arreglos ya listos, por lo que, aún teníamos cien arreglos pendientes, así que, salí apresurada de la floristería.

Está de más decirles, que lucía desaliñada, y *casi* parecía, que no me había bañado en días. Pero trabajar, desde la una de la madrugada, haciendo arreglos florales, *bueno*, ciertamente, eso te da un aspecto, como de zombi de *The Walking Dead*, pero que olía a flores.

Entré en el *Mini Market* a toda prisa, medio saludé a Carlos, quien estaba en la caja y corrí por el pasillo de manualidades, pidiendo al cielo que los niños de la primaria aún no hayan venido hacer sus compras para la próxima feria de talentos, y se hayan agotado las cintas.

Tropecé directamente contra el «*Anticristo*». Confieso que tuve un pequeño enamoramiento con él, cuando recién llegó al pueblo. Digo, hay que ser ciega, lesbiana o muy vieja, para no reconocer que ese hombre es atractivo. Bueno, hasta que abre la boca y te demuestra que se le ve mejor callado.

Ese es su verdadero atractivo.

En fin, caí prácticamente dentro de su carrito con algunas compras, y ni siquiera detuvo su marcha. Es por eso por lo que digo, que casi me atropelló. Fue uno de mis momentos más embarazosos de toda la vida.

¿Sí les mencioné que no se detuvo?

¿Qué idiota no se detiene, y ayuda a una mujer a levantarse cuando se cae dentro de su carrito de compras?

La respuesta es clara: *Alex Stone alias, el anticristo.*

Y eso no fue todo, la vergüenza colosal vendría segundos después al decir:

—Si quieres mi atención, te recomiendo que, primero, empieces con un buen baño, porque realmente lo necesitas, luego que finjas un poco mejor, y *te actualices*, ya está pasado de moda ese viejo truco del *tropiezo*.

Por fin detuvo el carrito, y me levanté como pude. Estaba horrorizada e insultada. Me gustaría decirles que le dije hasta de cuál mal iba a morir a tan joven edad, pero, cuando recuperé mis facultades para contestarle y defender mi honor, él ya había desaparecido por el siguiente pasillo.

Me estremezco al pensar cuánto me irrita ese hombre. Es arrogante y sarcástico, además de que cada mujer de este pueblo, prácticamente, ha

tenido un sueño que lo involucre y no, no creo que esos sueños sean aptos para menores... ni para señoras de mi edad.

Suspiro mientras considero mis opciones, y pienso en cómo hacer esto sin hacer trampa.

Podría conversar con él... ¡Sí, *eso haré!* Me ilusiono con ese pensamiento.

Puedo conversar con él, como dos adultos, y ser sincera sobre el *porqué* mi hijo le pidió que saliera conmigo.

No habrá situaciones mal interpretadas. Además, es abogado, y ellos son inteligentes... o *idiotas*.

Cierro los ojos y le pido al cielo que sea lo primero. *Por el bien de Stone en todo caso.*

Será fácil explicarle que necesito que finja por esa noche, para que mi hijo cumpla con su promesa.

No debe ser tan idiota, *¿verdad?* Digo, quizá ha de estar aburrido de que algunas mujeres busquen su atención, eso explicaría su actitud hacia mí ese día en el *Mini Market*. Arrugo la nariz con ese pensamiento.

No voy a mentirles y seré sincera, y es que me sorprendió cuando Lucas me dijo que quería que saliera con mi *némesis*, *ok, lo siento, quizás estoy exagerando un poco*, pero es que así lo siento. Como un enemigo que me declaró la guerra sin provocarlo; sin mencionar que me consternó el hecho de que incluso Lucas ya había hablado con él, y que este había aceptado encantado salir conmigo el viernes.

¿Cuándo había pasado eso?

¿Después de nuestro incómodo momento, él realmente había aceptado?

No tenía ni la menor idea de porqué lo había hecho.

Supongo que tiene «memoria de pollo» y ya olvidó nuestro vergonzoso encuentro.

Lástima que yo no...

Miro el reloj y son las dos de la mañana. Ya es oficialmente miércoles, y a pesar de que tengo que levantarme en cuatro horas no tengo ni una pizca de sueño.

Mi corazón se agita un poco, y esta vez es pensando en que quizá no quiera ayudarme.

¡Qué idiota sería si hace eso!

Supongo que nada podrá salvarme de hablar con él otra vez. No necesito que su ego crezca más suponiendo que envíe a mi hijo a pedirle que me invite

a salir. *Seamos realistas un momento*, hombres como Alex Stone se creen inteligentes e irresistibles. Porque, si es como pienso que es (existe un 99.9 % de que lo sea) sospecho que tiene que haberse regocijado cuando mi inocente hijo le pidió que saliera conmigo. Me estremezco con esa idea.

Tal vez ahora piense que cambié mi táctica y esperé tres años para volver a tantear mi suerte con él.

Se me revuelve el estómago con ese pensamiento. Me volteo a la izquierda y veo la foto de Lucas conmigo en la feria del año pasado, y sonrío malévolamente porque se me acaba de ocurrir una idea mejor.

De repente, estoy muy ansiosa de que sea viernes.

Alex Stone, ni siquiera va a saber que lo golpeó.

DESVENTAJAS

STONE

Presente
New York

Estoy bastante seguro, de que entre el cielo y el infierno había un pequeño paso, o un *nombre*.

Levanto mi mirada del montón de documentos a tiempo, para ver aparecer el estresado rostro de mi secretaria por la puerta entreabierta de mi despacho.

Tenía desde inicio de esta semana, analizando concienzudamente el caso que había caído hace un mes atrás sobre mi escritorio: Un desfalco millonario a una de las causas benéficas mas grande que tenía la ciudad.

Tenía menos de tres semanas, para presentarnos e ir a juicio y no, *yo no estaba defendiendo a los buenos*, de hecho, muy tarde me había dado cuenta, que mi cliente, en todo caso, era muy «culpable» de todo lo que se le acusaba:

-*Robo.*

-*Extorción.*

-*Soborno.*

-*Malversación de fondos.*

En fin, la lista seguía y seguía: Estaba seguro, que ni el mejor abogado del mundo, podría librarlo de la cárcel.

—Jefe, si ya no me necesita, voy a tomar mi descanso, que tan merecidamente me he ganado. —Me ofreció una sonrisa de disculpa—. Por cierto, el joven Lucas, espera en la línea 1.

Desapareció de la entrada sin aguardar una respuesta.

No la podía culpar; la tenía trabajando horas extras tratando de conseguir

copias de las nuevas evidencias que habían sido presentada el día de hoy contra nuestro cliente.

Pero al parecer, nadie quería colaborar: Eso sucede cuando defiendes a un hombre que robó miles de dólares a niños sin hogar; pensé amargamente.

Fruncí el ceño mientras levantaba el auricular y lo acercaba a mi oído y presionaba el número 1.

—Antes de que empieces a reprenderme por no llamarte al número privado, quiero infórmate que lo tienes apagado —anunció mi mejor amigo y una pequeña risa se le escapa.

Muevo algunos documentos, hasta que encuentro mi celular y efectivamente, está apagado.

Me recuesto contra el respaldar de mi silla giratoria y suspiro cerrando los ojos.

—¿Te he mencionado qué estoy replanteándome seriamente, retirarme antes de tiempo y dedicarme a la pacífica vida de nuestro colorido pueblo?

—Al menos, unas 20 000 veces desde que nos conocemos. —Atestigua, risueño—. Pero si somos francos, no creo que te sientas cómodo sin hacer lo que te apasiona. Ser abogado siempre fue tu sueño desde pequeño.

Hago una mueca mientras recuerdo que, sin el trabajo, me iba a volver loco cuando Lucas no estuviera.

Un nudo se forma en mi estómago con ese pensamiento.

—¿Y cómo te has sentido? —pregunto, sin rastro de humor mientras abro mis ojos y clavo mi mirada en una de las fotos sobre de mi escritorio.

Es un selfie de Lucas y yo, en el riachuelo de nuestro pueblo: Le estaba enseñando a pescar ese día, y aun cuando ese día no pescamos ni un solo pescado, él sonreía tan grande mientras hacía la foto.

Con el peso del recuerdo, siento que respirar es tarea difícil.

Cierro mis ojos otra vez, y respiro profundamente: No sabía que sería de mis sábados sin él para compartirlos.

La voz alegre de Lucas me atrajo hacia el presente.

—Sorprendentemente, me siento mucho mejor. —Río, como alguien que no supiera que su muerte estaba cada vez más cerca; Cómo si no tuviera ningún problema en la vida.

Me levanto de la silla, sintiendo que tengo que hacer algo, para no dejarme llevar por la angustia que siempre me embargaba pensando en que, a pesar de tener tanto dinero a mi nombre, no podía comprar la única cosa más deseada en esta vida: *Salud para mi mejor amigo.*

Pensar mi vida sin él, me ponía en un estado de ánimo deplorable. Y tenía que recordar sobre todo que le había prometido que estos pocos meses que teníamos juntos, no íbamos hablar de las cosas que no podíamos cambiar; Que íbamos a disfrutar de nuestro tiempo juntos. Crear muchos recuerdos para que me ayuden a sobrellevar cada día, después de nuestra inevitable despedida.

—En ese caso, me alegro mucho. —Arrastro una pesada mano por mi rostro sin saber que más decir—. Ya sabes, si necesitas más medicamentos para el dolor, puedes llamar a Tessa para que me entregue el pedido y así llevártelo al pueblo. ¿Aún está en pie la caminata por el sendero de la montaña o quieres posponerlo?

—¡Por supuesto que sí! La caminata es un hecho —confirma, entusiasmado—. Y con relación a los medicamentos, por ahora estoy bien, no necesito más, pero en cuanto esté a punto de agotarse te lo hago saber.

Me relajo y vuelvo a sentarme, mientras trato de disimular un suspiro de alivio.

Lo más importante para mí, era que él se sintiera lo mejor posible mientras llegaba el día: El día donde por segunda vez, iba a perder a otra persona que amaba.

Empecé a sacarme la corbata de manera descuidada sintiendo que me sofocaba.

—Por cierto, tienes una cita con una «hermosa dama» este viernes.

Su declaración me detuvo en el acto; un mal presentimiento alzándose en la boca de mi estómago.

Tenía perfecto conocimiento a quien él llamaba «*hermosa dama*».

Cerré los ojos y fingí que me estaba imaginando lo que había dicho.

No contesté.

—Se que me has escuchado. —Soltó una risa conocedora—. La cita es a las siete de la noche y creí pertinente, que sea en tu viejo lugar. Ya sabes, el restaurante *D'SOL*, para que te sientas cómodo y a gusto.

Una mueca se dibujó en mi cara al recordar el principal motivo del «*por qué*» esto era una pésima idea.

—¿Si recuerdas aquella vieja historia que te conté, sobre el pequeño incidente que sufrí con esa «*bella dama*» a la que te refieres?

Su risa esta vez se escuchó más vibrante y llena de vida. No pude evitarlo y sonreí a mi pesar.

—Pues entonces, tienes la suerte de tener otra *oportunidad* para

impresionarla como es debido. —Estuve tentado a mentirle y decirle que estaba enfermo—. Siempre he creído que las segundas impresiones a veces son las mejores. —Expuso, confiado—. Además, *ella*, no es rencorosa —acotó, convencido—, de seguro que ya olvidó ese viejo encuentro. Te comenté que, si no fuera *por ti*, jamás me hubiera enterado de ese «accidente». —Empezó a reír otra vez—. Ella jamás lo ha mencionado. *Eso debe significar algo*.

Estaba seguro, de que sus motivos eran quizás porque recordaba con demasiado detalle ese día. Desistí de sacarme la corbata y en su lugar me quedé mirando el piso negro de mi oficina, mientras Lucas, se despedía y repetía los datos de la cita: Haciéndome prometer que haría que su madre disfrutara de una hermosa velada en el restaurante.

Le aseguré que no se preocupara que iba a cumplir con mi palabra y asistir a la cita—quería hacerlo feliz—a pesar de que me había prometido hace tiempo no salir con ninguna mujer.

El *acoso* era una cosa muy rutinaria para mí.

Demasiadas mujeres desesperadas en «atraparme» me habían convertido en un desconfiado con relación a mis encuentros con el género femenino: Nunca eran casuales o «accidentales».

Y hace tres años no había sido la excepción.

EL PEQUEÑO «ACCIDENTE»

STONE

North Fruit – New York
Tres años antes.
Febrero, 2015

Hacer mis compras regulares eran todo un reto, considerando el acoso constante que recibía por parte de las solteras del pueblo y la presión de mi familia por rehacer mi vida, la rutina me tenía sofocado y entonces ocurrió; sin tener oportunidad de prepararme para nuestro encuentro, la conocí de la peor manera.

No es que justifique mi comportamiento, pero ¿quién no ha tenido un mal día? Y sinceramente, yo los tenía con demasiada regularidad.

Ella se estrelló prácticamente contra mi carrito de compra. No me detuve porque su peso era relativamente soportable para el pequeño transporte: Lo sé, soy un completo idiota.

Debo confesar que, hasta ese momento, no había reparado en *quién* se trataba, solo imaginé que era otra mujer tratando de llamar mi atención; y fallando miserablemente.

Por lo que, sin darle tiempo, y juzgando su apariencia, solté lo primero que se me pasó por la cabeza.

—Si quieres mi atención, te recomiendo que, primero, empieces con un buen baño, porque realmente lo necesitas, luego que finjas un poco mejor, y *te actualices*; ya está pasado de moda ese viejo truco del *tropiezo*.

No fue hasta que me detuve a recoger una lata de frijoles en aquel pasillo, que ella pudo levantarse—exacto, tampoco la ayudé a levantarse. Creo que ya habíamos acordado que era completo idiota, no es necesario que me lo repitas—y quedar frente a mí, que tuve la oportunidad de verla realmente.

Y fue en ese momento que mi cerebro se iluminó e hizo «*clic*» mientras

vislumbraba lentamente sus rasgos y la reconocía como la única mujer del pueblo que era capaz de soportar: Isabella Blakely, la madre de mi mejor amigo; y que aún no me la habían presentado oficialmente.

Suspiré pesadamente: *Estaba en serios aprietos.*

Así que siendo el hombre astuto e inteligente y que amaba por sobre todo su vida, aproveché el pequeño minuto en el que sus hermosos ojos se cerraron y empezó a respirar de manera tranquila—imagino que buscando recomponerse de la penosa situación—desaparecí en el siguiente pasillo.

Donde me refugié hasta que la vi abandonar el establecimiento; Concuero que: aparte de idiota, fui un completo cobarde.

Entonces, ahora comprendes, que no tuve culpa directa del pequeño «accidente»; es decir, que a cualquier persona en el mundo le puede ocurrir que se levanta un día creyendo que su día será de lo más pacífico, por lo que decide hacer sus compras semanales en el *Mini Market* de su pueblo, sin imaginarse que al final de esa tranquila tarea va a terminar atropellando a la madre de su mejor amigo.

Tienes que estar a mi favor, y reconocer que, si existía una víctima en esta horrible situación...*ese era yo.*

Como sea, no importa lo que tú creas, o lo que, en su efecto, Isabella crea: Yo tengo la consciencia limpia; Fue culpa de ella por andar acosándome.

Estoy seguro, de que me vio por los pasillos y planeo todo para que parezca un «*accidente*».

Como soy el mejor amigo de Lucas, ella quizás pensó que era presa fácil. Que mi evidente cariño hacia su hijo, le daría la oportunidad perfecta de «confraternizar» conmigo; te imaginas a lo que me refiero... *¿verdad?*

A fin de cuentas, la curiosidad me ganó y flaqueé: Una semana después, y en vista que Lucas, no me hacía ningún comentario sobre mi encuentro con su madre, me aventuré y le solté la historia— esperando averiguar si su madre le había hecho algún comentario grosero sobre mí—pero, para mí total sorpresa: *Ella* no había hecho mención del percance; pero mi mejor amigo, sí que encontró muy divertido e hilarante el suceso.

Y creo que es el único que piensa de esa manera, porque apuesto gran parte de mi fortuna, que su querida madre no piensa igual.

Era probable que en lo que reste su vida quisiera volver a ver mi rostro; y mucho menos me la imagino saltando en un pie, emocionada por aquella cita pactada conmigo.

Tiempo después, me llegaron «noticias»—debo advertirte, que este

pueblo es muy servicial a la hora de extender rumores o chismes—que luego de aquel día, en que trágicamente nuestros caminos colisionaron: Ella me llamaba el... «*Anticristo*».

Trato de no tomármelo personal, tal vez son solo eso... «*rumores*».

En fin, no me iba adelantar a los hechos, ya que pronto lo descubriría de primera mano: El viernes estaba a la vuelta de la esquina y yo tenía una cita incómoda a la cual sobrevivir.

Pero de algo si estaba estaba completamente seguro: Mi comportamiento de ese entonces, lo iba a pagar con creces esa noche.

CITA CON EL DIABLO

ISABELLA

El viernes llegó más rápido de lo que deseaba; tomando en cuenta que tuve una crisis nerviosa hoy en la mañana, cuando abrí mi pequeño clóset y consideré la ropa que usaría esta noche en mi cita con aquel hombre.

Mi hermana Emma se apoya en el marco de la puerta mientras me evalúa.

—Para estar enojada por salir con un hombre que te desagrada completamente, veo que vas demasiado arreglada. —Se burla de mi atuendo mientras se sienta en mi cama.

—*¡Oh, por favor!*, tiene que agradecer que me vaya a presentar. —Me miro en mi espejo de cuerpo entero y sonrío feliz al ver mi atuendo.

Excelente, me doy un pulgar arriba.

Me decidí por una camisa manga larga de color blanco, pantalón *blue jean* y mis zapatillas de bailarinas. Luzco como si fuera a la floristería y no a una cita.

Porque no es como que quiero impresionarlo o algo así. Porque si ese fuera el caso, me hubiera puesto el vestido negro de manga corta que llega hasta mis rodillas que me queda una talla menos y delinea mi silueta. *Por supuesto*, ese me hubiera puesto si quisiera *deslumbrarlo*, pero como no es el caso, mi atuendo actual tiene que funcionar.

—*¡Cálmate, Isa!* Te ves súper guapa y ese hombre se va a comer sus palabras cuando te vea —asegura tratando de infundirme confianza con una sonrisa.

Yo me estremezco. Si mi hermana cree que con sus palabras me está tranquilizando, la pobre está fallando completamente, trayendo a mi mente ese vergonzoso día. Me paso las manos nerviosas sobre mi cabello que está recogido en un moño suelto sobre mi cabeza.

—Solo quiero que esta noche termine pronto. Si el plan va como espero,

esta cita terminará más pronto que nunca. —Sonrío confiada.

El plan tiene que funcionar y punto. Alex Stone no sabe qué noche le voy a hacer pasar.

Y lo mejor, es que *NO* le quedarán ganas de invitarme a salir otra vez.

UN LOCO LLAMADO STONE

ISABELLA

Llego al único restaurante elegante que tiene el pueblo, y sonrío mientras me acerco a quien supongo es la recepcionista.

—Buenas noches. Tengo una reservación para cenar con el señor Stone.
—Sonrío orgullosa, porque la mirada que me da la elegante recepcionista es de incredulidad y sospecha—. Soy la señora Blakely.

Su mirada me repasa lentamente y persisten unos segundos más en mis zapatillas, antes de que regrese a la gran libreta frente a ella.

—Por supuesto. Sea bienvenida señorita Blakely, al *Restaurant D' Sol*. ¿Me permite su identificación, por favor?

Con una gran sonrisa le entrego mi identificación. Una vez que verifica que soy quien digo ser, me la entrega con una mirada de incredulidad: Yo me la guardo en mi sostén. La recepcionista disimula una sonrisa mientras finge que no ha visto nada.

Hay algo que deberías saber de mí, *odio los bolsos* y sería realmente inútil de todas formas en el lugar al que obligaré al señor Stone a llevarme esta noche.

—Si me acompaña señorita Blakely, el señor Stone la espera.

Nos encaminamos hacia el interior del restaurante, y trato con todas mis fuerzas de que mis ojos no se agranden por toda la opulencia que me rodea. Me esfuerzo para conservar mi expresión neutra mientras pasamos al interior del lujoso restaurante y comprendo por qué en este lugar su plato más económico cuesta cincuenta dólares.

Hermosas paredes pintadas de un magnífico blanco perla, y decorada por enormes espejos antiguos y brillantes adornos dan un ambiente como de castillo. Enormes lámparas arañas de cristal decoran los techos, y una suave melodía proveniente de dos jóvenes tocando violines ubicados estratégicamente en un pequeño balcón a la altura perfecta en una esquina del

gigante salón, nos dan una atmósfera pacífica y romántica.

Manteles finos de color dorado visten las mesas, las sillas están forradas del mismo color y de una manera sencilla, pero elegante gracias a un lazo fino en sus respaldos.

Es como si hubiera entrado en un cuento de hadas, y me encaminara a las fauces del lobo malvado.

Quiero reírme cuando pasamos a varios de los comensales y veo sus miradas incómodas repasar mi atuendo. Algunos hasta han dejado de conversar. Sus miradas descaradas me hacen sentir inadecuada; ya no me siento tan segura de que haya sido una buena idea venir vestida así. El vestido negro que dejé dentro de mi armario luce como una mejor opción viendo realmente cómo es este lugar por dentro.

Trato de llenarme de valor cuando mis ojos encuentran a Stone y mis nervios me traicionan. Así que no hago otra cosa que lamentarme mentalmente.

¿Por qué ese hombre tiene que ser tan atractivo? ¿No podía haber nacido con una nariz grande o una gran quijada? Estoy segura de que cualquier defecto que lo haga fácil de observar sería bien recibido por todos.

Sus apetecibles labios tratan de suprimir una sonrisa mientras llegamos a la mesa y este se levanta. Bueno, por lo menos ha aprendido al parecer, modales en estos tres años.

—Fue un placer, señorita Blakely. —Me sonrío cálidamente la recepcionista—. Señor Stone —le sonrío respetuosamente—, espero que su velada sea placentera.

La hermosa recepcionista se aleja mientras trato con fuerzas de no reírme: Todo esto es ridículo.

Stone se acerca a la silla donde estoy de pie y la abre.

—Buenas noches, Isabella. —Su profunda voz me hace encoger el estómago. Trato de no darle a mostrar que reacciono a él como lo hacen todas las mujeres de este pueblo.

—Puede llamarme señora Blakely —le informo de manera tajante, mientras me siento.

Una risa ronca se le escapa y nos gana algunas miradas curiosas.

—No, gracias. Me gusta *Isabella*.

—Sí, pero a mí me gustaría que nos llamemos por los apellidos. Que conservemos las distancias, si usted me entiende... —Lo miró seriamente.

—*No*. Lo siento, eso no es negociable. Te llamaré *Isabella* y más vale que

te acostumbras —sentencia, disfrutando de mi incomodidad.

Nunca deseé golpear tanto a una persona tal, como quiero hacerlo en este momento.

—¿Siempre es así de grosero con las mujeres que invita a salir? —pregunto con la intención de hacerlo sentir mal.

—No. *Solo con las que me interesan.* —Sonríe cálidamente.

Sus ojos negros fijos en los míos, mientras se sientan en su silla.

—No sé si sentirme halagada u ofendida —agrego sin humor.

—Muy halagada. *Definitivamente.* —Sonríe plácidamente.

¿Qué le pasaba a este hombre?

Se comporta muy diferente a como lo recordaba. Está siendo... *¿amable?* Casi pareciera como si me estuviera... *¿coqueteando?* ¡No, eso es imposible...!

A pesar de mis dudas, no puedo evitar sonrojarme. Así que frunzo el ceño mientras le devuelvo la mirada. Esta noche me siento desafiante. Para mi tormento, él solo sonríe como si supiera un secreto.

Odiaba lo que su sonrisa le hacía a su rostro. Insisto, *¿qué pasaba con los de allá arriba? ¿no podían haberle dado unas enormes orejas o... algo?*

Está bien, voy a admitirles a ustedes solo una vez, Stone se ve precioso en ese traje negro y camisa blanca y...y... *¿corbata amarilla?*

Enarco una ceja, y me concentro en su corbata. *¿Cuáles son las probabilidades de que su corbata, fuera de mi color favorito? Niego con la cabeza. ¡Tranquilízate, Isabella!* Es una infeliz coincidencia, y apégate al plan.

No te desconcentres...

Se nos acerca un mesero elegante y nos entrega la carta. Me concentro en eso, y, cuatro segundos después, mis ojos se abren enormes; la mayoría de las comidas aquí, cuestan más de sesenta dólares.

Y eso era una hamburguesa con papas fritas...

Mi hermana ciertamente me había dado mal la información sobre los precios. Trato de recordar cuánto dinero guardé, y suspiro preocupada cuando recuerdo que solo fueron cincuenta dólares.

¡Cielo Santo! ¡¿Quién pagaría sesenta dólares por una hamburguesa y papas fritas?!

El mesero termina de decir las especialidades, y se retira para darnos tiempo de elegir lo que nos vamos a servir. Miro espantada que hasta el vaso con agua cuesta *cinco dólares.*

¡Es un vaso con agua, por todos los santos!

Trato de tranquilizarme, respiro profundamente y me lanzo de cabeza con el plan. Es ahora, *o nunca*.

—Como veo que no se va a comportar como un caballero... —lo acuso encontrándome con su intensa mirada. No es que haya dejado de mirarme en ningún segundo.

—*Siempre he sido un caballero*. Incluso el día que te me abalanzaste en el *Mini Market*...

Una risa amarga se me escapa, interrumpiendo su disparatado discurso.

—¿Disculpe? —interrumpo, burlándome— *¿Me abalancé?* —esta vez se me escapa una fuerte carcajada de incredulidad—. Es increíble que después de todo este tiempo, realmente recuerde ese incidente como que si *yo*, lo hubiera atacado o acosado.

—Por supuesto que fue así. Me viste, y fingiste que caíste *accidentalmente* dentro de mi carrito de supermercado. Si me ganara un dólar por cada vez que eso me ha pasado, ahora mismo tendría un fideicomiso solo de eso.

Pongo los ojos en blanco y niego con la cabeza mientras me le acercó sobre la mesa.

—Aunque a su ego y a usted les cueste creer, no todas las mujeres solteras de este pueblo andan tras de sus huesos, señor Stone. —Completamente seria, me acomodo en la silla.

Pensar que todo este tiempo este hombre, realmente había creído que yo andaba tras de él, me hace revolver el estómago de ira y vergüenza.

—Supongamos que sea verdad, *Isabella* —hace énfasis en mi nombre, yo pongo mis ojos en blanco—, estás diciendo que, quitando ese incidente y supongamos que jamás hubiera ocurrido, aun así, yo no te parecería... *¿interesante?*, *¿atractivo?* —susurra las últimas palabras entretanto sonrío de oreja a oreja.

Por supuesto que esta situación lo divierte, así que cambio de rumbo. Está claro que ninguno va a ganar sobre ese tema. Y tampoco estoy lista para mentirle.

—Me gustaría que accediera a acompañarme a un lugar donde la pasaremos genial. Y donde definitivamente no vas a gastar sesenta dólares por una hamburguesa y unas papas fritas —digo evaluando su expresión y cruzando mis dedos.

Silencio.

Sus ojos no revelan nada. Varios segundos después ya me estoy sintiendo incomoda. Cuando me estoy preparando para decir algo, él expresa:

—¿Y qué obtengo a cambio? —pregunta, interesado, apoyándose sobre sus antebrazos sobre la mesa y entrelazando sus manos frente a él.

Me asusto un poco, porque luce como *realmente interesado*. Me sonrojo ante su insinuación, y los nervios me atacan. Mi mente está dividida entre golpearlo en la cara o salir corriendo.

O hacer las dos cosas al mismo tiempo...

—Pues, yo pagaría todo y... —desvío mi mirada nerviosa, y aclaro mi garganta. De pronto siento tanta sed. Pagar cinco dólares por ese vaso con agua suena tan perfecto ahora.

—No. —Niega con la cabeza, luce entretenido y eso activa las alarmas en mi cabeza. Su sonrisa no augura nada bueno. *Para mí, en todo caso*—. Como verás, el dinero no es un problema.

Esta vez mis ojos hacen el camino hasta los de él. Y recuerdo dónde estoy sentada.

Por supuesto que no era tonta, la familia Stone era bien conocida por su riqueza y sus negocios, tanto aquí, como en el extranjero, y por supuesto que me imaginaba que la mayoría de las mujeres detrás de él no era solo porque era atractivo.

No era así de ilusa.

—Por supuesto. Pero... *si* se comporta bien, a lo mejor dé buenas referencias sobre usted...

Ni siquiera había terminado de hablar y él suelta una gran carcajada. Me enoja su manera de hacerme sentir tonta: Sigue riendo dos minutos después.

—¿*En serio?* —pregunta, riéndose, sus ojos brillando de diversión—. ¿Es acaso esta una entrevista de trabajo para entrar de ayudante a tu floristería? Porque no vine preparado, ni traje mi hoja de vida.

Pongo los ojos en blanco, *otra vez*, a este paso iba a terminar en el hospital del pueblo con ojos adoloridos. Estaba burlándose descaradamente de mí: Su risa llamó la atención de varias personas, quienes ahora también tenían disimuladas sonrisas en sus caras.

Supongo, que no estábamos siendo tan silenciosos mientras hablábamos, porque al parecer, todos en el restaurante estaban atentos a nuestro intercambio y nos encontraban divertidos.

¡Genial!, lo que me faltaba: «Que todo el mundo se entere de mis asuntos y empiecen con sus comentarios desafortunados».

Solo puedo imaginar los rumores que me perseguirán de por vida.

Quería golpearme contra la mesa, por haber pensado que sería fácil tratar con este hombre.

Resignada, miro mi reloj en la muñeca: Ya iban a ser las siete y media y esta conversación no iba a ninguna parte.

Cuando la esperanza me abandona y pienso en darme por vencida, me sorprende diciendo:

—*Está bien.* Te seguiré el juego, pero... —hace una pausa ridícula, agregándole incertidumbre a su decisión.

Mi corazón late acelerado. Tengo el presentimiento de que no va a gustarme su propuesta.

—*Me deberás un favor:* El que yo decida, deberás hacerlo sin rechistar. —*Me enjaula con su fría y negra mirada—.* Harás lo que te pida sin negarte, o le diré a Lucas, que faltaste a tu parte del trato, y que jamás cenamos aquí en el restaurante, como había planeado —concluye serio.

Lo observo atentamente, esperando que estuviera bromeando, *¿yo deberle un favor?*, eso era ridículo, yo no tenía influencias ni nada en este pueblo, *¿qué clase de favor podría él necesitar de mí?*

Bueno, quizá... *¿flores?*, eso tendría sentido. Es lógico, ya que me imagino que en algún momento va a necesitar enviarle flores a alguna de sus conquistas.

—Trato hecho. —Sonrío relajando mis hombros y extendiendo mi mano para que la estreche.

Mira mi mano unos segundos y me preocupo. Si se echa para atrás, sinceramente no tengo idea de cómo convencerlo de ir conmigo a la feria. Me sobresalto al ver que su gran mano se envuelve en la mía. Una sonrisa pícaro y atractiva me deslumbra.

¿En qué me había metido?

Él sacude nuestras manos en un apretón seguro sin decir nada. Pregunto desconfiada:

—¿Se puede saber por qué sonrío como si supiera un secreto que ignoro?

Su sonrisa se convierte en una de dientes completos mientras suelta mi mano, se pone de pie y rodea la mesa diciendo:

—Estoy considerando seriamente que, si te portas bien en esta cita, *quizá...* recibas un beso de buenas noches. —Se me acerca para abrirme la silla y ayudarme a levantar.

—P- p- p- pero yo no quiero ningún beso de usted. —Me odio porque

estoy medio tartamudeando nerviosamente mientras lo miro asustada.

Parezco una adolescente entusiasmada y temerosa porque recibirá su primer beso.

Yo no quería ningún beso de este hombre. Ni quería sentir ese revoloteo en mi corazón con solo pensar en besarnos.

—Esa no es la impresión que estoy recibiendo. —Me ofrece su mano para que me levante, pero la ignoro. Puedo levantarme sola sin su ayuda. Lo miro con mi ceño fruncido.

—Ese beso es... ¿una *amenaza* o una *promesa*?

Mi corazón late apresurado, como si estuviera en una maratón, mientras estamos frente a frente. Su atractivo es como un jarrón de agua helada.

Mis ojos taladran los de él y sin pensarlo contesta, noqueándome con una sonrisa *doblarrodillas*.

—Amenaza. *Definitivamente*.

Estaba en serios problemas.

LO INESPERADO

STONE

Solo tal vez, esta cita no sería tan desastrosa como imaginé. Verla caminar a mi lado no se sentía tan incomodo ni *amenazador* como pensé que me sentiría.

Si era sincero, era todo lo contrario.

Esperaba sentir la punzada de culpabilidad por salir con otra mujer que no era mi esposa, pero jamás llegó.

Desde que había fallecido mi esposa e hijas, no había sentido ningún deseo de conocer a ninguna mujer y mucho menos pasar algunas horas en su presencia.

No sabia que ocurría con exactitud entre nosotros, pero nuestro pequeño enfrentamiento me había dejado lleno de una extraña energía: La anticipación me tenía rebotando en las puntas de mis pies.

Estaba luchando para que no se me notara, que estaba muy interesado en seguir disfrutando de su compañía: Podía decir que ella no se sentía igual.

Isabella Blakely, era como la caja de pandora: Por fuera, era tan delicada y hermosa, pero no dudaba que en su interior se encontraba una madre fuerte y poderosa dispuesta a defender de todo a su único hijo.

Quizá, era ese conocimiento lo que me hacía querer estar más cerca de ella: Para poder conocer más a la mujer que había dado vida y criado a un hombre espectacular.

Pero una cosa tenía clara, sin importar lo que ella hiciera, debía tener cuidado con lo que decía frente a ella.

No quería romper la promesa más sagrada que le había hecho a Lucas, el día que nos dieron su diagnóstico final.

Un nudo se formó en mi garganta: Su madre era la persona más importante para él, y, por ende, era la que más iba a sufrir cuando la tragedia

llegara a nuestras vidas.

Tenía que evitar a toda costa encariñarme con ella.

No era sano: Considerando la información que tenía sobre la salud de su hijo.

Las distancias era lo mejor, porque cuando Lucas muriera, pensaba abandonar para siempre este pueblo.

Pero, pronto la vida me demostraría, que a veces, el amor llega sin buscarlo y de la mano de una mujer que es capaz de ser tan perversa como inocente.

Jamás lo vi venir, y nunca creí que me volvería a pasar: Isabella Blakely pronto me probaría que, del amor, había ciertas cosas que desconocía y que iba a terminar amando.

Y perdidamente enamorado.

EL TERRENO DE GUERRA

ISABELLA

La feria estaba en el parque central del pueblo, por lo que tardamos apenas cinco minutos en llegar allí. La noche estaba fresca y las personas disfrutando del tiempo y de la exhibición.

El olor a maíz dulce, manzanas acarameladas, papas fritas, hamburguesas y toda la comida chatarra que pudieras imaginar, perfumaban el aire a medida que íbamos acercándonos a nuestro destino.

—No puedo creer que la seca y fría Isabella Blakely me haya invitado a la feria. Si soy honesto, estaba pensando que el lugar que querías visitar era el museo, para ver si me matabas del aburrimiento. —Su risa es algo ronca, como si no la usara a menudo. Casualmente mete sus manos en los bolsillos del pantalón.

Estaba burlándose, lo ignoré. Por supuesto que le habían llegado los rumores sobre mi personalidad. Es comprensible, considerando que he rechazado invitaciones a salir de varios hombres, por lo que no me sorprendería que tenga algún horrible apodo.

—La feria... *es la feria*. —Me encojo de hombros.

—Por eso mismo, pareces ser más de museos y no de ferias. —Su brazo choca un poco con mi hombro.

A estas alturas no sabía si lo hacía a propósito o era sin desearlo. Pero me ponía tiesa como un palo cada vez que pasaba. *Este hombre era gigante*.

Me aclaré la garganta.

—No somos lo que parece, ni lo que parece siempre es cierto —citó a mi padre.

Él había muerto cuando yo tenía doce años, pero todos los días extrañaba su presencia. Estoy segura de que Lucas hubiera sido su adoración.

Su silencio fue mi respuesta.

—Lucas es un gran chico —dijo de la nada, rompiendo el incómodo

silencio.

Me sorprendí porque su voz estaba llena de cariño y aprecio. Esta vez mi sonrisa es genuina mientras contesto:

—Por supuesto que sí, ese chico no tiene ni un hueso de maldad en su cuerpo y es todo crédito de él, antes de que empieces a decir que es por mí y todo eso. Porque créeme, no es así. Él siempre demostró tener un gran corazón, aun cuando era muy pequeño y no comprendía muy bien las cosas.

Contesto recordando cuando iba a la escuela, y cómo siempre llegaba a la casa con una camisa diferente. Quizá él piensa que yo no me daba cuenta, pero sabía que algo malo ocurría con sus compañeros. Sus camisas siempre estaban sucias de pintura, tierra o algo muy parecido a saliva.

Esperé que me contara, pero comprendí que tal vez él no deseaba mi intromisión. No quería perjudicarlo en su búsqueda de amigos. Y aunque me dolía solo imaginarme lo que podían estar haciéndole, mis dudas se desvanecían un poco, porque siempre que salía de la escuela estaba muy feliz. Así que, en lugar de martirizarlo a obligarme a contarme lo que sucedía, siempre procuraba que tuviera camisas limpias todos los días.

Quería que la casa estuviera llena con sus amigos, pero tristemente eso jamás pasó.

Stone me observa atentamente por unos minutos, lo que hace que me ponga nerviosa mientras nos detenemos en la cola para entrar a la feria.

Su silencio ya me está haciendo sentir incómoda, y ni hablar de su intensa mirada. Tener a un hombre atractivo observándote es una cosa increíblemente incómoda.

—Te creo —sus ojos clavados en los míos—, pero, definitivamente has ayudado a que sea el hombre que es hoy. No te restes mérito. Eres una buena madre.

—Gracias. —Miré mis zapatillas. Podía sentir mis mejillas volverse rojas, pero rápidamente mi atención se concentró en mis pies y arrugué las cejas al ver que estaban más desgastadas de lo que creí en un principio.

¿Mis zapatillas siempre han lucido así? Negué con la cabeza, fue por eso por lo que la recepcionista pidió mi identificación.

Ahora sí que me siento avergonzada.

—Y a todo esto —me aclaro la garganta—, ¿cuál es su relación con Lucas?

Pregunto, realmente curiosa.

No es que no supiera que mi hijo era capaz de hacerse amigo

rápidamente, incluso de una persona como Stone. Sin embargo, de ahí, a que este señor accediera a salir en una cita conmigo solo porque se lo pidió Lucas, *no sé*, había algo que estaba pasando.

No veía a Stone como un hombre que haría favores a la ligera.

—Lucas es mi mejor amigo. —Su sonrisa se volvió más cálida y eso provocó un agujero en mi estómago y que tropezara con mis pies mientras seguía a la cola.

¿Por qué tenía este feo presentimiento de que no iba a gustarme lo que iba a decir?

—*¿Mejor amigo?* —pregunto, con miedo de saber la respuesta, pero sin poder detenerme—. *¿Cómo es eso siquiera posible? ¿cómo un chico de dieciocho años se convierte en el mejor amigo de un hombre de...*

Stone me mira curioso, y una sonrisa se forma en su rostro cuando comprende cuál es el vacío que pretendo llenar.

—Cuarenta años. —Sonríe, para nada avergonzado de su edad.

Inevitablemente mi boca se abre, *¡Oh, por todo los Cielos!*

—Espere un minuto —digo recuperándome de mi *shock* por su revelación —, *¿usted es Alex? ¿Ese Alex?* —pregunto asombrada mirándolo fijamente. *¡Esto tenía que ser una locura!*

—Sí. Así es. —Ríe, encantado—. Para ser una madre que se preocupa mucho por su hijo, debo reconocer, que me divierte que te sorprendas que sea el mejor amigo de Lucas. —Esta vez su mirada es curiosa mientras me pregunta—. *¿Quién creías que era Alex?*

Me sonrojo un poco en tanto doy otro paso cada vez más cerca de la entrada.

—Pues sencillamente creí, que se refería a *Alex*, el hijo de los señores Freeman —respondo segura—. Fueron al mismo colegio, por lo que, cuando me dijo que tenía mejor amigo y que se llamaba Alex, asumí erróneamente que se trataba de él. No de *usted*, señor Stone.

Tenía que hablar seriamente con Lucas y que me explicara por qué había omitido este tipo de información. *¡Por todos los cielos!*, era su mamá, *su mejor amiga*.

Quizás mi hijo llevaba una vida que desconozco.

De pronto sentí celos de Stone y de su extraña amistad con mi hijo.

Posiblemente, ¿a él le contaba cosas que a mí no...?

Inevitablemente los celos de madre se despertaron en mí. Quería saber si Lucas era más abierto a él con temas sobre chicas, porque a mí no me contaba

nada de eso. Significaba que...

¿Confíaba más en él... que en mí?

Las dudas empezaron marchitar mi corazón, y mis ánimos cayeron al piso. De pronto, ya no quería ir a la feria; deseaba llegar a casa e interrogar a mi hijo, y después llorar sobre mi cama.

—Detén ahí esos pensamientos, Isabella. —Me reprendió Stone. Yo me sobresalté, *¿también leía la mente, aparte de robar el amor de los hijos?* Pensé amargamente—. Puedo ver que te estás haciendo daño pensando cosas que no son verdad. *Tú* siempre serás su mejor amiga. Sin embargo, no hay nada de malo en que yo también sea su mejor amigo.

—Pero es que... ¿cómo puedes ser su mejor amigo? *¿Cómo no me lo dijo?*

Fue nuestro turno de pagar, y esperé que Stone discutiera conmigo sobre quién iba a pagar las entradas, pero me sorprendió cuando me dejó hacerme cargo y pagué.

—¿Qué? No me mires así, en el restaurante te ofreciste a pagar todo. — Levanta las manos fingiendo inocencia.

Sonríó mientras niego asombrada.

Realmente hay que tener cuidado con lo que se dice a su alrededor.

—Por supuesto. —Se encoge de hombros—. Una persona debe ser de palabra. La palabra de uno debe valer mucho más que firmar un montón de documentos.

Asiento estando de acuerdo con él, mientras caminamos hacia mi puesto favorito, pero él se detiene tras de mí, miró sobre mi hombro.

—¿Es enserio? —pregunta, incrédulo.

Confirmo, emocionada, dándole mi mejor sonrisa. Después de esto, si el hombre no salía corriendo, entonces tenía que reforzar mi juego.

Pago nuestro turno y el señor le extiende un overol blanco. Duda varios segundos, y yo cruzo los dedos para que se marche y me deje sola.

—*¿Sabes qué?* —agarra el overol blanco sin dudarlo y empieza a sacarse los zapatos—, definitivamente, al final de esta noche *te voy a besar*.

Con eso me deja petrificada frente a él. Abro varias veces la boca, pero no sale nada. Lo veo ingresar hasta el pequeño espacio dentro de la carpa y el dueño del juego, se me acerca con un gran balde lleno de globos pequeños rellenos con pinturas.

Estoy asustada.

Considero brevemente decirle que salga de la carpa y pedirle regresar al

restaurante. Pero ya las personas curiosas han empezado acercarse alrededor de nosotros. Trago el nudo en mi garganta al ver que su metro noventa se posiciona en el centro de la gran sábana blanca, que tiene una enorme y ridícula cara de payaso y me grita:

—*¡A que no me atinas ni uno, Isabella!* —Sonríe satisfecho porque sabe que me irrita que me llame por mi nombre.

Mis mejillas se ruborizan porque todos a nuestro alrededor nos observaban atentamente. Mi último pensamiento racional antes de mandar todo al viento y empezar a tirarle los globos a Stone fue:

¿Qué daño haría un beso?

PLACENTERAS MALDADES

ISABELLA

Cinco horas más tarde, estábamos caminando hacia mi casa. Yo estaba empapada, me dolían mis pies y en mis hombros colgaba el saco de Stone, ofreciendo un escudo contra el frío.

Ya era sábado oficialmente, pronto sería la una de la madrugada. Nuestras miradas se encuentran y se nos escapa otra ronda de carcajadas recordando todas las maldades que nos hicimos.

Stone camina a mi lado sosteniendo el gran peluche en forma de jirafa que ganó en el juego “*hombre al agua*”, donde no había ningún hombre ya contratado, era tu acompañante quien tenía que subir hasta el asiento y tomar posición.

Gracias a eso, ahora sé que Stone tiene muy buena puntería.

—¿Cómo fuiste capaz de hacerme esto? *Me estoy congelando*. —Me quejo riendo en tanto seguimos caminando por las desoladas calles. Me acurruco un poco más dentro de su saco cuando pasa una brisa helada.

Una mezcla de pinturas verde neón, rojo, amarillo, naranja y espumilla color blanco, adorna parte de su cabello y cuello. Su camisa blanca que estaba segura de que costaba más que mi guardarropa completo, estaba echada a perder, mientras que gotas de pintura siguen cayendo sobre ella.

Después de la guerra de pintura, lo llevé al puesto de las batallas de tortazos. En mi defensa voy a decirles, que él francamente apestaba en ese juego.

—¿Lo dice la mujer, que perdió uno de mis zapatos? —Levanta su pie izquierdo descalzo.

No puedo evitar mirar sus pies y verlos sin uno de sus caros zapatos y rompo a reír. Mis carcajadas resuenan por toda la solitaria calle, y tengo que sentarme en la acera.

Su media negra es todo tipo de colores, y su zapato derecho luce sucio y

polvoroso. Mejor dicho, toda su ropa era una explosión de pintura, polvo y comida. *¿Y yo?* Yo no estaba mejor.

Mi cabello caía suelto por toda mi cara, debido a que mi moño se me había roto durante el intento de bailar con Stone sosteniendo una naranja con nuestras frentes.

En ese juego perdimos. *Los dos apestábamos bailando.*

Luego no sé qué se me apoderó y lo convencí de que jugara “*Saltando la cuerda*”, donde para estar más cómodo se sacó otra vez sus zapatos y me los dio.

Grave error por parte de Stone.

Me golpearon en un hombro y uno de sus zapatos cayó a mis pies. En mi defensa otra vez debo decir que, *este hombre*, por sí solo llama la atención. Creí que su zapato iba a estar bien y me distraje apoyándolo y gritando para que ganara. Todos estábamos entusiasmados viéndolo saltar la cuerda que, un segundo después de que perdió su juego, me agaché a recoger el zapato que se había caído para poder entregárselos, pero... *ya no estaba.*

Me asusté mucho, así que hice lo que cualquier mujer madura de treinta y siete años como yo, haría en una situación así.

Hui del lugar.

Empecé a buscar ese condenado zapato por todos los puestos de los juegos sin tener resultado. Stone me encontró arrodillada bajo la gran carpa de un juego buscando su zapato. *Tuve que confesar.*

Su venganza fue “hombre al agua”. Traté de razonar con él, pero fue imposible encontrar un argumento sólido, cuando no paraba de reír cada vez que mis ojos caían a sus pies.

Nadie merecía que le perdieran un zapato.

—Además, te dije para llamar un taxi y te rehusaste. —Recuerda mi decisión, mientras sigue riendo.

—Me rehúse, ya que nadie merece que dos desafortunados como nosotros entren en su taxi y lo dejen mojado, lleno de pintura, comida, polvo y con olor a hamburguesa. Eso es asqueroso y desalmado.

Empezamos a reír. Habíamos entrado a una competencia de comer hamburguesas. *Hicimos una apuesta.* Si él ganaba tenía que aceptar salir con él en una verdadera cita. Yo por mi lado, aproveché para pedirle que, *si yo ganaba*, él tenía que decirle a mi hijo que yo no era su tipo, y que no le había gustado la cita que tuvo conmigo. Fin de la historia.

Sus ojos brillaron con determinación mientras estrechábamos nuestras

manos.

Había una cosa extraña en hacer “tratos” con él, pero aún no estaba lista para ponerle nombre a ese sentimiento.

Los dos perdimos contra un chico de unos quince años en fase de crecimiento.

¿Quién diría que estos chicos de ahora aspiran la comida, en lugar de saborearla?

Nos detenemos bajo el edificio de departamentos donde vivía desde hace más de dieciocho años con mi hijo.

—Me divertí esta noche. —Stone miró atentamente mi rostro. Me entregó el peluche, lo recibí.

Me aclaré la garganta. No sabía qué pasaría a continuación, el pánico por su anterior amenaza me estaba carcomiendo. Traté de fingir que estaba bien y crucé los dedos para que se haya olvidado de aquello.

Yo quería olvidarlo, aunque mi estómago estaba dando saltos de anticipación.

¡Tranquilízate, traidor!

—Estuvo bien. —Me aclaro la garganta. No estoy lista para admitirle ni a él, ni a mí misma, lo que *posiblemente* había significado esta noche.

Me acomodo una mecha de mi cabello tras mi oreja y trato de sonreír y disimular mis nervios. Aún seguía fresca en mi cabeza su amenaza del beso, y sumando el hecho de que su saco olía a su rica colonia, no estaba ayudando aclarar mi cabeza.

—¿Estás oliendo mi saco? —pregunta interesado mientras intenta ocultar una sonrisa.

—¡No! *¿Cómo crees?* —Me lo saco rápidamente y se lo entrego sin mirarlo a la cara. Él la recibe con una sonrisa es genuina.

¡Qué vergüenza! El frío me estremece un poco y me hace extrañar el calor que me daba su bonito saco. Se me acerca y queda a pocos centímetros de mí sin decir una palabra.

—Stone... —susurro asustada.

Mis ojos están enormes mientras invade mi espacio personal y su cercanía me obliga a mirarlo a la cara. Su rostro está dividido entre una suave sonrisa y una seriedad que embriaga con sus terribles y hermosos ojos negros.

—Isabella... —su voz suena ronca. Trago saliva, mi boca se siente seca.

—Stone... —susurro su apellido en tanto doy un paso atrás.

Tenía que alejarme de este hombre y su presencia antes de cometer una

locura.

—Ya sé lo que quiero como favor. —Revela dando otro paso hacia mí. Asiento rápidamente, era mejor si nuestra atención estaba en otra cosa.

—Por supuesto. *Claro*, y eso sería... —mi corazón late como loco... doy otro paso atrás.

—Recuerda que lo prometiste. *No puedes negarte*. Distes tu palabra. —Me recuerda acortando la distancia, y esta vez coloca ese rebelde mechón de mi cabello tras mi oreja.

A este punto mi corazón late tan salvajemente, que difícilmente, puedo pensar con claridad, pero afirmo dándole la razón. Abrazo el peluche como barrera.

—Quiero que me llames por mi nombre... —pide suavemente sus ojos rogando a los míos que cumpla mi promesa.

Una gran parte de mí respira aliviada. *Puedo hacer eso*. Tomo una profunda respiración levanto mi rostro hacia el cielo, y suelto lentamente el aire por la boca.

—*Alex*. —Su nombre sale igual de suave mientras nivelo mi mirada con la de él.

Una sonrisa diferente ilumina su rostro esta vez. Se ve aún más atractivo sonriendo así.

Por lo que deseaba coger una almohada y sofocarlo por lo guapo que era.

—Ahora... *cumpliré con mi amenaza* —me rodeó la cintura con sus brazos y me atrae hacia él.

Cierro los ojos asustada mientras una de su mano acuna mi rostro. Dentro de mí hay un choque de trenes que se detiene abruptamente cuando siento sus labios en mi... *¿frente?*

Aspiro aire por la boca completamente paralizada. Un minuto después me deja ir.

—Descansa, Isabella. Gracias por esta noche. *¡Eres la peor cita que he tenido en la vida!* —Soltó una risa ronca.

Abrí los ojos a tiempo para verlo cojear en la calle. Mi frente hormigueaba donde hace segundos habían estado los labios del hombre que me volvía loca. No quería reconocerlo, pero una parte de mí estaba triste porque el beso no fue donde pensé. Sin embargo, no iba a decirle.

Pero no me aguanté las ganas y le grité:

—*¡Aun así, voy a dar buenas referencias sobre ti, Alex Stone!*

Otra risa ronca fue mi respuesta. Inexplicablemente ahora, esa risa ronca

provocó que mi corazón saltara.

¡Oficialmente estaba en muy serios problemas!

ESPERANZAS

ISABELLA

Una semana pasó rápidamente. Entre mis pensamientos que no me obedecían, y regresaban a la cita con Stone, y mi estómago que se agitaba por el beso en la frente, para mi suerte, ya era viernes.

Y era *ese* viernes. El día de la cita de Emery con Lucas. Faltaba una semana para que terminara octubre. Y si las cosas marchaban bien esta tarde, Lucas por primera vez, tendría una novia en diciembre.

¡Esta Navidad, iba a ser emocionante!

Llego a la casa a las tres de la tarde. Dejo el ramo de flores que traje de la floristería especialmente para Emery sobre el mesón de la cocina. Me gustaría decir que las flores fueron mi idea, pero no, me las pidió mi hijo, porque él es de esos hombres que las regalan y dedican canciones. Hombres de los que ya no hay.

Lo encuentro en mi habitación, de pie frente a mi espejo de cuerpo entero, estudiándose atentamente. Doy un chiflido ruidoso, y él se sobresalta un poco.

—¡Pero qué joven más apuesto! Definitivamente Emery es muy afortunada. —Sonríó hacia mi hijo mientras entro a la habitación y me detengo cerca del espejo.

—Tienes que decir eso, porque eres mi mamá. —Ríe nervioso encogiendo sus hombros al mismo tiempo que pasa su mano temblorosa sobre su cabello.

Me acerco y le arreglo la solapa del saco. Luce exactamente que Stone el día de nuestra cita. La diferencia es que su corbata es roja. Mi estómago hace un baile extraño y me reprendo mentalmente.

¡Otra vez pensando en Stone, Isabella! ¡Eres el colmo!

He hablado con él en secreto, todos los días por celular. *¿Cómo consiguió mi número?* No hay que ser genios para saber que fue mi atento hijo. Para mi mala suerte, sus llamadas no me han ayudado para nada a olvidarme de

nuestra cita. Y por supuesto que ya no lo llamó *Stone*, le prometí que lo llamaría *Alex*, y así lo he hecho. Pero eso no impide que en mi cabeza siga llamándolo así.

Voy a ser sincera y admitirles que hablar con *Stone* se ha convertido en una de mis cosas favoritas del día. Ese hombre tiene algo que te hace difícil ignorar sus llamadas o mensajes de textos.

Ahora está en New York, atendiendo un caso complicado de un desfalco millonario, y no volverá hasta el domingo. No es que esté esperando con ansias el domingo, o por lo menos, eso es lo que me digo para evitar profundizar en mis sentimientos hacia este hombre.

—No lo digo solo porque seas mi hijo, sino porque es verdad. Además, las mamás no mentimos. Eso es como... *apostatar*. —Acomodo sus lentes.

Mi hijo se aleja un poco, incómodo por su ojo, el cual siempre ha sido una piedra de tropiezo. Me duele el alma no tener el poder de cambiar lo que pasó esa noche y que su ojo no salga perjudicado. Si pudiera darle el mío, lo haría.

Me aclaro la garganta.

—Las flores que me pediste están sobre el mesón. Dile que corte cinco centímetros en forma diagonal cada tallo, y que las ponga en un jarrón con agua helada. Que se la cambie todos los días, así sus flores van a vivir unos ocho o diez días.

—Muchísimas gracias, mamá. —Sonríe feliz.

Cada vez que mi hijo me sonríe, mi amor prácticamente parece que no lo pudiera guardar dentro de mi corazón.

Espero que esta noche la pases espectacularmente.

—¿Así como tu cita con *Alex*? —pregunta riendo.

Me hago la sorda mientras lo dejo en mi habitación. Puedo oírlo riendo a carcajadas. Aún no estoy lista para admitirle a nadie lo que esa noche significó para mí, y mi cambio de opinión sobre *Stone*. No necesito acariciar el ego de nadie.

Media hora después mi hijo se despide de mí. Lo veo nervioso, así que le recuerdo que *Emery* ya lo había invitado a salir antes, que no se preocupe, ella realmente quiere salir con él.

Eso al parecer fue lo que necesitaba escuchar, porque su rostro se tornó feliz.

Le pedí al cielo que esta noche sea buena para los dos, y que fuera el comienzo para una hermosa relación. Tengo tantos deseos de que mi hijo pueda experimentar lo que es estar enamorado.

Una hora después me baño y me alisto para esperar a mis invitadas de esta noche.

Mi mamá y mi hermana llegan a las siete y media. Charlamos un poco mientras que termino de preparar la cena. Media hora después nos sentamos las tres en mi pequeño comedor. Dando por iniciada nuestra noche de chicas.

—Deberías escuchar lo que las personas están diciendo sobre ti —dice mi hermana pasándome el bol lleno de ensalada rusa.

Pongo los ojos en blanco en tanto mi madre niega con la cabeza.

—Tienes que hablar seriamente con el señor Stone, y preguntarle cuáles son sus intenciones contigo. No puedo permitir que mi hija esté en boca de todo el pueblo —agrega mi madre dándome una mirada de reproche.

Mi hermana empieza a reír.

—Y de paso ver los vídeos que han subido a *YouTube* de ustedes dos, ¿quién iba a pensar que este pueblo era tan actualizado a la hora de chismear?

—¿En serio hay vídeos? —pregunto, sorprendida e interesada. La curiosidad sacando lo peor de mí.

Más tarde en la noche, empezaría una búsqueda profunda sobre mi cita con Stone. ¿*Videos*? Eso ya era exagerado.

—Sí, mi querida hermana. Eres toda una celebridad en *YouTube* —afirma, riéndose.

Mi madre frunce el ceño en señal de desaprobación al comentario de mi hermana. Estaba claro que ella no está del todo encantada por los rumores que giran en torno a Stone y su hija. Por supuesto que la situación a la única que parecía hacerle gracia era a Emma.

Mi madre por otra parte lucía molesta.

—Mejor tendré que hablar yo personalmente con este señor. Tengo que saber si tengo que pedirle a la señora O'Donnell que me confeccione un vestido. Las prisas nunca son buenas en estos compromisos. —Lucía seriamente preocupada.

El comentario de mi madre me hace escupir la cola. Empiezo a toser como loca mientras mi hermana me golpea la espalda riéndose. Mi madre se levanta negando con la cabeza y desaparece en la cocina. Cinco segundos después regresa con un paño para limpiar el desastre.

—¿*Perdón*? —pregunto indignada una vez que me recupero—, pasamos de “*tienes que dejar de ver a ese hombre*” a “*vamos a planear tu matrimonio con Alex*”.

—La hemos perdido madre querida, ya hasta lo llama por su nombre —

agrega servicialmente mi hermana.

La descarada niega con la cabeza fingiendo estar decepcionada mientras trata de ocultar una carcajada.

Quiero matar a mi hermana.

—Nadie está planeando nada, deténganse ahí un momento. —Respiro profundamente—. En primer lugar, tengo casi treinta ocho años, no *dieciocho* y este hombre *NO* intenta «mancillar» mi honor. —Esta vez se le escapa la carcajada a Emma, y mi madre le da una fea mirada. Ignoro a las dos—. Segundo, nada está “pasando” entre él y yo. Incluso dijo y cito textualmente: “*La peor cita que ha tenido en su vida*” —Suspiro, avergonzada.

Mi hermana sigue riendo.

—¡Por el amor al cielo!, *perdí uno de sus zapatos caros*. En serio, si ese hombre sabe lo que le conviene, se mantendrá *muy*, pero muy lejos de mí. ¡*Kilómetros!* Además, *NO* me interesa tener una relación con *él* o con cualquier otro hombre. Estoy perfecta estando soltera.

—¿Y Roberto? —pregunta mi madre preocupada.

—¿Qué hay con él? —inquiero, seriamente confundida.

Mi hermana se ríe tanto, que tengo miedo de que se caiga de la silla, pero me sorprende cuando se las arregla para acotar su genialidad la embarazosa conversación:

—¡*Oh, esto se va a poner bueno!*

La interrogo con la mirada, pero ella finge seguir comiendo su ensalada.

—Lucas me contó, que este señor Roberto, *también* está interesado en ti. —Un chillido ahogado se le escapaba a mi hermana, pero yo no pierdo tiempo en mirarla, para ver si está bien. En estos momentos ella no era de ninguna ayuda—. Discúlpame si me involucré de más, Isabella, pero no quiero que hablen mal de ninguna de mis hijas. —Suspira como si estuviera cansada de hablar de lo mismo y de lo mismo. El chillido de mi hermana se hace más sonoro: Un claro indicio que ella lo está pasando en grande por lo visto—. Y sinceramente, verte involucrada en un triángulo amoroso, no es la mejor forma de llamar la atención de un buen hombre, cariño.

Esta vez sí me río a carcajadas, uniéndome a mi hermana. Lo ridículo de todo esto era, que yo no estaba interesada en ninguno de los dos. Y tampoco creía que Stone o Roberto estuvieran cien por ciento interesados en tener una relación amorosa conmigo.

—Yo escogería al señor Stone —confiesa mi madre muy seria.

La miro con la boca abierta. *¿Esto realmente estaba pasando? ¿O era una*

pesadilla?

—Es decir, no tengo nada en contra de Roberto. Es un buen hombre y todo, pero, seamos sinceras, ese hombre no tiene su corazón con él. Su exesposa no tan solo lo dejó sin nada, sino que le rompió el corazón. Y tú, Isabella, hija mía, lo que menos necesitas, es un hombre con el corazón roto.

Las tres coincidimos en ese pensamiento.

Suficiente tengo yo con el mío, como para lidiar con el corazón roto de otra persona.

No era del todo injusto el comentario de mi madre sobre que Roberto aún tenía cosas por resolver. El año pasado había conocido e intentado salir con una linda chica que pasaba las vacaciones donde su tía a las afuera del pueblo. Las cosas no pasaron de la segunda cita, debido a que él cometió el error de llamar por el nombre equivocado a su cita.

Pobre Roberto: Jamás volvió a llamarlo y nadie la culpó; es duro tratar de superar que el hombre que te gusta te llame por el nombre de su exmujer.

—Como sea, hija —mi madre extiende su mano para tomar la mía—, no estaría mal, si permites... —vacila un poco mientras me da un suave apretón—, que te quieran otra vez. No hay nada de malo con eso. *Tienes derecho también.*

Me tenso como un cable de alta tensión con su declaración.

No necesitaba el amor ni la atención de ningún hombre. Cuando estas soltera, no tienes expectativas de nada; el amar a una persona que no te ame de la misma manera, únicamente le da, a esa persona la oportunidad de lastimarte. Ya me había pasado, no quería atravesar el mismo infierno dos veces.

No, si podía evitarlo.

Además, no tenía ganas de tener el corazón roto. *Otra vez.* Enamorarse era para personas fuertes, no para personas como yo, con mala suerte.

—Sí, Isa —interviene mi hermana completamente seria—, pronto Lucas se irá a la universidad, y si esta noche sale bien, va a tener una novia, y eso significa que tú vas a tener muchísimo tiempo libre. —Sus ojos lucen tristes—. Todos queremos que tú también seas feliz. ¿Acaso tú, no quieres ser feliz?

—*Soy feliz* —trato de no sonar molesta, ni a la defensiva, aprieto la mano de mi madre y la suelto. Me concentro en mi plato a medio comer—. Les agradezco su preocupación, pero de verdad que estoy bien, así, soltera. Por si no lo saben, Lucas va a asistir a la universidad comunitaria, igual que Emery.

No estaré sola ni nada, sino más bien, ganaré una hija. Siempre quise tener una hija. —Intentó bromear, pero ninguna de las dos se ríe.

Mi mamá y mi hermana se miran, compartiendo algún tipo de comunicación. Frunzo el ceño. Esas miradas no son buenas y siento que ellas saben algo que quizás yo no.

En lugar de preguntar, decido que tal vez no me gustará su respuesta. Las conocía lo suficiente para saber que, esa mirada quizá era porque creían que me iba a interponer en que mi hijo haga una familia. *Que poco me conocían.* Eso sí me molestó.

—Si están preocupadas, porque yo me oponga en la relación entre Emery y Lucas, les informo, que lo que más deseo en esta vida son nietos. Y si esta buena chica, puede amar con todo su corazón a mi hijo, y quiere formar una familia propia con él, voy a apoyar cien por ciento esa relación, aunque tenga que hipotecar la floristería; ellos tendrán una boda de ensueño. Ellos se merecen eso. Merecen que me sienta feliz y agradecida. No celosa. *No soy así.*

Miro tanto a mi hermana como a mi madre, tratando de que comprendan.

—Emery y él se merecen que todos estemos felices, no que empecemos a fijarnos en sus limitaciones, ni que yo me ponga celosa. ¡Qué cosa más absurda!

Se me escapa un resoplo con ese pensamiento.

—Realmente, de todas las personas, jamás creí que mi propia madre y hermana pensarán esas cosas de mí; *amo a mi hijo*, con todas mis fuerzas, ustedes saben perfectamente todo lo que hice, todo lo que sacrifiqué, y que volvería a hacerlo, sin pensarlo, porque mi hijo lo *vale*.

» Cada decisión que tomé, lo hice por amor a él; *por amor a mí*. Quiero que él tenga una vida normal, que tenga hijos, una esposa que lo ame como él la va a amar a ella, porque nadie en este mundo merece eso más que Lucas. Deseo que sea inmensamente feliz. Quiero que lo amen por lo que es, no porque inspira lástima o porque no saben cómo comportarse alrededor de él, o no lo entienden. O piensen que es una persona con discapacidad. Quiero que cada día abra sus ojos y se sienta agradecido por tener todo lo que siempre soñó y pensó que quizá jamás podría tener. *Lo que cada día sueño para él*. Deseo que siempre tenga amor en su vida., para que cuando yo no esté en esta tierra, aún tenga a alguien que siga amándolo. —Mi voz se rompe.

El aire me falta y me doy cuenta de que estoy llorando, me limpio mis

lágrimas, sintiéndome vulnerable.

Esta noche no había ido tal cual pensé. Ellas no tenían la culpa de que yo no quisiera enamorarme otra vez, pero tampoco les daba derecho para que especularan sobre qué podría no estar de acuerdo con que mi hijo me deje y haga su vida.

—Isa... —Emma tiene la cara roja y bañada en lágrimas—, nosotras también queremos eso para Lucas, pero... —sus ojos se inundan con pesar y tristeza—, también deseamos eso para *ti*.

Sus palabras me despojan de todo enojo.

—Tienes tanto amor dentro de ese corazón que, cuando amas, *eres mágica*. Todo brilla dentro y alrededor de ti; creo que sería injusto que desperdicias ese amor. Ese amor que hace bien, que fortalece. Ese amor que te llena de felicidad, solo porque creas que es lo mejor para tu bienestar: «*No todos los hombres son malos, y quieren romper tu corazón*».

Mi madre vuelve a sostener mi mano.

—Estoy tan orgullosa de la maravillosa hija que tengo. —Las lágrimas manchan sus mejillas—. Te amo, *y amo a mi nieto*. La familia de tu hermana y ustedes, son el regalo perfecto que recibo cada año en mi cumpleaños. Pero, así como te preocupas por Lucas, y tienes todos esos bellos sentimientos hacia tu *hijo*, yo también quiero eso para ti. *¿Lo entiendes?* Yo también soy mamá: *Soy tu mamá*.

Su declaración fue como intenso chapuzón en una piscina con agua helada. En ese momento, las tres tomadas de la mano, por primera vez me di cuenta de que todo este tiempo estuve cuidando de todos, pero no había nadie cuidando de mí.

Pero la verdad es que sabía que podía enamorarme, pero *¿y si Stone, no lo hacía?*

CITA CON EMERY

LUCAS

No voy a mentirles y decirles que no estaba nervioso. Estaba más que nervioso.

Llegué al parque donde habíamos quedado encontrarnos. Las palmas de mis manos estaban hechas un río, y yo me sentía perdido, sin saber cómo abordar el tema en cuestión.

Porque ella merecía más que una vieja y tonta excusa. Ella es la clase de chica que merecía todo.

Merecía la verdad.

Me senté a las cinco de la tarde mirando el lago. Jugueteeé con el ramo de flores y no sabía si le gustarían las que escogí para ella. Aún faltaba media hora para que Emery llegara, así que me distraje tratando de hilar pensamientos. Buscando la manera correcta de explicarle mi situación y lo que inevitablemente pasaría, no quería lastimarla. Suficiente dolor sentía sabiendo lo triste que iba a quedar mi mamá, así que no estaba listo para ser egoísta y dejar a otra persona sufriendo. Bastaba con mi abuela y mi tía. Ellas también iban a quedar desoladas.

Negué decepcionado, cuando todo parecía tan ensayado y tan tonto. Estaba a punto de decidir que lo mejor sería dejarla plantada, cuando un golpecito en mi hombro me hizo girar la cabeza y mi boca se abrió en asombro.

Emery estaba frente a mí y ella... ella lucía como un hermoso *ángel*.

Una sonrisa apareció en su tierno rostro, mientras se sentaba junto a mí. Tomó el ramo de flores de mis manos y se las acercó a la nariz, mientras cerraba los ojos y aspiraba profundamente el aroma de las flores.

Puedo ser sincero con ustedes y decir que este no fue mi mejor momento. Si antes creía que esta hermosa chica estaba fuera de mi alcance, ahora, ella estaba a la distancia del sol para un chico como yo.

Su hermoso cabello castaño bailaba con la suave brisa. Memorice a detalle, todo lo que nos rodeaba. A qué olía el aire, de qué color estaban pintados sus labios, lo sencillo y hermoso que se veía su vestido; quería tener muchos recuerdos de este día, para inmortalizarlos en mi cabeza.

Este sería uno de mis favoritos.

Ella es como la poesía; tan compleja, delicada, pero arrolladora. Quería que esos recuerdos fuesen conmigo a donde iba a ir, para no sentirme solo. Y es que las personas nada más piensan en el sufrimiento de quienes se quedan aquí, pero ¿qué pasa con los que nos vamos?

¿Qué pasa con nuestros sentimientos? ¿Qué pasa con todo lo que queremos?

Morir no era justo, ni para los que se quedaban, y mucho menos para los que se marchaban.

Una tímida sonrisa toca mis labios. Ella merece una sonrisa de dientes completos, pero los míos no eran del todo rectos. Tuve que usar *brackets* por dos largos años, pero no quedaron tan perfectos como los de ella. Mi higiene bucal era excelente, pero comparados con los blancos y perfectos dientes de ella, me obligué a solo sonreír.

¿Por qué esta hermosa chica quería salir conmigo?

No tenía idea.

—Pensé que no ibas a venir —dijo casualmente entretanto alisaba su vestido rojo y sus ojos hacían el camino hacia los míos.

Me aclaré la garganta varias veces, eso la hizo fruncir un poco el ceño y su mirada se volvió triste.

—Yo- yo-... —me volví aclarar la garganta, odiando que los nervios me volvieran tartamudo. Me sentía frustrado—, lo- lo- sssiento si- si-... te- te... di- di-... eesa im- im- pre-... presión.

—Hablas perfectamente en la cafetería, con tu mamá, y toda tu familia, ¿Por qué tartamudeas conmigo? —la tristeza marcada en su voz.

Su mirada era una mezcla entre congoja y preocupación.

—Cu- cu- cuando mmme essssstreso, o- o- mmme... po- po-... pongo nnnnervioso... nervioso, mi- mi- mis pro- pro-... problemas ddde... le- len- lenguaje ssse di- dis- disparan.

No dice nada después de eso. Quería golpearme la cabeza. Estaba más que humillado.

El lenguaje fue un gran desafío para mí, porque no aprendí hablar hasta que cumplí los cuatro años y, aun así, recibí terapias de lenguaje hasta los

doce, y el estrés o los nervios son como un retroceso. Estoy listo para verla marchar, me digo que eso es lo correcto. Pero mi estómago se agita cuando ella pide suavemente:

—Cierra los ojos. —Sus hermosos ojos marrones rogándome que lo haga. Y lo hago...

Espero por un momento. Tengo miedo de hablar porque, seamos sinceros, en esto de las citas, apeataba completamente. Entre mi ojo desviado y mi problema de lenguaje, seriamente estaba esperando que, en cualquier momento, ella viera que había cometido un error y se marchara.

—Quiero que pienses en algo que te hace feliz. —Me sorprendo de que su voz se escuche tan cerca de mí.

Mi corazón se agita y una manada de elefantes corren en mi estómago. El calor de su cuerpo se filtra por mi costado y sé que se ha acercado lo suficiente para quedar prácticamente sentada junto a mí.

Me sobresalto al momento en que su mano, lentamente, se envuelve en mi mano izquierda, y recuesta suavemente su cabeza en mi hombro.

Mentí hace un momento cuando te dije que estaba nervioso, porque ahora, en este momento, estoy a punto de sufrir un paro cardíaco.

Me esfuerzo de que su aroma a vainilla me relaje. Puedo oír mi corazón desacelerando y los gigantes elefantes en mi estómago siguen ahí, pero ahora solamente caminan.

—Creo que estoy enamorada de ti —susurra, Emery, su voz suena segura, pero hay un toque de aprehensión.

Mi cerebro hace cortocircuito. La avalancha de sentimientos contradictorios mezclándose, porque creo que he imaginado que ha dicho eso. Una voz dentro de mi cabeza dice que eso es imposible, una chica tan hermosa y buena como ella no puede sentirse así por mí.

Por lo menos, *NO, por el fenómeno del pueblo.*

El chico menos popular de la escuela. En este pueblo era el único chico con un síndrome de Down mosaico.

En el pueblo vivían tres chicos más con síndrome de Down simple, que viene a ser como el general, el que todos conocen, pero no podía mezclarme con ellos, porque su condición era delicada o tenían varios problemas de salud. Había cinco jóvenes más, casi de mi edad, pero ellos tenían autismo, dos de ellos eran autismos severos y no asistieron a la escuela, y los otros tres no eran muy sociales.

Asistí a la escuela junto a los tres chicos cuyos autismos eran leves.

Teníamos una clase en la secundaria, adaptada a nuestras necesidades, que, a petición de nuestros padres, la abrieron. La maestra Gilbert era estupenda, pero no importa cuánto ella y los otros maestros se esforzaron, era imposible pasar por alto las burlas, los insultos y los apodos. El rechazo que se sentía todos los días.

Mi apodo era *fenómeno*. De todos los apodos era el que más utilizaban para referirse a mí.

Jamás se lo conté a mi mamá, ella hubiera ido a la guerra contra los padres de los chicos que me llamaban así. Y bueno, ellos tenían mucho dinero y nosotros... *teníamos una floristería*.

Por lo que, cada día que salía de la escuela y mi mamá estaba esperándome en la puerta de salida, podía ver los nervios y preocupación tensando sus hombros, por lo que yo sonreía y le decía que me había ido muy bien. Mentía diciendo que todos eran amables y querían ser mis amigos. Todo era válido para lograr que ella se tranquilizara un poco. No quería complicar más su vida.

Porque la realidad era que, la única que parecía tratarme normal y aceptarme, era la chica sentada en estos momentos junto a mí en el banco.

Sonríó cuando sé exactamente qué momento me hace feliz. *Ella siempre sonriéndome cuando caminaba por el pasillo de la escuela para llegar a mi clase*.

—Soy cómo tú, Lucas. Un ser humano igual. Me alimento, tomo agua, me baño y voy a trabajar, ¿ves? Somos exactamente iguales. No me voy a dar por vencida, porque no creo en las tonterías que dicen las personas. Soy exactamente como tú, y, además, también odio las matemáticas.

Dejo escapar un suspiro, porque por primera vez, mientras trato de ahogar una risa, me siento ligero. Ella, con esas sencillas palabras me ha ayudado, al fin, a encontrar mi “normalidad”. No sabía que necesitaba escuchar tanto, cómo me veía a sus ojos hasta que lo ha dicho.

Había estado tan empeñado en desear que personas que jamás me entenderían, me vieran como un chico normal, cuando ya lo era, a los ojos de la persona que más importaba de la escuela. Y eso me dio paz.

Y lo más importante es que solo importaba que las personas que yo amaba me conocieran realmente.

—Deseo que puedas hablar conmigo, así como hablas con tu mamá o tu familia. —Suspira—. Así como te escucho hablar en la cafetería con los clientes —hace una pausa—, porque para serte sincera, me gusta mucho tu

voz. Es ronca y me hace sentir mariposas en el estómago.

Mi corazón hace un baile loco por sus palabras. Es como un sueño. Trago ruidosamente mientras considero si estoy lo suficiente sereno para hablar, y creo que estoy listo para hacerlo sin estrés. Sus palabras anteriores me dan esa confianza.

Abro mis ojos y veo el lago.

—De hecho, me gustan mucho las matemáticas. —La risa de Emery me relaja—. *Te ves hermosa*. Espero que te hayan gustado las flores —susurro avergonzado, y me felicito porque mi voz sale normal.

—Gracias. Tú no te ves nada mal. Y ya sabía sobre tu amor por esa materia, yo también la amo. —Los dos reímos por unos segundos.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —se siente agradable el peso de su cabeza sobre mi hombro.

—Puedes preguntar, Lucas. *Siempre puedes preguntar*. Lo que sea —enfatisa, mientras se acomoda más en mi hombro.

El olor de su cabello es agradable, huele a frutillas maduras con vainilla.

—¿Por qué quieres salir conmigo, cuando hay otros chicos, como diría la señorita Morgan “mejor partido”? —se pone tensa por unos segundos mientras levanta la cabeza de mi hombro y me preguntó si se ha molestado por mi pregunta—. No tienes que contestar si no quieres —digo rápidamente extrañando su cabeza sobre mi hombro y el olor de su cabello.

Su risa me sorprende. Su cuerpo se relaja mientras se voltea a mirarme.

—¿Y por qué tú no?

—Porque soy cómo soy. No hay lógica en eso. —Mi sinceridad ni la perturba.

—Por supuesto que tiene lógica, Lucas. Quiero que dejes de menospreciarte. Te elegí a ti. *Porque eres único*. El chico que dejaba hermosas notas en mi casillero diciendo lo bonita que me veía con *brackets*, cuando tenía doce años, o solo para felicitarme si sacaba una A+.

Su sonrisa es gigante y hace temblar mi corazón.

—Siempre supe que eras tú quien dejaba esas notas, y solo sucedió, me enamoré de ese chico que creció frente a mis ojos. Y esperé que un día te animaras a invitarme a salir, pero en el fondo sabía que jamás lo harías, porque solo eras tú, siendo *tú*. No estabas esperando nada a cambio.

Mi corazón se siente hinchado por todo lo que acaba de decir. No tenía idea que ella sabía perfectamente que era yo, quien colocaba esos pequeños papelitos dentro de su casillero; pensé que había sido lo suficiente discreto,

pero no era así. Por mis recursos limitados, era lo mínimo que podía hacer, como muestra de agradecimiento hacia la única persona que siempre fue amable conmigo y me sonreía al pasar junto a ella.

Estoy consciente de que parte de lo que dijo tenía sentido, solo ella sería capaz de enamorarse de esos detalles sencillos. Pero, una parte muy grande dentro de mi cabeza se preguntaba, si no será lástima lo que confundía con amor.

Nadie desea que la chica que te gusta salga contigo solo por pena.

Me sorprendí cuando acercó la mano que tenía sostenida hacia su cuello. Hizo que mis dedos índice y medio se juntaran y los apoyara en el lugar donde se podía sentir el pulso.

—Quiero que sientas. —Sonríe tiernamente hacia mí.

Me sorprendí cuando acercó la mano que tenía sostenida hacia su cuello. Hizo que mis dedos índice y medio se juntaran y los apoyara en el lugar donde se podía sentir el pulso.

—¿Sientes eso? —pregunta, despacio.

Asiento perdiéndome en sus hermosos ojos. Ella asiente, mientras suspira profundamente y cierra sus ojos.

Me sobresalto un poco, cuando un segundo después, sus dedos también estaban en mi cuello, tocando mi piel en el lugar que se podía sentir mi pulso. Cerré los ojos para sentir lo que ella sentía. El honor de tener su piel acariciando la mía, era una experiencia que quería memorizar para repetirla por siempre en mi cabeza.

Me concentro en su pulso, fuerte y seguro.

—¿Lo sientes? —insiste.

—Lo hago —contesto, imposible borrar de mi rostro la gran sonrisa que acompaña esa respuesta.

Abre sus ojos: Su mirada es feliz y serena.

—Lo hago —repetí, otra vez. Más seguro.

—Aquí es donde realmente importa. Donde está el verdadero valor y nos hace exactamente iguales.

Aleja sus manos y acomoda otra vez su cabeza sobre mi hombro.

—Si pudieras pedir un deseo, que sabes que se hará realidad, *¿qué pedirías, Lucas?* —pregunta, sonriendo.

Una sonrisa triste aparece sin desearlo en mi rostro.

—*Tiempo* —contesto, sin pensarlo.

Porque sin importar cuánto me quisiera Emery, o cuánto deseara yo

quedarme junto a ella, y poder hacer cosas para hacerla sonreír, para verla un día convertirse en la mujer maravillosa que sé que va a ser, el tiempo no estaba de mi lado.

Jamás lo estaría. Y esa era una de las cosas que más lamentaba.

EL AMOR

ISABELLA

Era casi oficial.

—Emery y Lucas son novios —medio grito-susurro.

—Eso es incierto —respondió, Stone.

Era domingo y estábamos conversando por celular.

—¿Por qué desechas mis ilusiones? —pregunté, dejándome caer sobre mi cama.

—Me remito a los hechos. Hablé con Lucas hoy temprano y jamás mencionó ese hecho importante. Y confía en mí: Un hombre le cuenta esas cosas a su mejor amigo.

—Pero debes creerme —argumenté, frustrada—. Conozco a mi hijo, y ha estado silbando desde su cita con Emery. —Bajé la voz y me acerqué más el auricular a la boca—. *Lucas no sabe silbar*. —Miré hacia la puerta de mi habitación que estaba entreabierta.

La risa de Stone atrajo otra vez mi atención.

—No te rías —lo regañé—, *una madre sabe de esas cosas*.

—¿Así como sabías quién era el mejor amigo de Lucas? —pregunta, riendo. Pongo los ojos en blanco—. Voy a investigar, lo prometo —distingo el sonido de las teclas de fondo.

—¡*Gracias!* Esta angustiada madre te lo agradece. —Miro la hora: Eran casi las cinco de la tarde.

Volvió a reír, pero esta vez pude detectar cansancio en su voz. Eso me preocupó, pero no quería que pensara que ya me estaba metiendo en su vida y tratando de controlar sus locos horarios de trabajo. En su lugar pregunté:

—Entonces, esta semana ¿tampoco regresarás? —trato de no oírme desanimada.

—¿Ya me extrañas? —su voz sonó más animada, como si lo hiciera muy feliz la posibilidad de que sea cierto. Escucho el ruido de papeles—, porque

si es así, en este momento llamo a Hugo, mi chofer, y le informo que la hora de salida se adelantó y que venga a recogerme inmediatamente. Todo sea para complacer a la bella dama que me echa de menos.

—*¡No, para nada!* No hagas eso. —Me sonrojo—. Solo era curiosidad. Ninguna persona debería trabajar tanto —agrego, en mi defensa, centrando mi atención en mis pies descalzos.

—Una lástima. Porque yo sí te extraño... *Y mucho* —confiesa, dulcemente y yo no sé dónde meterme. Así que hago lo único que se me ocurre.

Finalizo la llamada.

Un golpe en la puerta me hace girar asustada. Por un segundo pienso que, quizás, Stone ha aparecido mágicamente en mi cuarto y quiere saber por qué le corté la llamada.

—Mamá, ¿estás bien? —pregunta, Lucas, en tanto da un paso dentro.

Me observa curioso sonriendo.

—*¡Sí, cariño!* ¿Por qué no he de estarlo? No te quedes ahí, ¿qué pasa? —le hago señas para que entre a mi habitación.

Mi corazón late como loco, *Por favor, ¡tranquilízate, Isabella!*

—Antes de que digas algo, quiero que me cuentes todo sobre tu cita con Emery. No es que quiera inmiscuirse, pero quisiera saber si cuando la vea, tengo que saludarla diferente o ya sabes... —estoy divagando y lo miro atentamente, espero que eso lo distraiga de mi actual estado nervioso.

Eso parece hacer el truco porque empieza a reír.

—*No*, mamá, por favor, sigue tratando a Emery igual. No cambies nada. —Me desinflo con su declaración.

—¿Así que, son solo “amigos”? —insisto, rehusándome a retroceder.

Asiente sonriendo: Mis hombros se desploman.

—Pero dijo que le gusto, así que... —se encoge de hombros casual, trata de ocultar una sonrisa feliz al tiempo que se pasa la mano por su desordenado cabello, por lo que me animo completamente.

Definitivamente podría trabajar con eso; no voy a presionar. *Pasos de tortuga*. Tenemos mucho tiempo para que las cosas se den con Emery: Si no es este año, será el año que viene cuando los dos vayan a clases.

—Está bien, *ésta bien*. Ahora acompáñame a casa de tu abuela, porque nos han invitado a cenar, y ya la conoces como se pone si llegamos tarde. Además, esas despedidas tuyas, se han vuelto como la tradición familiar. Y el cielo sabe, que me mataría si no llevo a su adorado nieto para interrogarlo

sobre su primera cita formal con una chica. —Frunzo el ceño, convencida—. Pasar mucho tiempo con Emma también la ha hecho una cotilla. —Eso lo hace reír mientras sale de mi habitación.

Media hora después, llegamos a la casa donde crecí. Ya había llegado mi hermana junto a su esposo Charles, y mi pequeña sobrina Cassidy de tres años. Una preciosa niña de cabello rubio igual que el padre y sonrisa de ensueño. Amaba a esa bandida: Aunque muchas veces nos volvía locos.

Todos bombardearon a Lucas con preguntas sobre Emery. Hasta Charles bromeó sobre cuándo era la boda. Fue una agradable sorpresa: *ese hombre nunca bromeaba*.

Las preguntas siguieron y siguieron.

Al parecer, todo el pueblo sabía sobre la cita de ellos dos, pero eso no me sorprendió para nada. Este pueblo había demostrado ser bien murmurador. En su lugar, disfruté viendo lo incómodo y sonrojado que estaba mi hijo, mientras evadía preguntas, y trataba de quitarle importancia a su cita. Pero había algo indiscutible en su mirada.

Amor.

Él estaba enamorado, y me sentía tan agradecida de que fuera correspondido. Disfruté inmensamente de verlo feliz y traté de no pensar en los comentarios del pueblo. Sabía que dirían muchas cosas sobre su relación, pero confiaba en que ellos fueran fuertes para afrontarlos juntos. Si había una mujer en este mundo preparada para lidiar con esas cosas, estaba segura de que era Emery Green.

Por otra parte, yo *sí* que no estaba preparada para lo que me esperaba a la mañana siguiente.

LA TERRIBLE VERDAD

ISABELLA

El lunes en la mañana estaba sola en la trastienda, porque Roberto había tenido una emergencia familiar y hoy no venía a trabajar, por lo que estaba enterrada envolviendo un hermoso arreglo de flores sobre un cochecito de madera que tenía que ser entregado en una hora.

Me encontraba sumergida en la tarea de sujetar los alambres alrededor del cochecito, cuando la campanita sobre la puerta sonó avisándome que un cliente entraba a la floristería.

—¡En un minuto estoy con usted! —elevé un poco la voz, mientras salía sonriendo y me limpiaba las manos en mi mandil lista para saludar como era debido al cliente.

Mi sonrisa murió de golpe, mientras me acercaba al mostrador y me detenía en seco. De pie en la puerta de mi floristería estaba una muy enojada señora Green, ataviada con sus ajustados pantalones negros de trabajo y una camisa franela azul de manga largas. Su ceño fruncido de disgusto. Mi corazón trastabilló.

—Señora Blakely —su saludo fue tenso, igual que su rostro.

—Buenos días, señora Green —saludé cortésmente, ofreciéndole una inclinación de cabeza.

Mi sexto sentido anunciaba que esta no era una feliz visita, en la cual íbamos a sentarnos y conversar sobre la cita de nuestros hijos.

—¿Qué puedo hacer por usted? —pregunté en el mismo tono amable, aunque ya sabía la respuesta, de igual manera crucé los dedos para estar equivocada.

Se ríó sin humor, erizando los vellos de mi nuca.

—Hay mucho que puede hacer por mí. Empezando por sacarle de la cabeza la tonta idea a su hijo, de que alguna vez mi hija será su novia. —Se cruzó de brazos enojada.

—¿Perdón? ¿No comprendo? —pregunté, al mismo tiempo que rodeaba mi pequeño mostrador y quedaba frente a ella.

La señora Green no era pequeña, se alzaba sobre mí por unos buenos diez centímetros en sus botas de trabajo, y, además, en estos últimos tres años desde que había fallecido su esposo, ella había ganado músculos.

Supongo que eso hace el encargarse de una granja y el trabajo duro que todo ello conlleva, por muy pequeña que sea.

—¿Le parece si nos sentamos? —Señalé el pequeño sofá que adornaba mi pequeña floristería, donde las personas podían esperar por sus arreglos—, y conversamos tranquilas de este malentendido. Estoy segura...

—Aquí no hay ningún malentendido. Seré directa con usted, señora Blakely, no tengo tiempo que perder y creo que usted tampoco. Lo que *necesito* es que su hijo “*especial*” —esa palabra sonó tan fea y llena de resentimiento. Hubiera dolido menos, si en su lugar, me daba una cachetada—, se aleje de mi hija. Ella necesita a un chico normal. Un *hombre* que pueda ayudarme en la granja y que pueda solventar las necesidades de mi hija. *No su hijo*.

—Creo que eso es decisión de su hija y de nadie más —respondí de igual enojada—. Mi hijo trabaja, por si lo ha olvidado señora Green...

—Me refiero a un trabajo de verdad, donde gane algo más que propinas. No ese trabajo de atender mesas, donde usted envía a su hijo para descansar unas cuantas horas de él —refuta, amargada.

Mis instintos se alzaron. Gruñí:

—Yo no le permito que usted, ni nadie hable de cosas que no sabe. Decir que envío a mi hijo a trabajar, para descansar de él es algo cruel. Él trabaja allí porque es su voluntad, *su decisión*; además, gana un sueldo como cualquier otro chico de su edad. —Mi voz era enérgica igual a la de ella.

No iba a permitir que insinuara ese tipo de cosas, por muy molesta que estuviera. Las manos me temblaban descontroladas por el enfrentamiento, pero no iba a dar marcha atrás. Si creía la señora Green, que podía venir a mi floristería a hablar cosas incoherentes y maltratar a mi hijo, y que yo me iba a sentar a escucharla. Claramente, se iba a llevar una gran sorpresa.

Estaba en modo de mamá osa cuando la campanita sonó, mis ojos abandonaron por un segundo a la señora Green y se enfocaron en la puerta; la sangre huyó a mis pies de la vergüenza: era Stone, quien ingresaba a la floristería a tiempo para escuchar a la señora Green gritar:

—¡Pues entonces consígale otra chica ingenua para que se case con su

hijo, o que también tenga “*síndrome de Down*”! ¡Pero deje a mi hija en paz! Que su hijo desista de perseguirla; ella merece casarse con un “hombre” de verdad, que sea normal, *como ella*, y que pueda darle hijos normales, no “*especiales*”. No quiero sentirme avergonzada frente a mis amistades, solo porque mis nietos son “*fenómenos*”.

Jamás en mi vida, había imaginado que así de profundo eran los prejuicios de las personas de este pueblo. La miré impotente, mientras seguía hablando. Mi cerebro yendo a lugares donde no quería ir. *Recuerdos que deseaba olvidar*.

—...*No* quiero tener un yerno “*especial*”, ni que todo el pueblo susurre a mis espaldas de lo feo que son mis nietos, o lo extraños que son.

» Quiero tener nietos de los que pueda presumir por su inteligencia, no porque aprendió hablar correctamente a los seis años, *¿me hace mala persona el desear que mi hija tenga una vida normal?*, pues que así sea. Pero usted tiene que reconocer que, con su hijo, jamás va a tener lo que tendría con un hombre que no sea discapacitado. No quiero que el pueblo entero sienta lástima de ella, *como la sienten por usted*.

Mis ojos se llenaron de lágrimas. Tanto odio, me hacía tener deseos de vomitar.

—Señora Green, creo que es hora de que se marche. —La voz de Stone era dura y estaba mortalmente serio. Su postura tensa.

Jamás lo había escuchado hablar así. Era como si fuera otra persona.

La señora Green se sobresaltó y se giró sorprendida, al parecer en su cólera, no se había percatado de que alguien más había entrado en la floristería; y mucho menos esperaba que fuera Stone.

La señora Green intentó disculparse con él, pero ya todo estaba dicho. Él ya había visto el verdadero color de su alma.

¿Yo? Estaba destrozada; *entumecida*.

A lo lejos, escuchaba a la señora Green disculparse, una vez más y abandonar mi floristería.

Me dejé caer en el pequeño sofá reproduciendo en mi cabeza cada una de sus palabras y las lágrimas empezaron a caer. Entendía parte de su preocupación, quizá, hasta de su miedo de enfrentarse a algo tan diferente y desconocido como lo es la condición de Lucas. Pero *¿el odio?*, no, eso sí que no podía entenderlo y mucho menos disculparlo.

Amaba a mi hijo, y aunque estando embarazada, me hubiera enterado de su condición, igual hubiese seguido adelante con el embarazo: Nada

cambiaba el amor que sentía por él. *Nada.*

A veces, las familias más hermosas, se conforman solo de dos personas: *Y eso era perfecto.*

Porque Lucas era más que mi hijo, *era mi familia.* Una familia que no tenía nada malo y que no la cambiaría jamás.

Aunque pudiera retroceder en el tiempo, no haría nada diferente. Todo se quedaría exactamente igual: porque al final, *él* fue mi recompensa: Mi hijo bien valía todas mis lágrimas.

Stone se sentó a mi lado y me envolvió en un fuerte abrazo. Aún seguía tenso, igual que yo. Por primera vez, su presencia no me traía consuelo, en su lugar sentía vergüenza porque había tenido la mala suerte de presenciar algo tan horrible.

—Siento mucho que hayas tenido que escuchar eso —su voz sonaba herida, como que si la señora Green también lo hubiera ofendido a él.

No contesté, solo quería llorar y olvidarme de esta conversación. Quería borrar de mi memoria la mirada de desprecio en su rostro mientras hablaba de mi hijo.

—Lucas es un joven estupendo. Has criado a un buen *hombre.* Y todo lo que dijo esa mujer, es totalmente errado. Emery es muy afortunada de tener como novio a Lucas. —Trató de consolarme, confirmando mis sospechas sobre la relación de ellos dos, pero sus palabras solamente me hicieron llorar más.

Quería tanto discutir con la señora Green sobre las cosas que dijo. Sobre sus miedos y deseos. Pero *¿cómo podía?, ¿cómo hacerlo?* cuando el mismo padre de Lucas, el hombre que juró amarme y protegerme por, sobre todo, *sintió lo mismo.*

PROFUNDOS PREJUICIOS

ISABELLA

New York.

12 de junio de 1999.

Clínica “San José”

Unos murmullos me despertaron. Hace menos de una hora, al fin, había podido hacer dormir a mi hijo, quien estaba algo irritable y no sabíamos o teníamos idea de qué le pasaba, por lo que mi esposo había corrido a buscar a una enfermera para que nos ayudara.

No quería despegarme de mi hijo ni un minuto, por lo tanto, lo había acostado junto a mí en la cama del hospital, y coloqué, una almohada a su costado para evitar que se cayera.

Me gustaba verlo dormir. Se veía hermoso en su pequeño monito de oso, pero mis ojos se cerraban de cansancio. Me recosté junto a él, para oírlo respirar. Su respiración era como música relajante para mí.

En vista de que ahora íbamos a ser tres, un mes antes, nos habíamos mudado a un nuevo departamento con dos habitaciones. Estaba loca porque ya fuéramos a la casa y ponerlo en la bella cunita que lo esperaba en su habitación. Estaba ansiosa por que viera todas las hermosas cosas que tenía en nuestro hogar. Aunque era muy pequeño y aún no podría jugar con la mayoría, no me importaba, mi madre me había dicho que los niños crecen rápido. Esperaba que así fuera, porque quería sentarme a jugar por horas con él. Tenía tantos juguetes, que estaba segura de que cuando estuviera mucho más grande, se volvería loco tratando de jugar con todos.

Los murmullos incrementaron hasta que ya era capaz de escuchar la conversación.

—*¿Cómo qué no es normal?!* —preguntó, mi esposo enojado alzando la voz.

Mi corazón latía acelerado, mientras imaginaba que quizá, yo o nuestro hijo teníamos algo malo y por eso estaba irritado. Mis ojos cayeron en mi hijo y se veía tan hermoso, tan perfecto.

—Tranquílcese, señor Johnson, su hijo presenta las características de esa anomalía genética; tiene que comprender que a veces esas cosas pasan...

—*¡Usted no puede venir, y decirme que mi hijo tiene síndrome de Down!* Mi mujer se hizo todos los exámenes, no faltamos a ninguna consulta ¿cómo me explica eso? —David estaba indignado.

Mi corazón se paralizó, *¿síndrome de Down?* Mis ojos buscaron a mi hijo y este se levantó llorando sobresaltado por la discusión.

—*¡Voy a demandarlos!* Ustedes ocultaron información vital a la paciente. *¡Eso es un delito!* —amenazó, mi esposo.

Tomé entre mis brazos a mi pequeño hijo y empecé a mecerlo, consolándolo. Mi cabeza era una montaña rusa de preguntas, *¿síndrome de Down?* Y eso, ¿qué significaba? *¿Que mi hijo iba a morir?*

Mi corazón cayó en picada, mientras mis ojos se nublaron de lágrimas. No podía decirle adiós a mi hijo. No cuando solo habíamos compartido horas desde que lo había conocido. *Era irreal que esto estuviera pasando.* No entendían que solo quería llevármelo a la casa para cuidarlo con amor... ¿qué importaba si tenía síndrome de Down o no? Eso no cambiaba nada, *seguía siendo mi hijo.*

Lo seguía amando.

—Señor Johnson, entienda una cosa. La tecnología aún es imprecisa, los ultrasonidos no tienen la capacidad *aún*, de detectar ese tipo de anomalía. *Quizá*, dentro de unos años eso sea posible. Pero, considerando el tipo de *síndrome* que presenta su hijo, dudo mucho de que eso hubiera sido diagnosticado en un examen de rutina —hizo una pausa, mi corazón se sentía pesado—. Me tomé la libertad de llamar a nuestro psicólogo, el doctor Harris, si tal vez ustedes aceptaran hablar con él, estoy seguro de que les ayudaría a...

—No me interesan sus discursos ensayados. Ni hablar con ningún doctor de pacotilla pagados por ustedes, para que nos convenzan de no presentar ninguna demanda. ¡Me llevo a mi mujer hoy mismo! ¡Fírmenos el alta! —exigió, David.

Me sobresalté cuando la puerta de la habitación se abrió, y varias enfermeras entraron apresuradas para ayudarme a cambiar de ropa.

Pero nadie me decía nada. Nadie quería responder a la pregunta más

importante *¿Qué significaba todo esto para mi hijo?*

Cuando la enfermera por fin me entregó a mi hijo, este dormía plácidamente. Lo miré con detenimiento tratando de ver algo “diferente”, pero para mí, lucía exactamente como debía lucir un bebé.

Volví a contar sus deditos. Diez en la mano, y diez en sus piecitos tan chiquitos.

Estaban completos.

Tenía dos ojitos hermosos, una pequeña naricita, dos lindas orejitas y mucho cabello.

Él era normal, sin importar lo que los doctores decían. A lo mejor había algún error, alguna confusión.

Dos horas más tarde, abandonamos la clínica en un ambiente tenso y silencioso.

David estaba extrañamente callado, mientras nos embarcaba en el auto. Como no nos alcanzó el dinero para comprar un asiento para bebé, yo me senté en el asiento trasero cargando a nuestro hijo. Rodeó el auto y se sentó frente al volante, cerró la puerta del auto, pero no hizo ninguno movimiento.

Solo se quedó ahí, perdido en sus pensamientos y la mirada ida. Después de cinco minutos de no ver reacción, me preocupé, así que traté de llamar su atención:

—*¿David?* —lo volví a intentar y me acerqué a su respaldar—. Mi amor, vayamos a casa.

Parpadeó varias veces como si estuviera despertando de un trance y me miró a través del espejo retrovisor, su mirada lucía vacía, el encuentro duró un segundo y luego la apartó; sin decir ni una palabra, arrancó el auto con dirección a nuestra casa.

Tenía un mal presentimiento en la boca del estómago. Traté de ignorarlo, *estaríamos bien.*

David y yo íbamos a amar a nuestro hijo y todo iba a mejorar, porque nosotros siempre procuraríamos que él jamás se sienta diferente, en caso de tener síndrome de Down.

Yo aprendería todo lo que se tenía que saber para ayudarlo a que lleve una vida lo más normal posible.

Y sabía que David haría lo mismo. *Él nos amaba con su vida.* Imaginaba que su reacción era porque tenía miedo de que, al pasar por alto la condición de nuestro hijo pudieron haberlo puesto en peligro cuando nació. Su cólera era por preocupación. *Miedo.* Estaba segura de que era eso. Su amor por

nuestro hijo lo había hecho reaccionar de manera exagerada.

Gracias al tráfico, llegamos a la casa cuarenta minutos después. Me ayudó a bajar del vehículo y subimos a nuestro departamento en completo silencio.

Sus únicas palabras hacia mí fueron, cuando me prohibió que pusiera a nuestro hijo en el cuarto que habíamos arreglado para él. Primero me confundió su petición, por lo que quise discutir, pero vi sus hombros tensos y sus ojos lucían rojos y estresados, por lo que, en silencio, recosté a nuestro hijo en nuestra cama. Después, cuando estuviera un poco tranquilo conversaríamos de toda esta situación. Por suerte, nuestro hijo seguía dormido, y eso ayudó a que yo me tranquilizara.

David me observó impotente, mientras lo hice y luego abandonó el cuarto en completo silencio. No hubo besos, ni para mí o para nuestro hijo. Un minuto después, lo escuché hablando por su celular, su voz iba adquiriendo fuerza.

Cerré la puerta, no queriendo que sus gritos frustrados despertarse otra vez a nuestro hijo. Por supuesto que no estaba feliz, y se estaba desquitando con quien sea que estaba al otro lado del teléfono.

Jamás lo había visto así. El hombre tranquilo y racional desapareció en un abrir y cerrar de ojos, para convertirse en un hombre infeliz y desdichado por culpa de un diagnóstico.

Una semana después, nuestro hijo seguía sin nombre y había sido sometido a muchísimas pruebas. Cada pinchazo que recibió fue un dolor físico para mí. Fue volverme loca... observarlo impotente, mientras se retorció asustado y lloraba desconsolado tratando de buscarme mientras lo metían en un enorme escáner.

Quería romper la ventana de cristal que nos separaba, agarrar a mi hijo y salir corriendo. *No me importaba nada*. Yo igual amaba a mi hijo. Nada cambiaría eso y mucho menos un tonto diagnóstico. Muy tarde me di cuenta de lo que realmente pasaba por la mente de mi esposo... Y la suerte no estaba de nuestro lado.

Los resultados dieron positivos.

UN DESASTRE LLAMADO AMOR

ISABELLA

New York.

20 de junio de 1999.

Verano.

Nuestro hijo tenía *síndrome de Down mosaico*.

Y, a pesar de que, aparentemente era leve y que tenía muchísimas oportunidades de llevar una vida normal, tenía altas probabilidades de tener un coeficiente como el de cualquier niño. Y, más que todo, que podía desarrollarse sin mayores complicaciones en su salud. Y sus signos externos del síndrome eran poco visibles, nada de eso fue suficiente para mi esposo.

Nada de lo que nos dijo el genetista persuadió a mi esposo. Para él, no importó, porque su hijo igual tenía *síndrome de Down*.

Se enfocó en eso.

Él no quería un hijo “*con discapacidad*”. Odiaba que nuestro hijo lo fuera y eso lo dejó claro ese día.

—He hablado con una fundación —me informó mientras se paseaba frente a mí.

Estábamos en nuestra habitación. Yo estaba alimentando a nuestro hijo. No quise aceptar su invitación de ir a cenar, porque estaba molesta por sus feos comentarios al genetista. No entendía, por qué se sentía tan perturbado. *Igual era nuestro hijo.*

—¿De qué hablas, David? ¿Por qué necesitamos una fundación? —pregunté, distraída, mientras nuestro hijo se revolvía entre mis brazos y soltaba mi pezón.

Ya no quería tetita mi pequeño comelón. Cerró sus ojitos cansados de un largo día.

Lo acomodé contra mi hombro y empecé a sacarle los gases.

Lamentablemente, nuestro hijo tenía algunos problemas con eso, y si no se los sacaba correctamente, el cólico era insoportable y se ponía irritable; No me gustaba verlo sufrir.

— Escucha, cariño —se sentó junto a mí en la cama—, *no nos podemos quedar con él.* —Sus ojos estaban hinchados. Me asustó lo decidido que se veían y eso abrió un agujero en mi corazón.

Sus palabras fueron como una patada a mi corazón.

¿Qué estaba sucediendo?

Había notado que David ni siquiera soportaba mirar a nuestro hijo. Durante esta intensa y dura semana, él durmió en el sofá. No lo había cargado ni una vez, desde ese día en la clínica, cuando le informaron sobre la condición de nuestro hijo.

La realidad mostró su fea cabeza.

Era posible que... *¿David no amara a nuestro hijo?*

No, ¡eso era imposible!, era su padre y los padres aman a sus hijos, sin importar qué.

—No digas esas cosas, y más bien, escojamos el nombre. ¡Necesita un nombre!, y que se lo vaya a inscribir. *¡Eso es importante!* —Lo miré a los ojos, suplicando que dejara el tema... tratando de buscar al hombre del que me había enamorado. Una voz me gritaba que viera lo que pasaba frente a mí, pero la ignoré.

Tristemente ese hombre no estaba por ningún lado.

—¿Para qué va a necesitar un nombre, si lo daremos en adopción? —dijo, frustrado.

Sus palabras amargas, provocaron que mi boca se abriera en estado *shock* e incredulidad.

Cerré mis ojos mientras me alejaba de él, y sostenía a mi hijo con fuerza: La voz en mi cabeza me gritaba una y otra vez.

¡Él, no lo quiere! ¡Él, no lo quiere!

El peor de mis temores, estaba respirándome en la cara, y las lágrimas empezaron a hacer su camino por mis mejillas. Acallé la voz y me concentré en la respiración de mi hijo.

Él, realmente... *¿acaba de decir eso?*

Imposible ¡No! ¡Eso no dicen los padres!

—¡Cariño, por favor, mírame! —suplicó. Sus ojos llenos de lágrimas y la voz entrecortada—. Te amo, y quiero que tengamos lo que siempre quisimos. —Respiró profundamente, y cerró brevemente los ojos—. *Lo que siempre te*

prometí. —Sus hombros se desplomaron de impotencia.

Impotencia porque yo no obedecía: *No entendía.*

Suspiró cansadamente porque no respondí. Sentí su frustración tomar el control y me preparé, porque sabía que no me iba a gustar lo que diría.

—Quiero un hijo normal, *¿dime que lo entiendes, cariño?* —preguntó. Desolado.

Seguí sin responder, así que continuó masacrando mi corazón.

—Solo quiero un hijo con quién hacer las cosas que soñé que iba a enseñarle. Que me pregunte sobre chicas. *¡Que tengas citas!*, no un hijo que inspire lástima. —Abrí la boca para defender la condición de nuestro hijo, pero levantó su mano acallándome—. *No* quiero vivir en los hospitales, porque *él* tuvo una complicación... o, estar en el trabajo, agobiado, porque mi hijo aún no camina, no habla, y sentirme frustrado porque necesita profesores particulares. Profesores que cuestan una fortuna. —Negó enojado—. *Que él viva eternamente con nosotros.* No quiero la lástima de mis colegas. *Oí* lo que dijo el doctor, pero lo cierto es que, él siempre va a ser diferente a *nosotros, a otros niños,* y eso no quiero. *¡No quiero un hijo con síndrome de Down!*

Y ahí estaba: La horrible verdad sobre nuestra realidad.

Realidad que había felizmente ignorado por una semana. Pero que ahora, venía con venganza a arrebatarme todo.

Hay momentos en la vida en los cuales, no puedes tenerlo todo. Me dolía el corazón porque mi esposo, veía a nuestro hijo como un error: *como algo que no valía.*

Pero lo que él ignoraba, era que jamás hubo duda en mi corazón. Ni antes, y mucho menos después de los resultados.

Nunca existió ni un pedacito de mí, que no quisiera a nuestro hijo.

Pero a pesar de todo, me sentía paralizada por su confesión: Porque no reconocía al hombre frente a mí.

Entumecida, recosté a mi hijo en la cama y lo rodeé de dos almohadas.

—Nuestro hijo no es como aquel pantalón bonito que te gustó y que cuando al fin lo compraste, te vino con una falla y ahora buscas a quién regalárselo porque en la fábrica no te lo aceptan como devolución. —Suspiré enojada—. Puedo entender que fue una sorpresa, pero... —declaré, enojada, en tanto me levantaba de la cama—, *¿cómo puedes hablar de él de esa manera?*, como si de un animal enfermo se tratara.

Abrió la boca para refutar, pero negué con la cabeza, furiosa, mientras

trataba de controlar mi voz.

—Comprendo perfectamente que esto no era lo que habíamos planeado, pero eso no quita que es nuestro hijo: *Tú hijo*.

» El genetista dijo, que ha sido afortunado y tiene buenas expectativas para tener una vida normal. *Tú estuviste ahí*. Aún podrías enseñarle todas las cosas que un padre le enseña a su hijo, sé que puedes hacerlo. —Suspiré molesta—. Confío en que habrá una dulce chica que amará a nuestro hijo por lo maravilloso que es, que lo aceptará sin reproche. Pero aún falta mucho para eso, debemos tomar un paso a la vez, porque también sé, que será un poco difícil, no creas que no estoy consciente. He investigado y sé que hay que hacer sacrificios, que quizá le tomé un poco más tiempo que a otros niños, pero —me acerque a él y tome su rostro entre mis manos y lo miré a los ojos, rogándole que olvide todo el asunto y recapacite. Abandoné mi furia y le hablé con amor—, *él* es una parte de ti y de mí. Es tanto tuyo como mío. ¡No nos hagas esto, por favor! *¡Fue tu idea tener un hijo! Ahora no le des la espalda*. —supliqué, llorando.

—*Lo recuerdo, cariño*. Y lo cierto es que te amo tanto, que daría mi vida por ti —dijo, resignado, rodeándome con sus brazos. Me relajé por unos segundos creyendo que había logrado llegar a él, que había al fin comprendido, hasta que habló—. Y ahora tienes que escoger, porque yo no quiero... *un hijo con síndrome de Down*.

Todo el aire abandonó mi cuerpo.

Su declaración fue como una patada en el estómago: *En mi vientre*.

Mi corazón lloraba sangre porque estaba herido: Lo estaban despedazando vivo, mientras el hombre que decía amarme me quería arrebatarme mi alegría.

—*No lo hagas, David...* —pedí, con un hilo de voz.

—¡Escógeme a mí, mi amor! *¡Por favor!* —rogó, en su lugar, abrazándome fuertemente.

Y ese día, por primera vez en mi vida, mi esposo, mi mejor amigo, *el que creí que sería el amor de mi vida*, el padre de mi hijo rompió en mil pedazos mi corazón.

Lágrimas caían de mis ojos sin control, lo abracé fuerte por unos segundos. Al principio, mi abrazo fue correspondido, hasta que sintió mi cuerpo vibrar por el llanto: Y él supo mi respuesta. No había necesidad de palabras, pero de igual se lo susurré:

—Lo lamento, David, también te amo, eres mi mundo, pero lo elijo a él. Elijo a nuestro hijo. Y si me amaras, como dices que haces, *también lo*

amarías a él.

Su cuerpo se quedó tenso por varios latidos, aspiré su esencia; memoricé su calor.

Iba a extrañarlo tanto, pero podría soportar vivir sin él, pero jamás sin mi hijo. Sencillamente lo sabía, dentro de mí.

Tenía la tonta esperanza de que cambiara de opinión, mientras lo seguía abrazando.

Su cuerpo se relajó y enterró su cara en mi cuello, lo sentí olerme también. La esperanza cobró vida con ese gesto por un segundo, hasta que sentí sus lágrimas mojar mi cuello: Su abrazo se volvió sofocante.

—Siempre te voy a amar, *Isabella*, pero no me obligues a *querer a algo* que no siento como mío. *Como nuestro*. Y quiero que sepas que, si cambiáramos de lugar, *yo siempre* te hubiera elegido a ti, por sobre todo... — me susurró al oído, dándome un beso largo en el costado de mi cabeza, sus lágrimas mojando mi cabello.

Y, así de simple, como si nuestro hijo no significara nada...me soltó, para dejarme caer en pedazos.

Demostrando mientras cerraba silenciosamente la puerta detrás de él, que las promesas también se rompen, y que no todos los que dicen que te aman, *realmente lo hacen*.

RESIGNACIÓN

ISABELLA

New York.

Octubre de 1999

Otoño.

Cuatro meses después, mi corazón al fin entendió que él no iba a regresar por nosotros.

No llamó.

No nos buscó.

En su lugar, sus padres llamaron: discutimos; se enojaron; me enojé; ya nunca más me buscaron.

Ellos tampoco se sentían *cómodos* con un nieto con síndrome de Down.

Ese era su problema, *no mío*: Fin de la historia.

Empaqué nuestras cosas, abandoné la universidad, y me embarqué en mi viejo auto, con mi hijo de apenas cuatro meses de nacido, con destino a mi pueblo natal.

Hice una parada en el registro, y decidí inscribirlo solo con mis apellidos. Era doloroso cada segundo que pasaba sentada, mientras esperaba mi turno. Una ridícula parte de mí esperaba que la puerta del registro se abriera y apareciera David.

Aún estaba enamorada de él...

En su lugar, una dulce señora se acercó hasta nosotros, y se sentó en el asiento vacío que tenía a la izquierda. Mi hijo era un niño sano. *Claro*, tenía sus problemas de vez en cuando, pero nada que no pudiera solucionarse con la visita al pediatra.

A mi parecer, era como cualquier otro niño.

A pesar de que mi hijo no tenía muchas características físicas del síndrome, tenía algunos rasgos que eran determinantes de su condición. Así

que, para las personas distraídas, mi hijo podría pasar perfectamente como un niño de cuatro meses normal, pero para aquellos que lo observaban atentamente, por más de cinco minutos, notaban la realidad.

Me sorprendí un poco, porque ella, a pesar de haber tenido varios minutos observando a mi hijo, no había empezado a mirarlo con curiosidad morbosa, ni con *lástima*.

Odio por sobre todo, la lástima. Mi hijo no necesitaba la compasión de nadie.

—¡Pero qué hermoso jovencito tenemos aquí! —arrulló, con su voz algo rasposa.

Mi hijo se agitó y sonrió mientras intentaba coger el collar de la amable señora.

—Gracias. Discúlpeme —intenté alejar las manitas de mi hijo del collar de la señora—. Pero es que adora las cosas brillantes.

No quería endeudarme con ella, su collar parecía costoso.

No tenía empleo y con el poco dinero que me envió mi madre tenía que hacerlo alcanzar hasta llegar a mi pueblo natal.

Donde empezaría una vida junto a mi hijo, desde cero...

El miedo, otra vez, se instaló en mi corazón, recordando como los padres de David dejaron claro que no deseaban tener nada que ver con nosotros. Ese recuerdo avivó con fuerza mis dudas... ¿Y qué, si no era lo suficiente para mi hijo? *¿Qué pasaba si fallaba como madre?*

No quería fallarle.

No quería decepcionarlo. Mi hijo merecía una madre estupenda. *Yo... ¡Yo no sabía cómo serlo!*

Sentí que la garganta se me cerraba. Todo esto era demasiado como para pensarlo en este momento. Respiré profundo... *Iba a vivir un día a la vez*. Me lo había prometido. No importaba nada más. Solo él y yo, el resto vendría a su tiempo. Estaba segura de eso. *Debía tener esa esperanza*. No tenía a qué más aferrarme, sino al amor hacia mi hijo.

—Tranquila, querida —sonrió cálidamente—, ellos crecen tan rápido. Esta baratija no cuesta mucho. En todo caso, me halaga que este angelito tan hermoso, me considere interesante. —Esta vez reía mientras tomaba una de las manitas.

Asentí mientras le sonreí. Mordí mis miedos y los obligué a retroceder.

—Y después de todo, ¿cómo se llama este apuesto jovencito? —preguntó, cariñosamente.

Aunque no fue su intención, su pregunta me hizo sentir triste. No debería estar aquí sola. Tendría que estar acompañada de David, mientras presumíamos de nuestro hijo. En su lugar, estaba sola y triste.

—Bueno, hum, *aún no tiene* —confesé—. Estoy algo indecisa. —Me sentía avergonzada.

No estaba lista para ir por ahí contando mis penas a una persona extraña, y mucho menos admitirle, que había estado esperando estúpidamente a que el padre de mi hijo recapacitara, y juntos, pudiéramos elegir su nombre.

Eso me hacía ver patética.

La señora, se quedó pensativa unos segundos. La trabajadora seguía llamando y miré mi número... tenía el 84. Levanté la mirada hacia el pequeño televisor, en el cual se reflejaban los turnos y me lamenté por mi suerte... 22.

—Creo que este guapo debería llamarse... —puso un arrugado dedo en su barbilla mirando fijamente a mi hijo; Se la veía adorable mientras hacía eso.

Me puse nerviosa porque me agradaba la señora, pero no quería ver en su rostro una mueca de rechazo o pena al notar la condición de mi hijo.

—Pues, tienes una hermosa carita y veo, que tienes una hermosa y fuerte mamá.

Sus palabras hicieron saltar lágrimas a mis ojos. Era tan difícil cada día aceptar que era madre soltera, pero más difícil e imposible, era comprender que mi esposo, no amaba a nuestro hijo.

No podía entender por qué David se había ensañado tanto contra nuestro hijo; *él* no tenía la culpa de haber nacido así, *no lo pidió*. Y tampoco lo era la madre naturaleza, ella no sabía que, dándole un par extra de cromosomas, las personas lo rechazarían, o que su padre no lo iba a querer. La naturaleza no sabía sumar, ni de matemáticas, no obstante, la intuición dictaba que, los padres deben amar a sus hijos, *sin importar qué*.

Hasta en el reino animal, se veía como los animales cuidaban de sus crías.
¿Por qué era tan difícil para David entender eso?

—*Benjamín* —dijo, emocionada.

Mi atención regresó de golpe a ella.

—Sí, tienes carita de Benjamín. Un hermoso nombre, para un precioso niño. —Mi hijo se ríe emocionado por la atención de la anciana señora.

Ella siguió llamándolo por ese nombre, disfrutando de la alegría que producía en un ser tan pequeño.

Sonreí hacia ella, conmovida por su cariño inmediato para con mi hijo.

No sabía mucho sobre el significado de los nombres, pero *Benjamín* sonaba bonito. Suspiré enojada conmigo, porque había esperado hasta el último minuto creyendo que él cambiaría de opinión y que, juntos, elegiríamos sus nombres.

Había sido tan ingenua al pensar que eso sucedería.

Ahora, estaba a casi sesenta turnos, y el nombre de mi hijo estaba siendo elegido por una señora, desconocida, de casi ochenta años.

—Contéstame una cosa querida —llamó mi atención.

—Por supuesto, *¿ocurre algo malo?* —mis nervios saltaron, preparándome para la pregunta del millón. Tal vez ya había encontrado la fuerza para preguntarme, si mi hijo tenía síndrome de Down.

Eso siempre era doloroso. Era angustiante, las personas sencillamente eran crueles... *¿cómo no se compadecían de que solo, se trataba de un niño indefenso?*

Siempre era incómodo explicarles la condición de mi hijo a extraños, que nada más preguntaban por morbo.

—¿Qué sentiste cuándo lo viste la primera vez?, y... —negó con la cabeza—, no me refiero a los ecos o esas cosas que hacen ahora. Me refiero, a cuando finalmente, lo sostuviste entre tus brazos esa primera vez, lo miraste y lo besaste. *¿Qué sentiste?*

—Fuegos artificiales. Millones de luces por todas partes. —Cerré los ojos recordando el último día que había sido tan feliz.

Permití que las lágrimas rodaran por mis mejillas mientras decía:

—Todo era tan lleno de amor —susurré, presionando fuerte a mi hijo contra mí.

Me sobresalté, y abrí mis ojos cuando anunció:

—*¡Lucas!* —dijo emocionada, provocando más risas en mi hijo. La miré sin comprender—. Sí, querida, ese es el nombre perfecto que deberías ponerle a este precioso caballerito. *Hazme caso.*

—*¿Lucas?* —pregunté, confundida.

—Sí, querida. *Lucas*, significa “luminoso” o “aquel que resplandece” y estoy segura de que esta dulzura llegó a tu vida a iluminarla. *Permítele hacer eso.*

Sonreí feliz.

Ese día mi hijo fue amado por otra persona. Y *Lucas* fue su nombre en honor a eso.

MÁS CERCA DEL CIELO

STONE

De manera súbita llegué a la conclusión que, si verla feliz me hacía sentir agradecido, por ser capaz de escuchar su risa: risa que, con absoluta franqueza, había llegado a adorar.

Verla triste y llorando, era un dolor físico como el que nunca había experimentado.

Tenía deseos de salir y cerrar la granja de la Familia Green, y no detenerme solo con ellas, sino, llevar a la bancarrota a todo el pueblo: De algo tenía que servir que fuera el mayor inversionista de este pueblo.

Su expresión rota y desecha mientras su piel se volvía ceniza al verme atravesar la sencilla puerta de su floristería—a tiempo para escuchar el ataque verbal de la que estaba siendo presa—se quedó grabada en mi retina: Me prometí en ese momento, que jamás consentiría que alguien la volviera a lastimar, como lo hizo la amargada e infeliz viuda Green.

Nadie tenía derecho de ser cruel con ella y mucho menos con Lucas.

Decidí en ese momento—mientras sostenía su débil cuerpo contra con el mío, y su alma lloraba en silencio por el rechazo cruel del cual era objeto la persona que ella más ama en la vida—que la misión de mi vida sería: Cuidarla y protegerla, cuando Lucas ya no esté para hacerlo.

Isabella Blakely, jamás se sentiría sola otra vez.

No mientras que yo viviera.

LA MAGIA DEL AMOR

ISABELLA

Presente.

Tuve un día horrible, los recuerdos de cómo nos abandonó David, siempre me lastimaban. Dolía recordar la forma en la que me sentí, lo perdida que me hallaba en los siguientes meses a eso. Lo inútil que me sentí ese primer año, *sola*.

Cómo me dolió la primera Navidad que pasé junto a mi hijo, y cómo David, ni siquiera me había contactado. *Ni en Año Nuevo*. Y estaba consciente de que sus padres ya tenían que haberle dicho que estaba en el pueblo, pero, aun así, jamás lo hizo. Pero lo que más dolió en ese entonces, fue el primer añito de mi hijo. *Celebrárselo sola*. Y que ni siquiera se haya preocupado por llamar, para saber cómo lo estábamos haciendo.

Ese año apagué la esperanza de que un día volveríamos estar juntos, mientras soplabla la única vela sobre el pequeño pastel que había preparado mi madre por motivo del cumpleaños de Lucas.

Ese día me despedí del que se suponía era... el amor de mi vida.

Ahora entendía, que jamás lo fue, porque ese lugar siempre había estado destinado para mi hijo, y eso me ayudó a ser mejor cada día. Por supuesto que no soy perfecta, pero su rechazo hacia mi hijo me motivó a demostrarles, que no necesitábamos de ellos.

Jamás les pedí dinero.

Jamás les rogué amor.

No los necesitábamos. Siempre y cuando nos tuviéramos los dos, eso era lo que realmente importaba.

Doblo la esquina de la cuadra de mi casa y mi corazón se detiene al ver una patrulla estacionada fuera de nuestro edificio de departamentos. Vecinos

y curiosos murmuraban cosas y cuando se percataron de que he llegado, todos se quedan en silencio.

El silencio nunca era bueno.

Nerviosa, me acerco hasta el jefe de policía, quien está conversando con la señora Abigaíl, mi vecina, que también era una amiga cercana.

—¡Gracias al cielo que apareciste, mujer! —Abigaíl suelta un suspiro aliviado y sonrío mientras se me acerca un paso.

—¿Qué pasó? ¿*Lucas está bien*? ¿Por qué hay una patrulla fuera del edificio? —pregunto, asustada.

—Hola, Isabella. —Me saluda Jimmy Williams, el jefe de policía de nuestro pueblo—, tenemos una denuncia por secuestro.

Mi estómago se hizo un gran nudo, y sentí mis rodillas doblarse.

—¿*Secuestraron a Lucas*? —mi voz sale débil e incrédula. —*¡Oh, por todos los cielos!*

—¡No, no Isa! —Abigaíl ríe, poniendo los ojos en blanco—. Ven, que te ayudo. —Me sostiene firmemente—. Has malinterpretado. Lo que quiso decir Jimmy, es que la señora Green ha ido a la estación de policía, temprano en la tarde, a poner una denuncia por secuestro. Su hija Emery había desaparecido y nadie sabía dónde estaba, pero ya la encontraron y está bien.

Asentí, recobrando la energía. Por un minuto había pensado lo peor. Trago el agrio nudo de mi garganta y miro a Jimmy.

—Entonces, ¿por qué están aquí, afuera de nuestro edificio? Lucas va a llegar en cualquier momento y se va a asustar por ver tanta gente y la patrulla.

Abigaíl me da una sonrisa triste, me mira nerviosa. Jimmy se aclara la garganta, pero no dice nada. Él nunca le ha gustado ser el portador de malas noticias.

—Esa es la cuestión, Isa. Lucas, *ya está arriba*. —Señala hacia mi balcón—. *Él* fue quien llamó a la estación y notificó, que Emery Green estaba muy bien, y que se encontraba *aquí*, en el departamento de ustedes.

Ahora sí iba a desmayarme. Abigaíl volvió a sostenerme y empezó a reír.

—Tranquila Isa, no es tan malo como se ve.

—Escúchame, Isabella —dijo muy serio Jimmy, su verde mirada implacable—, conozco a Lucas, sé que él sería incapaz de secuestrar a alguien, pero, la situación aquí es que la señorita Emery Green es quien se rehúsa abandonar tu departamento y regresar a la casa de ella. Estamos seguros de que va a recapacitar. En todo caso, no te preocupes, tenemos la situación bajo...

Jimmy es interrumpido por un alboroto. Nos volteamos a ver qué sucedía.

—*¡Esa es la mujer que apoya ese tipo de comportamientos!* —el grito, furioso de la señora Green, retumbó por toda la cuadra—. ¡No me sorprendería que fuera ella quién le aconsejó a mi hija a hacer esto! ¡Todos ellos son unos delincuentes! ¡¿Qué esperan para arrestarla?! —exigió a gritos.

Todo esto era tan irreal.

La señora Green lucía desaliñada, nada parecido a como se veía en la mañana cuando me fue atacar a la floristería. Trato de sentir compasión por esa mujer, al ver que sus ojos están rojos e hinchados. Pero es imposible, al recordar todas las cosas que dijo sobre Lucas. *Su odio.*

—¡Señora Green, le indiqué que tenía prohibido acercarse a este lugar! —La reprende Jimmy, su voz cansada y llena de frustración. Su compañero, otro joven policía que aún no conocía, la sujeta para que no se me acerque, mientras ella sigue lanzando más insultos y acusaciones.

La ignoramos: Esa mujer tenía serios problemas.

—Voy a subir, Jimmy. Déjame hablar con ella y ver qué ha pasado. —Me concreté en Jimmy y seguí ignorando los insultos de la señora Green. Algo que se estaba haciendo más difícil, con el pasar de los minutos.

—¡Por supuesto!, por eso te estábamos esperando. —Suspira y me da una larga mirada—. Ve y trata de que esa jovencita regrese a su casa. Hoy es mi aniversario, y Diana me obligará a dormir con el perro si llego tarde para nuestra cena especial. Realmente amo a ese perro, pero más dormir con mi esposa. —Sonríe, guiñándome un ojo.

Sonrío agradecida por su comprensión, y corro hacia el edificio. Me apresuro y subo las escaleras rápidamente. Sin perder tiempo, trato de abrir el departamento, este no lo hace; sigue cerrado a cal y canto. Empiezo a golpear con la palma abierta la puerta.

—*¡Lucas! ¡Emery!* —desesperada, grito sus nombres. —*¡Abran la puerta, este momento!*

Un segundo después, mi puerta de entrada suena, mientras los seguros son retirados y esta se abre.

Y frente a mí, está mi hijo.

Mis ojos se hacen enormes.

Luce sucio, y apesta a algo dulce, pero podrido. Mis ojos lo escanean buscando heridas; él solo está de pie en la puerta, manchas rojas ensucian toda su camisa. Su rostro luce cansado y triste. Desde esta distancia y con los

hombros derrotados, parece hasta más delgado.

Me acerco un poco más, y veo que son semillas de tomate lo que ensucia su ropa parcialmente, de hecho, estoy segura de que son tomates podridos, por eso tiene ese olor meloso, horrible y fuerte.

—Ma... ma... má... —dice despacio, avergonzado—, la... la... la-men-men-to tooo-do e-esto. —Su voz se calma, pero sé que está estresado. Su problema lo delata.

—*Shhh* —no lo pienso más, me acerco rápidamente y lo abrazo fuertemente—. ¿Qué pasó? —me alejo para inspeccionarlo un poco mejor y ver si no está lastimado ahora que ya estoy más cerca—. ¿Estás herido? ¿Por qué estás tan sucio de tomate y...?

—Es-estoy bi-bien, ma-mamá. —me interrumpes, sube sus lentes sobre su nariz, pero sus ojos me cuentan otra cosa.

—Mi mamá le hizo esto —confiesa Emery apareciendo desde la sala—. Bueno, no *ella*, pero sí los hijos de sus amigos. Nuestros excompañeros de clases. —Luce furiosa, avergonzada y triste, mira hacia sus pies descalzos.

Los ojos de Emery también están hinchados de tanto llorar, pero a diferencia de mi hijo, ella no está sucia, así que me imagino que lo han atacado cuando estaba solo. Una ira sin nombre se despierta dentro de mí, pero trato de controlarla.

—¿Por eso huiste de tu casa? —pregunto, preocupada, aunque ya sé la respuesta.

Siento una mezcla de enojo, rabia, y, por otra parte, estoy conmovida por su amor hacia Lucas.

Me mira y asiente triste. Lágrimas derramándose de sus ojos, se acerca más a nosotros y veo mejor que su ropa no está del todo limpia, el frente de su camisa tiene pequeñas manchas rojas.

—Sí, Isabella, *¡escapé!* —confirma, furiosa—, porque escuché a los amigos de mi madre jactándose en la granja de cómo sus estúpidos hijos habían bombardeado a Lucas, aprovechando que él había salido a realizar unas compras para la cafetería. No podía quedarme *ahí, en esa casa*, rodeada de esas personas. —Su voz se llena de odio y me preocupo por ella.

Es muy joven para tener esos sentimientos y comprender los prejuicios de las personas.

—¡Vamos, vamos al sofá!, y conversemos sobre esto. —Respiro profundamente—. Porque si no lo hago, saldré de aquí y golpearé a todas esas personas.

—No la culparía —susurra.

Lágrimas frescas caen sobre sus mejillas.

Niego y me acerco para envolverla con mi brazo libre, y nos encaminamos hacia la sala.

Tengo tantas ganas de salir corriendo y perseguir a los que habían atacado a mi hijo. Darle su merecido a la señora Green, pero necesitaba tranquilizarme, *si no*, iba a cometer una tontería, y estando arrestada, no podía cuidar de Lucas.

Además, tenía la floristería. No podía hacerle eso a Roberto tampoco. Era un buen trabajador.

—Lamento que hayan pasado por todo esto, y que yo no estuviese allí para cuidarlos. —No quería llorar, pero era duro toda la situación. Me aclaré la garganta—. ¿Comprenden por qué las personas actuaron de esa forma? ¿Por qué tu mamá está enojada? —pregunté preocupada.

Necesitaba saber si todos aquí éramos conscientes del gran elefante rojo tomando café en la sala.

—¡No quieren que esté con Lucas! —contesta Emery enojada—. Y lo peor, *es que Lucas*, cree que tienen razón —acusa dándole una mirada herida a mi hijo. El desvía su mirada hacia sus sucios zapatos.

Después del día horrible que estaba teniendo, oír eso, provocó que toda la ira y la frustración saliera en lágrimas. No quería llorar, se supone que yo era la adulta aquí, pero me sentía desorientada, entre no saber lo que tenía que hacer, y querer ir a golpear a la señora Green.

¿Qué era lo correcto?

¿Cómo podía ayudarlos?

Se volvía difícil ser la adulta, cuando en lo único que pensabas era en hacer justicia con mano propia.

—Y tú, ¿qué piensas, Emery? —La miré fijamente, sus ojos marrones se clavaron en los míos y no dudó respondiendo.

—Estoy enamorada de Lucas, aunque él tenga miedo y crea que, alejándose de mí está haciendo lo correcto, porque cree que merezco un hombre “normal” —hace las comillas en el aire poniendo los ojos en blanco—. Discúlpame, Isabella, pero *aquí* me quedaré, hasta que tu hijo me quiera. *No me iré.* Yo no les tengo miedo. Puedo luchar por los dos.

Se me escapa una risa llorosa, al ver a Lucas sonrojado, mientras mira a Emery. Mi corazón se estremece, una sonrisa tímida cruza su cara, al entender que Emery está hablando muy en serio.

Me gusta lo que le hace la sinceridad de esta chica a mi hijo.

No sé si fue su franqueza, o su fiereza al momento de defender sus sentimientos por él, pero borró de un plumazo mi ira, y en su lugar, me sentí feliz y orgullosa de esta asombrosa chica.

Y me di cuenta de una cosa, aquí la cuestión no era sobre quién tenía la razón o si estaba equivocado, solo importaba que los dos se querían.

Los dos se reconocían a pesar de todo. Y cuando estas enamorado, únicamente eso se necesita para ser feliz. ¡Muy feliz!

PEQUEÑOS MILAGROS

ISABELLA

Me hubiera gustado decirles, que esa noche bajé, y golpeé a la señora Green en la cara, por todas las cosas que había dicho y hecho, pero no fue necesario.

Stone se había hecho cargo. Él tenía una grabación del ataque hacia Lucas afuera del supermercado. Nuestro pueblo será pequeño, pero estaba actualizado gracias a la familia Stone, y cada cuadra tenía cámaras de seguridad enlazadas a la oficina principal de la Jefatura de Policía.

No quise ver la grabación. Sentía que, si la veía, explotaría. Así que se lo deje a él.

Me aseguró que las personas que lastimaron a Lucas no se saldrían con la suya. Y, *le creí*. Había algo en él que te tranquilizaba; *o quizá solo era yo*, queriendo un poco de respaldo.

Por primera vez, en dieciocho años, no me sentía sola. Y me gustó esa sensación.

Emery aceptó regresar a su casa, pero con la condición de que su madre no se entrometiera en su relación con Lucas. La señora Green no tuvo de otra que aceptar que su hija era casi una adulta y podía vivir en el lugar que quisiera, pero ante la ley seguía siendo menor de edad. La idea de que su hija pudiera huir, la hizo rechinar sus dientes. Así que puso una condición: Ella podía aceptar una relación de amistad, mas no, de otro tipo.

Emery iba a refutar, pero Lucas se adelantó aceptando la condición de la señora Green. Fue tierno cuando él, le susurro algo a ella en su oído, y un segundo después, Emery asintió a regañadientes.

La semana transcurrió con normalidad, y noviembre llegó. Todo parecía que mejoraba.

Caímos en una rutina doméstica, donde Emery y Lucas llegaban juntos a

la casa a las ocho en punto, y de ahí, cenábamos. Yo servía la comida y ellos se encargaban de lavar los platos.

Me gustaba verlos jugar en la cocina, mientras se salpicaban agua lavando los platos y terminaban abrazándose, en tanto reían sin parar.

Adoraba ver a mi hijo feliz, y percatarme de que realmente Emery estaba enamorada de él, como decía estarlo. Todos esos momentos que presenciaba, me daban ganas de llorar; pero no de tristeza, sino de alegría, porque si había alguien en este mundo que merecía tener mucha felicidad, ese era Lucas. Amaba lo que le hacía a su vida el amor de esta dulce chica.

A veces los encontraba bailando en la cocina alguna canción que salía en la radio, y me moría de la risa la forma en la que se volvían locos con la música *retro*. Mis favoritas siempre eran las canciones románticas, porque eran un espectáculo donde podías ver a dos niños pequeños enamorándose una y otra vez, mientras giraban al ritmo de una balada de amor; y cuando esos momentos ocurrían, me preparaba muchas veces para presenciar un beso entre esos dos, *pero jamás pasó*.

En su lugar, se observaban en silencio por largos segundos. Como si sus almas se conectaban en una mágica manera y creaban un universo. Un universo, donde los dos eran iguales. Eran felices.

Eran perfectos.

Creo que eso era un millón de veces mejor que encontrarlos besándose a escondidas en la cocina. Me encantaba cómo Lucas no se avergonzaba de su ojo desviado junto a ella. Esa era una excelente señal.

Tenían la relación más bonita que jamás en la vida había visto, debido a que era una relación sin preceptos concebidos, sin prejuicios, sin chantajes y sin reproches. Eran solo dos jóvenes que disfrutaban estar juntos.

Pero, como en la vida no todo es felicidad, lamento informarles que mi comodidad duró poco. Stone apareció una semana después, con la clara intención de hacerse un lugar en nuestra hermosa rutina. Y por supuesto, nadie me había dicho.

Pequeños traidores...

PEQUEÑAS OPORTUNIDADES

ISABELLA

Noviembre, 2017

La primera noche que Stone llegó—*por supuesto que nadie se había tomado la molestia de decirme*—apareció justo a la hora de la cena, y cargado de juegos de mesas súper modernos.

Casi escupo la cucharada de lasaña que me había metido en la boca, solo dos segundos antes de que apareciera en la entrada de mi sala, luciendo perfecto en un pantalón *jean* desgastado y camisa blanca manga corta. Su cabello estaba húmedo, así que era claro, que ya se había venido duchando de su casa.

Suerte para él.

Yo, en cambio, lucía terrible. Mi rutina de toda la vida era llegar a mi casa después de un largo día en la floristería y quedarme exactamente *igual*, mientras me recostaba en mi sofá y descansaba unos minutos antes de levantarme y preparar la cena.

Y por *igual*, me refería a uno de mis usuales *leggings*. Tenía casi diez de esos de diferentes colores, y, justamente hoy, me había puesto el de color fucsia y mi sencilla blusa de *chiffon* manga larga color blanco, y por supuesto, que mis desgastadas zapatillas bajas negras.

Las que siempre usaba.

Sin mencionar que mi cabello tenía un aspecto horrible, casi dos días sin lavarlo y precisamente hoy, que había sido un día cansado, lamenté seriamente mi costumbre de no bañarme hasta cuando ya me iba a dormir.

¿Por qué nadie me dijo que iba a venir Stone? Aún, no lo tenía claro.

Pero... ¿qué importaba a estas alturas?, si ya el hombre en cuestión estaba en toda su gloria masculina, *en mi casa*, dispuesto a pasar una noche de

juegos de mesa. Martirizándome con su atractivo *quitahipo*.

Quise meterme bajo la mesa mientras esos pensamientos inundaron mi cabeza. Yo prácticamente lucía, *casi igual*, a nuestro primer encuentro.

Era un desastre...

—¿Adivinen a quién encontré en la puerta, de casualidad? —preguntó, Emery, con una amplia sonrisa, en tanto le hacía un guiño a mi hijo.

Creo que olvidó que, a mí, me funcionaban muy bien los ojos.

—Hola, Alex —saludó el traidor de mi hijo, correspondiendo el guiño descarado—, ¡qué casualidad! ¿Qué te trae por aquí? —decidió fingir que nada de esto era planeado.

Lástima que, tanto esfuerzo fuera para nada, pues Stone, era, bueno... *Stone*.

—Pero, si ustedes dos me dijeron que viniera a cenar, porque *Isabella*, era demasiado cobarde para llamarme, e invitarme a una noche de cena y juegos —respondió sin perder su atractiva sonrisa.

Emery se sonrojó furiosamente, mientras que Lucas empezó a toser avergonzado sin mirarme.

Yo quería reírme, pero me controlé lo suficiente y tragué la cucharada de lasaña que tenía en mi boca. Definitivamente, este hombre era de otro mundo.

Emery lo invitó a sentarse a mi lado. Yo acerqué mi silla a Lucas, disimuladamente. Mi hijo, *a quien pronto iba a desheredarlo*, se acercó más a Emery quedando codo con codo, dejándome sola y huérfana.

¿Por qué me hacían esto?

—No te preocupes, *Isabella*. —Stone acercó su silla más a la mía y sonrió coquetamente. Yo me congelé en mi asiento—. Vine a salvarte de ser la quinta rueda del coche, la violinista, la...

—*¡Okey! ¡Okey!* Entendí... —respondí, mortificada, mirando fijamente mi plato y resignándome a que, de esta situación, no había forma de salir airosa sin parecer una cobarde.

Me disculpé y abandoné la mesa con el pretexto de que iba a servirle un plato con lasaña a nuestro invitado sorpresa. Él me observó todo el camino hasta la cocina; lo sabía sencillamente, porque sentí su mirada calentar mi espalda todo el pequeño trayecto.

En la cocina, me di ánimos y palabras de motivación:

¡Vamos, Isabella, que tú puedes!

¡No demuestres a tu enemigo que eres débil!

¡Confío en ti!

¡Ese hombre no te gusta! ¡Para nada!

Luego me rocié un poco de ambientador, porque el sudor no era para nada atractivo. No es que quiera que ese hombre me viera atractiva, solo que no quería apestar.

Nadie quiere apestar frente a un hombre atractivo...

Aún picaban un poco en mi orgullo, las palabras que me dijo la primera vez que lo conocí.

Levanté mis brazos y olí rápidamente las axilas de mi blusa y sonreí satisfecha; por lo menos ahora iba a oler a manzana silvestre.

—Me preguntaba qué te tomaba tanto tiempo, y ahora, ya tengo mi respuesta.

La voz de Stone me sobresaltó y solté la lata de desinfectante que rodó hasta su zapato. Definitivamente, la incomodidad estaba en su pico más alto, mientras consideraba seriamente en fingir demencia.

Este día, siempre sería el más humillante de mi vida.

Stone se agachó para recoger la lata y la leyó mientras regresaba a su intimidante altura.

—*¿Manzana silvestre?* —levanta una de sus tupidas cejas, mientras trata de no reírse.

—*¿Cuánto tiempo tienes aquí, en la cocina?* —indago, con miedo de saber la respuesta.

¡Por favor, que recién haya llegado!

—Por lo menos, unos buenos... *cinco minutos* —aclaro mirando su caro reloj.

Oficialmente estaba lista para morir. Me encontraba segura de que me veía pálida. Sentía que, en cualquier momento, podía desmayarme de la vergüenza. Lo observo en silencio, entretanto coloca la lata de aerosol sobre el mesón y se cruza de brazos luciendo entretenido. Todo mi cuerpo temblaba tal como una frágil hoja a punto de caer.

—*¿Cuántas probabilidades tengo de que sufras una pérdida de memoria, y que, olvidemos todo este vergonzoso episodio?*

Niega lentamente, mientras una sonrisa se abre paso en su atractivo rostro.

¿Por qué tuviste que seguirme hasta la cocina? Quería gritarle.

—Lamento informarte que no sufro de memoria selectiva.

Quise golpearme contra la pared. Solo con mi suerte, este hombre tan atractivo tenía que verme rociar aromatizador por todo mi cuerpo y *oler mis axilas*.

—Ahora, podría considerar no contarles a los chicos sobre tus actividades algo... —mira el techo, como buscando la palabra adecuada—, *peculiares*, cuando vas a la cocina. —Sonríe satisfecho viendo mi rostro pálido—. *Con una única condición*. —Sus ojos se estrechan de diversión y me regala una triunfal sonrisa.

Yo quería salir corriendo.

Otra vez.

Lo juro, este hombre tenía algo que me impulsaba a comportarme de manera loca. *Yo no era así*. Siempre me he considerado una mujer tranquila, y hasta un poco aburrida.

No contesté, en su lugar, tragué ruidosamente saliva y asentí, no quería que Emery y Lucas escucharan de este vergonzoso momento de mi vida. Y conocía a este hombre, y, por supuesto que se los diría al segundo que nos sentáramos en la mesa.

—De acuerdo. *¿Qué quieres?* —pregunté, derrotada.

—*Otra cita*. —Sonríe feliz y confiado.

Yo empiezo a negar con mi cabeza.

«Está loco, si cree que, después de este vergonzoso episodio, yo tendría deseos de mirarlo a la cara por toda una noche. *Poco me conocía*. En mi cabeza, ya estaba considerando seriamente mudarme de pueblo». Estaba claro, que él y yo jamás podríamos vivir cerca.

—¿No podrías pedir otra cosa...? —trato de negociar.

—*¡Chicos, tengo una...* —su grito me sobresalta!

¡Me iba a delatar!

Rápidamente me acerco a él, y le susurro casi entrando en pánico.

—*¡Está bien! ¡Está bien!* Una cita —cedí, preocupada, y lo miré a los ojos, mis hombros tensos.

—El lugar que yo elija, y disfrutarás de todo, *absolutamente todo*, sin poner justificación, trabas o reusarte —aclaró los términos de su chantaje.

—*¡Está bien!* —acepté, casi llorando de humillación.

—Y vestirás, lo que yo te pida que vistas —enfatisa, enarcando su tupida ceja.

—*Correcto*. —Extendí mi mano derecha, para que la estrechara.

Su sonrisa se hizo gigante.

—Siempre es un gran placer hacer un trato con usted, señorita *Isabella*. —Su gran mano envolvió la mía y le dio un fuerte apretón. Su calor se sentía demasiado bien; demasiado bien para mi paz mental.

Nos miramos por un minuto entero sin pestañear, y soltó mi mano delicadamente; extrañé su calor.

Recogió el plato lleno de lasaña sobre el mesón que había servido, antes de que toda esta horrible pesadilla cobrara vida, y salió de la cocina silbando, sin darme otra mirada.

Me sacudí de su loco hechizo y me apresuré a seguirlo de cerca. Estaba nerviosa por el hecho, de que quisiera romper nuestro trato y contarles... con este hombre, no sabía cómo actuar, ni qué esperar. Como les dije, él era de otro planeta.

Quizá ustedes piensan que estaba exagerando, y... ¿qué daño podría hacer él, contándoles a los chicos lo que presencié en la cocina?

Pues, lo que ustedes no saben, era que Lucas le contaba todo a mi hermana.

Y, *mi hermana*, era la reina de las imprudentes.

Porque, si este hombre abría su boca y contaba mi “oscuro secreto”, *llamémoslo así*, Lucas se lo contaría a mi hermana, esta se lo diría a mi madre, y, mi pobre madre tendría que vivir siempre con el recuerdo de que su hija, de treinta y siete años, se había rociado aromatizante por todo el cuerpo, para luego olerse las axilas, todo esto frente a Alex Stone... *ellos*, se encargarían de que jamás olvide lo que hice.

Sus burlas me perseguirían de por vida.

¡Esto era cuestión de orgullo!

Nos sentamos en silencio en nuestros respectivos lugares, yo, evitando a muerte la mirada pícaro que me estaba dando el hombre que estaba empeñado en destruir mi paz mental, mientras los chicos se reían de algo en la televisión.

Captamos la atención de Emery por nuestro incómodo silencio, quien nos observó atentamente en tanto empezábamos a comer. Estoy segura de que fue, gracias a la presumida sonrisa en la cara de Stone, lo que la hizo sospechar que algo había ocurrido en la cocina.

—¿Qué les tomó tanto tiempo? Lucas ya iba a organizar un equipo de búsqueda y rescate —bromeó, mientras chocaba su hombro contra el de mi hijo y este le sonreía avergonzado.

—En realidad, era Emery quien quería ir a la cocina para atraparlos besándose —aclaró Lucas avergonzado, y yo, casi me atraganté otra vez con mi lasaña.

Renuncié a mi comida. Era realmente peligroso tratar de comer con todos

ellos alrededor. Por su parte, Stone comenzó a reír, negando con la cabeza. Ingenuamente creí que se iba a quedar callado, pero, se aclaró la garganta después de unos segundos y dijo:

—¡Vaya imaginación que tiene ustedes chicos!, pero lamento decepcionarlos, en realidad, *Isabella* estaba pidiéndome una cita.

Esta vez sí me atraganté y empecé a toser desesperadamente, mientras bebía mi jugo.

Iba a matarlo.

—¿*En serio?* —pregunta, asombrado, mi ingenuo hijo.

—Así es Lucas, nos demoramos, porque me estaba haciendo el *difícil*. — Stone les guiñó un ojo.

Esta vez puse los ojos en blanco y Emery empezó a reír y aplaudir. Definitivamente, todos ellos estaban locos.

—¡*Isabella!*, *brindemos*. —Levantó su vaso de plástico, y lo extendió hasta mí, con la clara intención de que le correspondiera el brindis. Yo quería tirarle mi vaso a Stone, pero en su lugar suspiré y lo hice, choqué mi vaso contra el de ella; a estas alturas ya nada más podría ser peor.

—¡Brindo por mujeres como nosotras, que vamos sin miedo, tras los hombres que amamos!

Su declaración arrancó una carcajada de Stone, Lucas se sonrojó, y, yo quería meterme bajo la mesa.

Alex Stone iba a ser mi muerte.

GRANDES DETALLES

LUCAS

Diciembre, 2017

Un mes, rápidamente había pasado, y llegó diciembre... y, contra todo pronóstico, Emery realmente estaba enamorada de mí.

¿Cómo había pasado semejante milagro?

Aún no podía entenderlo, y mucho menos explicar cómo esta hermosa chica quería pasar tiempo conmigo... *sostener mi mano*, reír conmigo, bailar conmigo, y, lo peor de todo, es que no tenía vergüenza de decirle a todo el mundo lo que sentía por mí.

—¡Si sigues mirándome así, voy a besarte! —ríe mientras me amenaza.

Acabamos recién de cenar, y estamos en la cocina lavando los platos. Hoy le tocaba a ella, y aún, estaba indeciso, si echarle jabón en la cabeza o mojarla. Amaba nuestras guerras de agua y jabón.

La casa estaba en silencio, solo la música que se escuchaba en la radio era nuestra compañía. Emery era a quien le gustaba poner música, mientras hacíamos nuestra tarea. Mi mamá hace poco se había disculpado diciendo que iba a bañarse, pero bien sabía que, lo que realmente estaba ansiosa por hacer, era conversar por teléfono con Alex.

Era divertido ver cómo creía que yo, no tenía ni idea de sus llamadas diarias que recibía por parte él. Me encanta verla experimentar una emoción diferente.

Las noches de estas últimas semanas habían sido tranquilas, ya que Alex, desde hace dos semanas que estaba en New York, por asuntos de trabajo, posiblemente, regresaba este fin de semana, pero no era seguro.

Extrañaba cómo su presencia cambiaba el estado de ánimo de mi mamá. Aunque sus llamadas también estaban bien.

—Lo siento, me gusta observarte —confesé, aclarándome la garganta—, pero, si no te gusta, no lo vuelvo a hacer.

—¿Estás loco? Adoro que me mires; cuando lo haces me siento especial, *única*. No te detengas. —Sonríe feliz.

—Pero acabas de decir...

—Lo que acabo de decir es que quiero besarte... —sostuvo mi mano entre las suyas que estaban mojadas y llenas de jabón, y me sonreía—. Esa era yo, buscando una excusa.

—¿*Tú quieres besarme?* —esta vez mi cabeza iba a explotar.

Ni en mis sueños más locos, había podido imaginar que Emery me confesaba que quería besarme.

Ella me apretó la mano.

—Contigo quiero hacer algo más que besar, Lucas. A tu lado, quiero intentarlo todo; quiero una vida, quiero que pongas un anillo en mi dedo, porque deseo casarme contigo y ser la señora de Lucas Blakely. Quiero cuidarte cuando enfermes y que tú hagas lo mismo.

Nos empezamos a reír, imaginando ese futuro. Yo quería ese futuro con ella, y nadie más.

—Que llores y rías junto a mí y pasar cada cumpleaños juntos, que sea tu rostro lo primero y último que vea al abrir y cerrar mis ojos.

» Mi mayor deseo es estar toda gorda y gigante con nuestro hijo creciendo dentro de mí, y no solo uno, *¡quiero siete!* —se nos escapa una carcajada. Soñar con ella no tenía precio—. Deseo caminar de tu mano por el resto de mi vida, que cada día sea eterno, y me mires todo el día, que me beses por siempre. —Ríe avergonzada, yo me sonrojo—. Porque, yo, francamente, no quiero dejar de hacerlo. No quiero mirar a otro lado, cuando frente a mí tengo a este hombre espectacular compartiendo su vida conmigo. —Respira profundamente—. *Te amo*, Lucas, y no voy a ninguna parte sin ti. *Esto es para siempre*. —Extiende su mano derecha hecha un puño, su dedo meñique sobresaliendo.

Un nudo se me forma en la garganta, todo es demasiado. Ella merece saber la verdad, después de todo, aquí el único que no ha sido sincero, era yo.

Abrí mi boca para decirle sobre mi enfermedad, explicarle que no podía darle todas esas cosas, pero ella, rápidamente me tapa la boca con su mano mojada y llena de jabón.

—No tienes que decir nada. Tengo una vida entera para convencerte, de que es a ti, a quién *amo*. Y escúchame muy bien, Lucas, un día voy a tener

todo eso, contigo, y *nadie más*. —Su mano abandona mi cara, toma mi mano derecha, la hace un puño, pero deja afuera mi dedo meñique.

No quería lastimarla. Tenía que decirle la verdad, pero no pude.

Sería tan bonito poder fingir, aunque sea unos meses, que teníamos un futuro. Que yo no iba a morir y que ella no tendría que encontrar a otro hombre para tener todo eso que soñaba.

La amaba lo suficientemente como para desear que fuera inmensamente feliz junto a un hombre, mil veces mejor que yo.

Asentí tembloroso, mientras nuestros dedos meñiques se entrecruzaban y se hacían uno, *sellando* una promesa que, sabía perfectamente, que yo iba a romper.

—Te amo. —Su boca se abrió en *shock*, y, un segundo después estaba saltando por toda la cocina. Su baile extraño arrancó otra carcajada de mí.

Reír, siempre era mejor que llorar. Ya había omitido suficientes verdades por una noche, como para tener que inventar otra excusa del porqué lloraba.

—*¡Al fin!* —ríe en tanto salta a mis brazos y coloca los suyos alrededor de mi cuello—. ¡Y solo tuve prácticamente, que decirte que te voy a acosar durante toda la vida, hasta que aceptes que tú y yo... va a suceder!, *¡Sí, señor!* ¡Nacimos para estar juntos! —Su alegría era contagiosa.

Asentí, porque así lo creía también. Lo bueno, es que un día, sería solo un recuerdo lejano.

Un amor juvenil.

Una experiencia.

Yo, por otro lado, la recordaría por la eternidad, porque para mí, ella lo sería todo, tan perfecta y única.

En mi cabeza tendríamos todo eso y mucho más. *Por siempre*.

Porque para eso era la eternidad, para recordar cosas hermosas como ella, y la vida definitivamente me había dado muchas cosas para amar.

Y también muchas cosas que recordar y añorar, por toda mi eternidad.

SEGUNDAS OPORTUNIDADES

ISABELLA

Sábado, 16 de diciembre de 2017

Stone había estado ausente por más de tres semanas, por lo que nuestra cita “coaccionada”, había tenido que ser reprogramada, ya tres veces.

Habíamos hablado el lunes pasado, y me pidió encontrarlo, este sábado, en el restaurante *D’SOL* a la una de la tarde.

Me solicitó que vistiera un bonito vestido y zapatos altos; y que, si no tenía esos artículos dentro de mi colorido vestuario, que no me preocupara, que él tenía la solución y procedió a recitarme el número celular de su asistente personal, para que coordinara con ella una salida de “*chicas*”, que obviamente él cubría todos los gastos.

Por supuesto que decliné su oferta y le aseguré que tenía un “vestido y zapatos adecuados” como los que él solicitaba.

No había especificado, que ese vestido en cuestión me quedaba una talla menos, y los zapatos eran de un tacón de 15 centímetros, y que me daban vértigo, así que una parte de mí estaba nerviosa, esperando que me llamara a cancelar la cita, *otra vez*.

No quería admitirlo, y ni muerta se lo diría a él, pero cada vez que había llamado a cancelar nuestra cita, mi estómago se hundía de decepción.

Admito que, los siguientes días los pasé en tensión, odiando cómo se me erizaba la piel cada vez que mi teléfono celular sonaba y temía que fuese él llamando para cancelar nuestra cita.

Para mi suerte, el sábado llegó rápido y mi cita era a la una.

Dejé encargada la floristería con Roberto, y este me deseó suerte, mientras me daba una mirada curiosa. No lo podía culpar, jamás me arreglaba de esta manera. Decidí arreglarme, aquí en la floristería, porque ir hasta el

departamento me ponía más nerviosa. Así que opté, por traerme todo lo que iba necesitar e hice mi mejor esfuerzo por verme bien.

Debo reconocer, que no lucía nada mal, pero también que iba *extremadamente* arreglada, y todo esto, a petición del señor Alex Stone. Me puse mi vestido negro, ese que me quedaba no una, *sino dos tallas más pequeñas* y me sentía una exhibicionista. Cambié mis zapatillas planas de siempre, por unos zapatos de charol color negro con tacones gruesos. *Los quince centímetros de la muerte, los llamaba yo.*

Esperaba no romperme el cuello en mi camino al restaurante.

Lucas, hoy trabajaba en la cafetería, por lo que no quería que obtuviera un vistazo de mi apariencia y empezara a sacar conclusiones precipitadas. Era mi hijo, y lo amaba, pero se había vuelto un cotilla, igual que mi hermana. En mi paseo, no me perdí de las miradas de asombro de algunos conocidos, que me observaban dos veces para estar seguros de que se trataba de Isabella Blakely. Saludé algunos pocos, e ignoré los silbidos de los adolescentes.

Me sentía abochornada por tanta atención.

Solo podía imaginar los rumores que se extenderían, a partir de hoy, por mi vestuario.

Llegué al restaurante puntualmente, y la recepcionista, esta vez me sonrió mirándome de pie a cabeza.

—¡Ahora, *eso*, explica definitivamente, por qué el señor Stone está tan interesado en ti, *mujer!*

Sonreí, mientras me sonrojaba por su cumplido y le agradecía.

—¡Bienvenida al restaurante D'SOL, señorita Blakely! Si me acompaña por favor, el señor Stone la espera.

La seguí sonriendo avergonzada, y, esta vez, el restaurante no estaba tan lleno, solo algunas mesas estaban ocupadas, y uno que otro hombre vistiendo traje de negocios, algunos me observaron con aprecio.

Me sonrojé mientras dejaba que mi cabello cayera y cubriera mi cara. Solo quería llegar a la mesa y sentarme.

Stone nos vio inmediatamente, y se levantó. Sus ojos escaneando mi vestido y sonrió. Era contagiosa la alegría que este hombre me transmitía.

—Señor Stone, su invitada. —Stone no perdió tiempo, y me ayudó a sentarme en la silla frente a él—. En seguida, un camarero estará con ustedes. —Sonrió cálidamente mientras me guiñaba un ojo—. Espero que, en esta ocasión, puedan quedarse más tiempo.

Se alejó moviendo sus caderas. Comencé a reír por los nervios, entre tanto

veía su contoneo. Sabía que iba dirigido a mi acompañante. Así que esperaba encontrarlo apreciando la retirada de la recepcionista, pero me sorprendí cuando giré mi rostro hacia él y lo encontré observándome.

—Estás muy hermosa, Isabella —su voz erizó mi piel.

—Gracias. —Me las arreglé para decir, sonrojándome profundamente. Este hombre podía hacerme sentir como de diecisiete años.

Miré su corbata, y enarqué una ceja, mientras pregunté recelosa:

—¿Amarillo? —no me iba con la duda.

—Sí. *Amarillo* —afirmó, sin ofrecer mayor explicación.

—Acaso, ¿es tu color favorito? —pregunté disimulada— ¿O es la única corbata que tienes? —me burlé.

Negó mientras alisaba con sus grandes manos su corbata.

—Un buen amigo me dijo, que era tu color favorito, y que siempre usas algo de este color en tu vestimenta, y viendo que estás vestida de color negro, debo imaginar que tu ropa interior debe ser amarilla. Ya sabes, *para la buena suerte*. —Guiñó un ojo de manera sexy.

Esta vez el sonrojo se marchó y me puse pálida; *definitivamente voy a desheredar a Lucas*. Me aclaré la garganta fingiendo que no había escuchado la última parte.

—¿Y qué tal tu día en la oficina?

Llegó el camarero y otra vez nos entregó los menús, mientras procedía a recitarnos las especialidades y recomendaciones. Suspiré, agradecida por la interrupción. Y fingí, que estaba muy interesada en escanear el menú.

Podía vivir sin saber, todos los secretos que le había contado el traidor de mi hijo a Stone. Porque, era *obvio*, que habían hablado de mí. Parecía, como si hubiera sido el eje principal de toda una conversación, y, francamente, yo no deseaba pensar en eso.

El camarero se retiró unos minutos después.

Iba a ordenar una ensalada, que su precio era de treinta dólares, pues no me sentía cómoda con que este hombre pensara que era una interesada. Para los millonarios, las líneas fácilmente se pueden difuminar y confundir.

El mesero regresó.

—¿Los señores ya saben qué van a ordenar? —de su chaqueta sacó una cara libreta café y un bolígrafo gris, que brillaba más que mis zapatos de charol.

—Yo deseo una...

—La señorita va a servirse una hamburguesa, con papas fritas, y, para

tomar, una gaseosa. Yo deseo lo mismo. Gracias. —Despidió sin más, al camarero y me observó.

Una sonrisa tiraba de las comisuras de su sexi boca. Esperando paciente mi reacción.

—¿Realmente acabas de pedir una hamburguesa de sesenta dólares? — empecé a reír incrédula—. ¡Debe ser deliciosa! Porque, por sesenta dólares espero que me deje llena, por toda una semana, por lo menos.

—Créeme, vale cada centavo. —Sonríe, y es imposible no regresarle la sonrisa—. Quiero hacerte una pregunta, Isabella, pero deseo que me contestes con la verdad.

Pongo los ojos en blanco.

—Por supuesto, puedes interrogarme, considerando que mi hijo ya te ha contado todos mis secretos, no tengo de qué preocuparme, ¿verdad? —trato de no sonar resentida, pero fallo.

Stone suelta una gran carcajada.

—No te preocupes. Todos tus secretos están a salvo conmigo. Si te soy sincero, Lucas solo trató de ayudarme a caerte bien, a que te agradara un poco.

—¿Y por qué, exactamente, haría eso mi hijo? —pregunto, realmente confundida.

Una cosa era que mi hijo quisiera jugar a *cupido*, y otra, diferente, que se tome tan personal el que un hombre en particular me guste.

—Porque le conté todo, sobre nuestro primer encuentro. —Se encoge casualmente de hombros.

Mis ojos se abren asustados e incrédulos.

—Tú le... ¿por qué tuviste que contárselo? —pregunto, acusándolo. Deseando haber escuchado mal.

—Porque es mi mejor amigo —sentenció sonriendo—, y los mejores amigos no se ocultan las cosas. Considerando que vi, totalmente necesario que él supiera que nosotros ya nos habíamos conocido, pero que había sido algo desafortunado. Y mira que útil fue, porque me ha dado muy buenas ideas de cómo podría causarte una *segunda* buena impresión. Puedes sentirte orgullosa de tu hijo, hasta ahora, todos sus consejos han sido de muy buena ayuda.

Empecé a negar con la cabeza. Todo este tiempo pensando que Lucas no tenía ni idea de mi bochornoso pasado con este hombre, y él, ya se lo había contado hace... *meses*.

—No te preocupes. Lucas lo encontró muy gracioso. —Rodé los ojos.

Por supuesto que otro hombre encontraría chistoso ese encuentro, aunque, ese hombre sea mi hijo. No había lealtad hacia mí, cuando se trataba de Alex Stone.

—Y bien, quería aprovechar esta cita para disculparme contigo. —Se aclaró la garganta, la seriedad gobernando sus rasgos—. Por suponer que me estabas acosando ese día en el *Mini Market*. —Hace una pausa, mientras reflexiona sus palabras—. Ahora veo, claramente, que eso jamás fue así. No eres ese tipo de mujer. —Se acomoda en su silla.

—Gracias —sonríó, mientras relajo mis hombros.

Ya lo hecho, hecho estaba. Enojarme con este hombre era inútil. No se podía cambiar el pasado, solo trabajar en el futuro, para que, cosas así no sucedieran otra vez.

—Y eso me gusta de ti. —Su mirada se hizo intensa, yo empecé a sudar. Mi corazón latía desbocado—. *Tú me gustas mucho, Isabella* y la pregunta era —respiró nervioso, pero su sonrisa regresó con fuerza—, si quier...

Mi corazón se agitó y esperé ansiosa a que terminara de decir lo que mi corazón quería escuchar, pero fuimos interrumpidos por el camarero, quien apareció con un carrito lleno de comida. Nos sirvió inmediatamente un plato lleno de papas fritas, a cada uno, y luego, dos gigantes hamburguesas.

Mis ojos se abrieron en sorpresa: Eran las hamburguesas más grandes que había visto en mi vida. *Lo juro*.

Quise reírme cuando vi lo enormes que eran, eso explicaba por qué costaban sesenta dólares. Stone me sonríe, mientras coge la monstruosa hamburguesa con sus manos y trata de darle un gran mordisco.

Una carcajada se me escapa, cuando una salsa verde mancha su corbata amarilla. Él me ignora y sigue tratando de comer esa *enormidad* que llamaban hamburguesa.

Yo empiezo por las papas fritas y... *¡por todos los cielos!*, estaban deliciosas, calientes y crocantes con la cantidad justa de sal y pimienta.

Disfrutamos de nuestra comida, en un cómodo silencio. El único ruido sobre la mesa eran nuestros gemidos de placer mientras devorábamos la comida sobre nuestros platos; yo me aventuré y traté de darle un gran mordisco a la hamburguesa, cerré los ojos y casi muero de placer.

¡Deliciosa!

Una risa se le escapó a Stone, pero lo ignoré. En este punto, bien podía comerme mis palabras.

¡Había muerto, y he ido al cielo!

¡Estaba riquísima!

Me esforcé por no embarrarme la cara como Stone, pero fallé miserablemente, y me ensucié parte de mi vestido. Di gracias al cielo por existir el color negro.

Olviden todo lo que dije sobre este lugar y sus precios, definitivamente, iba a traer aquí a Lucas, por lo menos una vez al mes a comer conmigo esta hamburguesa. Él debería experimentar el cielo en su boca. Teníamos que traer a Emery, por supuesto; esa dulce chica necesitaba que le diera un gran premio por todo ese amor que le tenía a mi hijo.

Stone lucía relajado y feliz, en este ínterin, me veía comer. De vez en cuando, nos mirábamos a los ojos y empezábamos a reír, porque nuestras bocas y mejillas estaban sucias de todo tipo de colores.

Pero no nos importaba. Sentirse cómoda, a lado de este hombre... era tan sencillo como respirar.

Mucho de los otros clientes, nos miraban con curiosidad, y uno que otro, preguntó al camarero qué estábamos comiendo.

¡Sí, señores vayan y gasten sesenta dólares! ¡No se arrepentirán! ¡Serán los sesenta dólares mejor gastados en su vida! ¡No pierdan tiempo!

Quería decirles eso, porque estaba realmente feliz de que Stone me haya invitado a comer aquí, y haber probado esta delicia.

Casi habíamos terminado de comer, cuando un joven cantante vestido con un elegante traje se detuvo sobre el pequeño balcón de la esquina. Habíamos estado escuchando el sonido suave del piano, como fondo, mientras devorábamos nuestra comida.

—Esto es “*Every Time We Say Goodbye*” —anunció el apuesto joven y empezando a cantar, desde la preciosa introducción.

Stone se levantó envolviendo su grasosa mano alrededor de la mía.

—Baila conmigo.

Empecé a reír mientras me ponía de pie y aceptaba seguirle la corriente a este loco hombre. Por supuesto que había recordado que, en esta cita no podía negarme a nada, y, como estaba en éxtasis, por la delicia en mi estómago, permití que nos acomodara, en un espacio entre la mesa que ocupábamos y la siguiente, la cual, gracias al cielo estaba vacía.

Envolvió nuestras manos sucias y su brazo atrapó mi cintura, firmemente, en tanto empezaba a balancearnos. Era tan extraño cómo este hombre era capaz de hacerme sentir pequeña, pero fuerte, mientras estaba entre sus

brazos. Solté una gran carcajada cuando me dio una vuelta y vi cómo todo el mundo nos miraba. Ellos también estaban riendo.

—¡Definitivamente, eres el hombre más loco del mundo! —confesé riendo, cuando me acercó otra vez a su pecho. Su colonia me tenía sintiendo mariposas en el estómago.

Obligué a mis ojos, encontrarse con los de él. Gracias a los tacos le daba por la barbilla, a esta distancia, era aún más atractivo.

—¡Y usted también, mi querida señorita, Isabella! Que no se le olvide. — Me robó el aliento con una tierna sonrisa.

Nuestras ropas se ensuciaron más, pero no importó, porque esos fueron los cuatro minutos más divertidos, e interesantes, de toda mi vida.

VIDA

ISABELLA

Caminábamos por las despejadas calles del pueblo. Eran casi las nueve de la noche. Yo, hace rato, me había sacado mis tacones, y mis pies dolían terriblemente, mientras andaba descalza, pero no me arrepentía de nada. Había sido la cita más divertida que había tenido.

—¿Te das cuenta de que siempre que salimos, los dos terminamos sucios, mojados y oliendo a hamburguesa? —pregunta, riendo, mientras se mira los pies—. Al menos, esta vez, no perdiste ni un zapato mío.

Eso hizo que me doblara de la risa y me arrimé a él, quien no perdió tiempo y aprovechó esa oportunidad para abrazarme.

No me alejé.

Esta noche quería sentir todo, quería olvidarme de que una vez me rompieron el corazón, que una vez alguien renunció a amarme porque fueron más fuertes sus perjuicios, ver el maravilloso regalo que el cielo nos estaba haciendo. Por esta noche, solo deseaba amar a Stone y que él me amara a mí.

—Fue tu culpa que cayéramos a la pileta. *Tú* fuiste, quien me retó a robar una moneda de los deseos —acusé, pinchándole el costado.

—¿Cómo iba yo a saber que tenías tan mala coordinación y reflejos? Fue una sorpresa cuando me arrastraste contigo.

Más carcajadas se nos escapan, mientras llegamos a mi departamento.

Empezamos a subir las escaleras, pero siento el tirón de mi mano y un segundo después estoy nariz con nariz con el hombre que me hace sentir toda mareada y feliz. Un hombre que tiene el poder de desarmarme con solo una sonrisa.

Nuestra respiración era artificial. *No podía oír nada. Era como si hubiéramos caído en un profundo pozo.* Tampoco quería moverme, por miedo de romper esta conexión.

Él está dos escalones más abajo que yo, lo que nos da la estatura perfecta.

Estamos tan cerca, que podría contar sus pestañas, si quisiera. *Y quiero hacerlo*, quiero acariciar su rostro y esa barba que me trae loca, y sentir sus manos acariciando mis dedos, pero lo más importante es que deseaba sus labios sobre los míos.

Y es como si me leyera la mente, porque hace exactamente eso.

Un segundo después, le estoy devolviendo el beso, pero es torpe e inseguro, así que nos alejamos riendo como dos adolescentes y volvemos a intentarlo.

Es como esa primera vez, *solo que mejor*. No sabía que extrañaba besar tanto, hasta que Stone puso sus cálidos labios sobre los míos. Se siente hermoso y peligroso, todo al mismo tiempo. Siento fuego ardiendo en mi estómago, bien podría ser gastritis, pero no, sé que es Stone.

Sus grandes manos acunan mi rostro, como temiendo que escape. Quiero confesarle que *NO*, no lo haré, puede estar tranquilo, porque estoy cansada de correr, de negarme lo que siento. Y si *este hombre* me quiere, pues voy a confiar en él, porque estoy segura de que no es como David. Jamás me lastimaría, además, ama a Lucas, *es su mejor amigo*, así que estoy segura entre sus brazos.

Mi corazón está a salvo con él.

Él jamás me dejaría caer.

Un ruido en la parte superior nos hace alejarnos asustados, nos miramos, y empezamos a reír.

—Subamos, antes de que la señora Smith, nos denuncie por exhibicionismo. Y, como te conozco, sé que te mueres de ganas por contarles a los chicos, cómo prácticamente, te atacó aquí en la escalera. —Empiezo a subir, mientras su risa calienta mi estómago.

—¿Y acaso, eso no fue lo que pasó? —pregunta, inocentemente, mientras sonrío y me pellizca el costado.

En respuesta, lo golpeo en el brazo, él me alcanza, rodea mi cintura y me atrae a su costado, besándome la frente.

Este loco hombre, iba a enloquecerme con su bonita y sensual sonrisa.

Un minuto después, abro la puerta de mi casa esperando ver a Lucas y Emery sentados viendo televisión en el sofá, pero todo está oscuro. Enciendo la luz y dejo mis zapatos a lado de la puerta. Quizá estaban en el cuarto de Lucas viendo una película en la laptop de Emery.

—¡Chicos... llegamos! —los llamo, pero no recibo respuesta.

Reviso la cocina, los cuartos. Nada.

—Tal vez salieron a comer algo —comenta Stone para tranquilizarme.

Asiento, dudosa, ve que estoy nerviosa por no encontrarlos aquí en el departamento, como de costumbre. Me apresuro a revisar mi celular, pero está apagado.

¡Rayos!

Se me ha descargado el celular y ni cuenta me he dado, tan nerviosa que estuve hoy, por la cita con Stone, y se me olvidó cargar mi celular.

Entro a mi cuarto rápidamente, y busco mi cargador. Lo encuentro sobre mi cómoda, lo recojo y salgo disparada a la cocina para poner a cargarlo.

Stone habla por celular, y me da la espalda cuando me ve atravesar la sala en dirección a la cocina. Su voz es baja, casi no puedo distinguir qué dice, pero no me pierdo su mirada sombría mientras escucha atentamente.

Estando en la cocina, me asomo por la puerta para tratar de escuchar un poco su conversación.

Quizás esté hablando con Lucas.

—Está bien, Emery. —Hace una pausa, y me tranquilizo, estaba hablando con los chicos, eso quiere decir que todo estaba bien. Sonrío tranquilizándome.

Por un momento me preocupé. Después del ataque con tomate, que recibió Lucas, no me sentía cómoda con el hecho de que él, estuviera *solo*, en la calle. Pero, gracias al cielo estaban bien.

Conecté mi celular al cargador, y esperé unos minutos, para intentar encenderlo. Tres minutos después, la pantalla se encendió. Bueno, al menos, esperaba encontrar un mensaje de Lucas diciendo dónde estaba.

Levanté la mirada, en el momento exacto que Stone se detuvo en la entrada de la cocina. Esperé que dijera algo sobre su conversación con Emery, pero en su lugar, se quedó en silencio.

Solo me observó. Lo miré de manera curiosa. Su expresión seguía siendo turbia. Algo de lo que le dijo Emery, lo había preocupado.

Mi corazón se sintió pesado, considerando que quizá, la señora Green habría atacado otra vez a Lucas, y tal vez Stone, no sabía cómo decírmelo.

Esta vez, aunque me lleven presa, iba a golpear a esa mujer. Se lo merecía.

—Por favor, no me digas que la señora Green atacó otra vez a Lucas, o peor, que hizo otro espectáculo y trató mal a la pobre de Emery, solo porque salieron a comer los dos en público. Porque, si es así, yo voy a...

—Emery, no ha visto a Lucas en todo el día. Está preocupada, porque

llamó a la cafetería, y le dijeron que salió temprano —soltó de golpe, una extraña pesadez en sus palabras—, ella viene en camino.

Nadie habló después de eso, podía sentir como mi corazón se estremecía, y mis piernas amenazaban con doblarse.

Mi celular empezó a sonar. Eran alertas de correos de voz y mensajes texto. Un miedo diferente, me atornilló el corazón. Era un miedo más feroz, más terrible. *No* quería revisar esos mensajes, pero tenía que hacerlo. Quise obligar a que mis dedos obedezcan, pero en su lugar, miré la hora.

Nueve y media de la noche...

—Tenemos una sola regla... —mi voz temblaba. Mis ojos se llenaron de lágrimas.

Mi corazón se sentía pesado.

Una pausa siguió después de eso, nadie habló. Mi garganta se había cerrado y una piedra se había alojado en ella. Tragué saliva y me obligué a continuar.

—Sea como sea, *él* debe estar aquí, en la casa, *a salvo*, a las ocho en punto. Ni un minuto antes, ni un minuto después. —Cerré mis ojos fuertemente—. *Siempre a las ocho.* —Mi voz se perdió entre un latido y otro.

Tenemos una regla.

Mis ojos se volvieron a inundar con lágrimas, que no dudaron en hacer su camino por mis pálidas mejillas.

Un pacto.

Quería ser independiente, y *cedí*, con la única condición de que *jamás* podía permanecer *solo*, fuera de la casa al caer la noche. *Era peligroso.*

Mi mente gritaba que revisara los mensajes. Pero no podía. Estaba paralizada frente a mi celular.

Esta vez mi celular se iluminó con una llamada entrante... era un número desconocido.

Era una promesa.

Y mi hijo, jamás rompía sus promesas.

¿Saben de aquel sexto sentido que tenemos las madres, y que todas las personas alardean? Bien, ese sexto sentido me anunció, que mi vida estaba a punto de cambiar.

Pero jamás dijo cuánto.

DESASTRE

ISABELLA

No tuve tiempo para prepararme. Era como si una bola gigante de demolición se estrellara una y otra vez contra mí.

Era duro escuchar, todo lo que había pasado en menos de diez horas: *Una verdad, que no me gustaba oír.*

Lo habían encontrado desmayado, a seis cuadras de la casa. Lo llevaron al pequeño hospital comunitario que teníamos aquí, en el pueblo, en el cual le suministraron los primeros auxilios.

Había sufrido un ataque al corazón.

Y eso... eso solo era el inicio.

Para el momento en que habían logrado estabilizarlo, trataron de comunicarse conmigo, gracias al carné de discapacidad de Lucas, que encontraron en su billetera, donde estaban todos mis datos, como contacto directo, en caso de emergencia. Lo más duro de escuchar fue que, habían tratado *¡treinta veces!*

No podía imaginar lo frustrada que se encontraba la persona a cargo de contactarme. Yo, me sentía furiosa conmigo mismo.

Mientras que yo había estado bailando y comiendo, mi hijo podía haber muerto en una acera.

¡Solo...!

¿Cómo era posible que, en un pueblo pequeño no habían podido localizarme? Estaba más allá de mi comprensión. Traté de no enojarme con otras personas. La suerte había estado de lado de Lucas, porque, gracias al cielo, una enfermera de turno, quien era amiga de mi madre lo había reconocido inmediatamente, y no dudó en contactarse con ella.

Y fue mi madre la que me recibió en la sala de espera y me puso al tanto de lo que realmente había ocurrido.

—Están haciendo más exámenes, aún es apresurado atribuir o descartar

enfermedades. Por ahora, esperan que Lucas recobre la conciencia. — Lágrimas caen de sus angustiados ojos—. ¡Debemos tener fe! —asiente, mientras más lágrimas hacen su camino por sus pálidas mejillas—. Nuestro muchacho va a salir de esta. *Ya lo verás, hija*. —Su abrazo fue reconfortante, mientras empezaba a llorar otra vez.

Mi madre lucía terrible; su cabello gris estaba desordenado, como si hubiera hecho y desecho su moño muchas veces. Estaba sin maquillarse y las bolsas bajo sus ojos hinchadas, por llorar tanto. Me contó también, que mi hermana estaba de camino hacia al hospital. No pude evitar sentirme mal por ellos, justamente hoy habían salido de viaje con su esposo a visitar a sus suegros, que vivían en Orlando, Florida, pero al enterarse de lo sucedido con Lucas, no habían dudado en regresar. Para serles sincera, no me sorprendió la actitud de mi hermana. Después de todo, ella me ayudó a criarlo, por lo que era comprensible que se sienta igual que su segunda madre.

Estaba muy agradecida por tenerlas a ellas junto a mí... y, a Stone. Ellos me hacían sentir, que todo estaría bien.

Stone saludó brevemente a mi madre, e inmediatamente había pedido hablar con el director del hospital. Ignoraba el motivo, pero me imaginaba que quizá, solo quería verificar que Lucas recibiera el mejor de los cuidados.

Estaba de más decirles que él lucía miserable, en todo el trayecto hasta el hospital.

No me miró, ni habló durante todo el camino. Si para mí era dura toda esta situación, solo podía imaginar lo que significaba para él.

Él hace cinco años atrás, había perdido a su esposa y a sus dos pequeñas hijas de seis y cuatro años, en un trágico y desafortunado accidente de automóvil. Cosas así, son difíciles de superar. Por lo que podía perfectamente imaginar, lo doloroso y triste que tenía que ser para él, la posibilidad de que Lucas hubiera corrido con otra suerte.

Y, definitivamente, él sentía mucho cariño hacia Lucas, casi se podría decir que lo quería como a un hijo.

Esperaba que supiera que, estaba inmensamente agradecida, por querer que su mejor amigo esté bien cuidado.

Comencé a orar, pidiendo que Lucas despertara pronto. Pedí que estuviera muy bien. Solo quería marcharnos pronto a la casa, y olvidar este horrible día. Me estremecí cuando una idea escalofriante se me pasó por la cabeza, por lo que me rodeé con los brazos. Los hospitales siempre me traían feos recuerdos y no quería estar aquí, más de lo que era necesario.

Había convencido a mi madre de que se marchara a la casa, a bañarse y para que descansara un poco. Lucas seguía sin despertar y le prometí que sí lo hacía, la llamaría inmediatamente para que viniera y le halara las orejas por asustarnos tanto.

Sospechaba que el infarto, quizá, era producto del estrés por la carta de aceptación a la universidad que aún no llegaba.

Le dije que no se preocupara tanto, pero al parecer, la universidad, le estaba provocando mucho estrés, más de lo que podía imaginar.

¡Un infarto, no era un juego!

Iba a tener una conversación muy seria con mi hijo. Tal vez, podría convencerlo de tomarse todo el año que viene para recuperarse, si es que deseaba tanto asistir a la universidad. No quería que sufriera otra crisis y provocara un nuevo infarto, y posiblemente, no corriera con tanta suerte como hoy.

Él no tenía más remedio que aceptar.

Stone apareció una hora después, ya eran casi las tres de la mañana; lucía agobiado, estresado y triste. Entre sus manos sostenía una carpeta blanca con el logo de una clínica privada.

Mi corazón empezó a latir rápido, mientras hiel rodaba entre mis venas.

—Tienes que firmar esta autorización, Isabella. —Me entregó la carpeta. La revisé brevemente.

La clínica era en New York.

Asentí, sin comprender muy bien, pero confiando en él. Me senté otra vez en la silla y firmé la autorización, pero algo que no me cuadraba, así que le pregunté:

—¿Y por qué tenemos que llevarlo a New York? Pensé que, cuando recobrará el conocimiento, podrías convencer al doctor para que le firme el alta y poder llevarlo a la casa. Sabes muy bien que, en el departamento va a estar mucho mejor. —Me levanté y le entregué la carpeta con los papeles firmados y le ofrecí una pequeña sonrisa alentadora. Pero no fue correspondida.

Todo estaría bien, siempre y cuando Lucas despertara. Luego, ya podíamos hablar de los cambios alimenticios, y de su trabajo, con el fin de evitar este tipo de ataques. Había sido algo permisiva, *¡pero eso, se terminaba hoy!* Iba a tener un gran cambio en nuestro estilo de vida y Lucas, le guste o no, tenía que estar de acuerdo, por su bien.

Stone tomó la carpeta y me observó. Había algo mal con él. Podía decirlo

solo con verlo; estreché mis ojos. Había algo en la mirada de Stone, ya no lucía tan sincera como antes, ahora era reservada... *desconsolada*.

—Eso no va a ser posible. Por eso, tenemos que trasladarlo a un mejor lugar, aquí no hay el equipo adecuado para lo que tiene Lucas —declaró desviando la mirada, pasando pesadamente una mano por su desordenado cabello.

Mi estómago se llenó de concreto, y me dejé caer en la silla otra vez. Había una voz que me había estado hablando desde que llegamos al hospital, susurrando, *que nada era lo que parecía*. Que había algo malo. Pero la había ignorado, tenía que ser positiva, mantenerme *optimista*.

Pero, realmente no me gustaba lo que estaba diciendo, acaso... *¿ya habían descubierto qué tenía Lucas? Y, ¿por qué nadie, había venido a informarme?*

Yo era su madre.

—¿Y qué tiene mi hijo? —me obligué a preguntar tranquila. Aunque mi voz estaba temblorosa y agrietada.

La tranquila voz cobró fuerza dentro de mi cabeza. *Ahora gritaba*.

Stone no contestó. Ni me miró.

Silencio.

Odiaba su infernal silencio. Y odiaba sentir que él tenía secretos.

Secretos que involucraban a mi hijo.

Me levanté enojada esta vez. Él no podía venir aquí y no decirme lo que pasaba. Era su madre. Tenía el derecho de ser la primera en ser informada.

—¡Contéstame, Stone! ¡¿Qué tiene Lucas?! ¡¿Qué salió en los exámenes?! —no quería gritar, pero la frustración me estaba ganando y mi voz empezó a elevarse—. *Dime... dime de una vez, ¿qué tiene mi hijo?! Por favor... ¡Puedo soportarlo!* —supliqué la última parte, estaba llorando, porque me sentía aterrada.

¿Por qué tenía este mal presentimiento?

¿Por qué me sentía débil, enojada, desesperada, eufórica, y a punto de volverme loca?

Sabía que algo malo tenía que ser, pero quería escucharlo decir lo que era. Quería que me dijera, lo que le habían dicho los doctores a él, y que no tuvieron el valor para decírmelo a mí. La cruel imaginación, amenazaba con matarme.

¿Tan grave era?

La última frase que dije, lo hizo mirarme. Su mirada desolada fue como

una cachetada. Sus ojos estaban hinchados. Todo eso me golpeó en el estómago, y se los juro, esa mirada destruida y perdida, la recordaría hasta el día de mi muerte.

Pero sus palabras me comerían viva, toda la vida.

—Cáncer cerebral —confesó, con su voz plana y hueca, esforzándose por tragar el crudo nudo en su garganta—... *Lucas va a morir.*

CORAZONES ROTOS

STONE

Quizá, te parezca injusto todo esto; porque, de hecho, *lo era*.

Pero el día había llegado. Más pronto de lo que jamás imaginamos: Más letal de lo que nunca hubiéramos estado preparado.

Sabía el dolor que sentía Isabella, porque era el mismo con el que había vivido por estos últimos años, y se había intensificado en estos cortos ocho meses.

Había perdido a mi familia, en un accidente de tránsito, por lo que conocía muy bien aquel dolor y la impotencia: Dos venenos demasiados insoportables de tragar.

Una agonía constante y un despertar continuo dentro de una horrible pesadilla, donde los corazones rotos bailaban el vals de en una sinfonía agridulce.

Pero en estos momentos mientras veía el helicóptero abandonar la azotea del hospital del pueblo, quería estar a su lado para consolarla, para brindarle todo mi apoyo.

Quería que me permitiera sostenerla, mientras su mundo como conocía perdía su luz, y le regalaba un futuro sin su razón de ser; un mañana sin su *corazón*.

No quería que su risa se apagara, ni que su chispeante alegría se marchitara. Deseaba que mantuviera su espíritu vivo, porque ese espíritu me recordaba a Lucas.

Arrastré una pesada mano sobre mi cabello, quería sentirme útil: Ya que me sentía tan avergonzado que a pesar del dinero que poseía no podía comprar la única cosa en el mundo que la haría completamente feliz.

Porque esa es la realidad, el dinero te puede dar comodidades, comprarte lujos que no necesitas y darte cierto estatus ante la sociedad, pero frente a una

enfermedad como el cáncer, el dinero bien podría ser agua: *No significaba nada.*

Éramos nada, frente a este monstruo, que se reía del dinero y de la idiosincrasia de una sociedad que piensa que tener dinero, es la solución a todos sus problemas: Que engañados vivían.

Y eso me había estado matando por dentro todo este corto tiempo, desde que el diagnóstico cobró vida frente a nuestros ojos.

No sabía cómo hacerle saber que estaba preparado para ser su roca, para ayudarla a levantarse y regalarle motivos por los cuales sonreír, mientras recordaba a Lucas por las cosas buenas y maravillosas.

Solo rezaba para que ella me permitiera hacerlo. Porque estaba seguro de que juntos, podríamos superar cualquier cosa.

Ahora solo restaba que mi amor fuera suficiente.

Suficientemente fuerte para sanarla.

Soy Alex Stone, y me he enamorado... *otra vez.*

SILENCIO

ISABELLA

Todo a mi alrededor era oscuro y silencioso. Era, como si estuviera sentada sola, en la esquina de una fría habitación, donde no había aire.

No había vida.

Hay momentos, que creemos que, como padres estaremos preparados para afrontar cualquier cosa que la vida nos arroje a la cara... *pero no es así.*

La muerte es una de ellas.

Una cosa es pensarlo. Escuchar que le pasó a un conocido, pero otra, era aceptar que te estaba pasando a ti. Ni una madre, o padre podría aceptar que su hijo muriera.

Los hijos deberían enterrar a los padres, no al revés.

Y cuando eso pasa, se activan todas tus defensas de lucha, protección y negación, así que gritas, lloras y por último... *¡suplicas!*

Suplicas por un milagro.

Pero, todo se resume a que, sin importar cuánto nos rehusemos o neguemos, la realidad viene a golpearnos en la cara. Una y otra vez.

Ellos se van a ir.

Y no se puede hacer nada. Porque las enfermedades hacen eso, llegan sin avisar, y al irse, lo hacen llevándose a quien más amamos. Podía incluso aceptar eso, *pero no la mentira.*

Stone me había mentado, *y por segunda vez*, me habían dejado caer. Mi confianza y corazón habían sido rotos.

Todo este tiempo, *él...* lo sabía, la enfermedad de Lucas no era un secreto.

Nunca lo fue.

Solo había sido secreto... *para mí.* Odiaba en ese momento a todos. A mi madre, a mi hermana, y a Stone. Todos ellos sabían muy bien que mi hijo se estaba muriendo, y nadie me había dicho nada.

Tampoco habían hecho nada.

No habían luchado.

Solo lo dejaron morir.

Era mi “hijo”, pero nadie se había apiadado de mí. Nadie, me había amado lo suficiente, como para decirme lo que estaba sucediendo desde hace meses con él. Me habían dejado vivir en la oscuridad, y *hoy*, la verdad salía a la luz pateándome y arrancándome lo único que me mantenía respirando y viviendo.

¿Dónde estaba el amor, que decían sentir por nosotros?

Eso no era amor.

Stone se volvió de granito cuando le grité, lloré, volví a gritarle, y lo maldije.

—*¿Por qué?! ¿Por qué me hicieron esto a mí?! ¿Por qué?* —le reclamé, furiosa, dejándome caer sobre la silla, mientras lloraba a gritos.

Todo era tan injusto.

Unas enfermeras vinieron, pero Stone prometió que nos comportaríamos y que no había necesidad de sacarnos del hospital. Ellas se marcharon, pero advirtieron que, si no me tranquilizaba, me darían un calmante.

Los ignoré, entretanto, el llanto era mi único consuelo.

Y mientras abordábamos el helicóptero especial que envió la clínica, la cual Stone había conseguido que admitieran a Lucas, le grité que no se acercara a nosotros. No contestó, pero no me importaba, quería que todos estuvieran lejos de mí y de Lucas.

Tenía que salvar a mi hijo, quizá había tiempo.

Tenía que haber algo. Cualquier cosa, y lo iba a tomar.

A la única que permití, que viniera con nosotros fue a Emery. Darle la noticia fue demoledor. El alma se me hizo añicos, cuando vi cómo su corazón también se rompía, y una palidez gobernó su cuerpo. La pobre estaba desquiciada, igual que yo. Lloramos todo el viaje hasta la ciudad de New York. Rogando un milagro.

Una segunda oportunidad.

La mala noticia era que, Lucas seguía sin despertar.

Deseaba tanto que despertara para entrar a esa habitación y gritarle, quería reprenderlo y reclamarle tantas cosas, pero eran inútiles.

Nada de lo que diga o haga cambiaría el hecho de que la próxima vez que viera a mi hijo, quizá, sería la última.

Y, tal vez, sería para decirle adiós.

¡No quería decirle adiós!

PROMESAS

LUCAS

Recobré la conciencia y sentía, como si me hubieran dado una golpiza, o por lo menos, creo que una persona se sentiría así. No reconocí el lugar en el que estaba, pero sí conocía a la hermosa joven frente a mí.

—Quiero estar enojada contigo... —susurra, Emery, lágrimas frescas caen de sus hermosos ojos marrones y son como puñetazos a mi estómago.

Me odio por hacerle esto. Por haber roto todas nuestras promesas. Por haberla puesto en esa silla.

Ella hoy debería estar riendo y viviendo, despreocupadamente su vida, no llorando, como si ella fuera a morir.

—Deberías estarlo —concuero, aclarando mi garganta.

Se siente seca y rasposa. Quiero beber agua. Pero no creo que sea el momento de estar pidiendo esas banalidades, cuando frente a mí, tengo a esta dulce joven con el corazón roto.

Tuve tantas oportunidades para decirle, pero al final, sabía que ella no iba a entenderlo, y se lo hubiera contado a mi mamá. Y todo esto hubiera sido peor.

Siempre podía ser peor.

—¿Sabes que pensé, cuando ese día, en la cafetería, te invité a salir y me rechazaste diciendo que no tenías mucho tiempo? —Ríe sin humor.

Recuerdo todo.

Cada detalle, cada palabra, y mientras veo más lágrimas caer a sus mejillas, mojando la mascarilla que tapa su boca, su voz rota que es un reflejo de mi corazón, y pienso que hubiera sido mejor, haberme mantenido lejos de ella.

Si lo hubiera hecho, ella hoy, no tuviera el corazón roto. No estuviera sufriendo, y yo no odiaría más, de lo que ya odio morir.

—¿Qué pensaste? —pregunto, realmente curioso.

Mi voz suena distorsionada a mis oídos, en ocasiones me falta el aire, pero estoy luchando por estar junto a ella todo el tiempo posible. No sería justo, morir inconsciente.

Y es por eso, por lo que no quiero irme a dormir, tengo miedo de no volver abrir los ojos. Quiero levantar mi mano y secar sus lágrimas, pero no puedo, mi cuerpo no me obedece.

Llora un poco más antes de contestar, no importa lo mucho que se demora llorando. *La esperaría por siempre.*

—Pensé... —respira profundamente abriendo sus ojos—, que te referías a que tenías planes de irte del pueblo, a la ciudad de New York; pensé que te querías alejar de todas las personas que alguna vez te trataron mal, de las personas que te hicieron daño, *no que...* —todo en ella se marchita y empieza a llorar ruidosamente.

Deja caer su cabeza cubierta de una mascarilla azul, su cuerpo frágil sacudiéndose por los sollozos. Me hubiera gustado tanto ver por última vez su hermoso cabello castaño.

Siento sus manos enguantadas envolverse en mi mano derecha, y con cuidado, se la lleva a la boca. Una gran parte de mí también hubiera querido que me estuviera refiriendo a algún viaje para disfrutar en familia, pero este es un viaje al que no puedo llevar a nadie.

Todo en mí luce hinchado y me siento diferente, principalmente mis manos, pero eso parece no importarle a mi *novia*.

Es la primera vez que me permito llamarla así. *¿Qué clase de novio soy, si le hice esto a ella?*

La veo aspirar.

—Te hubiera seguido al lugar que sea —confiesa, su voz ronca—. No me gusta esa ciudad. Pero tú la hubieras hecho especial para mí. Lo sé, porque tú tienes ese don, el *don* de volver lo diferente en algo maravilloso.

Cerré los ojos, e imaginé una aventura con ella en la gran ciudad de New York; tanto ruido, tantas luces. Definitivamente, nos hubiera encantado, porque era ella la que hacía la magia, no, *yo*.

—Yo también te seguiría, *sin pensarlo*. —Abrí mis ojos y la miré. Ella era tan perfecta para mí, pero yo me había quedado sin tiempo—. Porque me gustaría, encontrar maneras de hacerte reír... y no llorar. —Mi voz se escuchaba distinta para mis oídos.

—Prométeme una cosa... —pide, su voz es apenas un susurro, lágrimas inundan sus ojos, mientras sostiene con más fuerza mi mano.

Amo que le guste sostener mi mano, porque cada vez que ella lo hace, siempre recuerdo el día de nuestra primera cita. Fue perfecta. Ella era perfecta.

Mi perfecta Emery Green.

Asiento, tragando la bola de emoción atorada en mi garganta. Ya no tengo mis anteojos, por lo que, difícilmente puedo ver algo más allá de la cara de Emery, pero para mí eso es perfecto; no quiero recordar la habitación fría y estéril, solo deseo recordar a las personas que amo.

—¿Prometes que me vas a extrañar... allá en el cielo, *todos los días*? — aprieta mi mano, mientras cierra sus ojos y más lágrimas mojan su mascarilla.

—Sí. *Lo prometo* —le digo, sonriéndole.

Esa es una promesa que, definitivamente, puedo cumplirla.

—Porque, Lucas Blakely, yo te voy a extrañar cada día de mi vida... hasta que nos volvamos a ver ¡*Es una promesa!* —Sus cálidos labios se posan en el dorso de mi mano, donde están las vías insertadas en mis venas.

—Es una promesa.

Ella asiente llorando. No había más que prometer, o qué decir.

Mi corazón hizo un baile loco, como el que hizo ella, ese día, en la cocina, cuando le dije que la amaba por primera vez. Ahora me alegro habérselo dicho.

Sonrío feliz, porque *esto* era el amor.

El amor que mi madre siempre me contó cuando era pequeño, y es mucho más impresionante a lo que pude imaginar, y me alegra haberlo experimentado.

Porque Emery Green valía mil vidas, y si tuviera esas mil vidas, me gustaría vivir cada una de ellas, *amándola*. Volviendo a enamorarme de ella una y otra vez. Siendo su compañero de viaje para que cumpla con todo lo que siempre soñó. Teniendo hijos, besándola, sosteniendo sus manos. Quería que su hermoso rostro fuera lo primero, y lo último, que vea al comienzo y final de cada uno de esos días.

—Te amo, Emery Green. Y te voy a extrañar por siempre. *Hasta que nos volvamos a ver*. Y ese día, no te dejaré escapar —confieso, mirándola a los ojos mientras le sonrío.

Me regala su primera sonrisa llorosa, cierra los ojos, sus sollozos pronto se escuchan por toda la habitación. Y aunque no quiero, me quedo dormido. Iba a extrañarla demasiado e iba amarla cada segundo de esa eternidad.

Porque ella, siempre será mi perfecta Emery Green.

ETERNO

LUCAS

Navidad estaba a la vuelta de la esquina, y mientras veía la nieve borrosa descender al otro lado de la ventana de mi habitación, me quedé pensando en todo lo que una vez me hubiera gustado hacer.

Así no era como quería pasar Navidad, no quería irme en una fecha donde, en lugar de causar alegría a mi mamá, Emery y a mi familia, les provocará una gran tristeza.

No sabía qué hora era, cuando mi mamá entró a la habitación. No la había visto desde el día que sufrí el infarto, y, sinceramente, la extrañaba mucho. No sabía cómo iba a hacerlo, dónde me tocará estar, pero iba a ser muy duro, eso sí lo sabía, el estar sin ella iba a ser la mayor de las pruebas.

Cuando desperté, hace media hora, Emery se había marchado y yo estaba agradecido, porque me desperté sintiéndome extremadamente pesado.

—Convencí a Emery para que regrese al hotel y descanse. El cielo sabe que esa jovencita no ha pegado un ojo —dijo mi mamá, mientras se acercaba a mi cama y se sentaba en la estéril silla negra.

Era la primera vez que hablábamos desde ese sábado en la mañana, y no sabía qué decirle. Ella vestía el traje azul esterilizado, su cabeza estaba tapada también con una mascarilla similar a la que tenía Emery en la cabeza y en la boca; solo podía ver sus hermosos ojos marrones, que estaban rojos, hinchados y tan tristes. Sus hombros caídos.

Me destrozó el corazón.

Era la mujer más importante para mí, y ella estaba sufriendo, mientras que yo no podía hacer nada.

—Tú también deberías ir a descansar. —Me esforcé para decir, aunque mi garganta dolía y solo podía imaginar que era el tiempo escapándose a pasos agigantados de mí.

Algo andaba mal, pero no sabía qué. Tampoco cuánto tiempo tenía; si

eran días o semanas. Con ese pensamiento el pánico empezó a alzarse dentro de mí, pero me obligué a tranquilizarme. No quería tener alguna crisis, o lo que sea, que pudiera delatarme, mi madre se percataría de que algo andaba mal.

Ignoró lo que dije y tomó mi mano entre las suyas, también estaban enguantadas.

—Estás loco jovencito, he esperado demasiado para esto, y si crees que voy a desperdiciar estos... —sus ojos brillaron, su voz murió en un ronco gemido, la fachada se derrumbó y me mostró como realmente se sentía.

Y me quedé ahí, recibiendo todo su dolor en lágrimas. Todo su cuerpo temblaba por los sollozos, y la dejé sacar toda su rabia, ira y desconsuelo. Todo lo que sabía que, si no lo sacaba, no iba a poder vivir tranquila.

—Te amo demasiado, que no sé cómo decir adiós —su voz se volvió a romper.

—Entonces, no quiero que lo hagas... —dije, sonriendo—. *Aún seré tu hijo*, aunque no esté aquí, y tú, siempre serás mi mamá donde vaya. Y quiero que sepas que, te voy a estar esperando. Seré el chico guapo de lentes, con la corbata amarilla... *tu color favorito*.

Mi declaración, en lugar de hacerla reír, la hace llorar más.

—Por favor, no me dejes... —rogó llorando—. *¡Quédate conmigo!* Lucha por mí, por Emery. Hay una operación que podrías hacerte. Es experimental, pero podrías intentarlo...

Negué, porque esa operación que hablaba era inútil, considerando que mi tumor se había expandido considerablemente por regiones de mi cerebro, que ni una operación sería capaz de reparar el daño provocado. Más lágrimas cayeron de sus ojos, por mi respuesta negativa. Se me ocurrió algo que podía levantarle el ánimo.

—¿Quieres oír un secreto, mamá? —pregunté, y ella asiente secándose los ojos.

—Por supuesto, cariño, siempre quiero oír todo sobre ti. Lo sabes. —Trata de sonreírme, pero le sale un sollozo acompañado de más lágrimas.

Sonrí recordando mi secreto de cuando era pequeño.

—Cuando tenía como siete años, y empecé a asistir a la escuela, los chicos de mi clase tenían un gran enamoramiento por ti.

Eso hace que ría. *¡Bien por mí!* No quiero irme sin escuchar esa risa otra vez. No deseo que mi último recuerdo de ella sea llorando por mi culpa.

—*¿En serio?* —pregunta, limpiándose los ojos, un poco más animada por

escuchar la historia.

Cuando tenía seis años, a ella le gustaba que yo fuera quien leyera los cuentos, al momento de dormir juntos. Según decía que, había algo en cómo yo los contaba, que la hacía imaginarse que estaba dentro de la historia; pero yo sabía la verdadera razón, esa era ella ayudándome a que mi lenguaje fuera mucho mejor. Tuve una suerte gigante, el que ella fuera mi mamá.

—Sí, y ¿cómo no estarlo?, si eras la mamá más bonita de toda la escuela.

—¿Piensas que soy bonita? —pregunta con la voz entrecortada, sus ojos llenándose de lágrimas. Asiento sin dudarlo.

—Tengo la mamá más guapa del mundo. Y ya sabes, los hijos tampoco mentimos sobre esas cosas, eso sería como...*apostatar* —le contesto sinceramente, lo que provoca que sus ojos se llenen de más lágrimas, pero estas son diferentes, *son de felicidad*. Una sonrisa acompaña ahora sus lágrimas.

¡Bien hecho, compañero!, me felicito mentalmente dándome una imaginaria palmada en la espalda. Hiciste feliz a la dama, aunque sea un momento.

—Entonces... les dije que tú roncabas, y que parecía que, en cualquier minuto te ibas a convertir en un gran monstruo... —su carcajada me sorprende, pero pronto empiezo a reír junto con ella.

Mi risa es ronca y desgastada, pero parece no importarle. Por unos minutos solo son nuestras risas las que se escuchan por la habitación, amortiguando por unos segundos el sonido incesante de los aparatos conectados a mí.

Quiero oírla reír siempre.

Que nuestro último recuerdo juntos sea de ella riendo. Siendo feliz.

No lo logré con Emery, porque el dolor que ella siente por mi muerte es muy diferente, ahora lo entiendo. Yo he compartido dieciocho años con esta increíble mujer, pero Emery solo ha tenido dos meses, y los recuerdos que hicimos eran muy pocos, comparados a los que compartía con mi mamá.

—Les dijiste mi secreto y... ¿por qué harías eso? —pregunta sonriendo, ya un poco más tranquila, lágrimas felices brillan en sus ojos.

Trato de encogerme de hombro, y me congelo, porque recuerdo que no puedo, pero disimulo, trato de que la decepción no se muestre en mi cara; aunque mi corazón cae en picada, cuando pruebo otra vez y sigo sin poder hacerlo. El tiempo se me escapa de las manos.

Por favor, un poco más de tiempo, solo un poco, por favor...

Mi mamá parece no percatarse de mi sobresalto, así que continuo como si nada.

—Porque sabes que no me gustaban tus ronquidos. Eran molestos y me asustaban mucho —ella vuelve a reír, secándose las lágrimas que caen de sus ojos—, sin olvidar, que me despertaban en la madrugada y no me dejaban volver a dormir. Así que, se los dije para que no intentaran robarte de mí.

—*¡Oh, cariño!* Eso era imposible, yo te amo solo a ti. *Eres mi vida.* —Me siento impotente, mientras veo como toma mi mano y la besa; pero yo ya no siento nada.

No puedo sentir ni siquiera su calor.

—Lo sé —le sonrío—. Pero a esa edad, yo me sentía tan raro, tan diferente a todos ellos. Desde mi punto de vista infantil, ellos merecían tener a una mamá como tú, porque ellos eran normales, *igual a ti*, mientras que yo... *no*. —Su sonrisa antes cálida, ahora desaparece, y en su lugar caen lágrimas de sus ojos, mientras brillan de entendimiento y tristeza. Se pueden imaginar perfectamente el porqué de todas mis dudas cuando era pequeño.

Ella siempre me ha conocido.

—Y pensaba que un día, si te enterabas de eso, me ibas a dejar en la escuela y te ibas a llevar a uno de ellos. Porque ellos eran *perfectos*, mientras que yo solo era... "*diferente*" —llora mientras acerca mi mano a su boca y comienza a besarla otra vez. Sus hombros se agitan por su llanto.

Ahora me quiero golpear por haberle contado esto, mi intención jamás fue hacerla llorar. Sus lágrimas ya no son de felicidad.

—*¡No, mamá!* Por favor, no llores... —quiero patearme por ser tan tonto —, te conté mi secreto para que rías, no para que llores. En mi cabeza, hace dos minutos parecía buena idea, ahora creo que mi historia solo la va a hacer sentir peor.

Se traga unos sollozos, respira profundo mientras sus ojos rojos y tristes se encuentran con los míos.

—Te amo, cariño, siento que hayas pensado eso. Quiero que sepas, que jamás, me hubiera llevado a ninguno de esos niños, porque sencillamente... no eran *tú*. Nadie más, tenía mi corazón como lo tienes tú, mi *Lucas Benjamín*. —Veo que su mano aprieta la mía.

Daría lo que fuera por poder sentir todo de ella, pero no se lo digo. No quiero que este momento se termine. Ahora sé que, quizá, la próxima vez que duerma, no despierte. No quiero eso, pero no hay nada que pueda hacer para evitarlo.

Mi corazón se siente pesado, no quiero despedirme de mi mamá.

—Ahora, hazme la pregunta que te hizo Emery en su primera cita —pide emocionada, sonriéndome. Las lágrimas siguen cayendo, pero se ve tranquila.
Serena.

La miro confundido por unos segundos, aunque sé perfectamente a qué pregunta se refiere, pero obedezco. Haría lo que fuera para hacerla feliz.

—Si tuvieras un deseo, mamá, que sabes que se haría realidad, *¿qué pedirías?*

Su hermosa sonrisa calienta mi corazón, y me da paz.

—*Tú* —contesta mirándome a los ojos—. Pediría con todas mis fuerzas, volver a ser tu mamá... —sus ojos se inundan de lágrimas—, para tenerte en mi vientre otra vez, y sentirte creciendo cada día. Escuchar tus latidos por primera vez, e imaginarte cómo serías. —Ríe mientras me acaricia la mejilla—. Para volver a experimentar, la primera vez que te sostuve entre mis brazos. Porque hijo mío, fueron como fuegos artificiales. Fue igual al *4 de julio*, en mi corazón, porque ser tu mamá es lo más increíble de este mundo y quiero vivirlo una y otra vez. *Y otra vez y otra vez...* Te amo, hijo mío. *Te amo*, y gracias por haberme elegido, por haberme dado la oportunidad de amarte y de verte crecer. Y si puedes, *vuélveme a elegir, por favor, aún tengo tanto amor para darte.*

Empiezo a llorar, porque puedo sentir todo su amor y la verdad de sus palabras. Cierro mis ojos temblando, porque los recuerdos inundan mi cabeza. Recuerdos felices de ella bailando conmigo por toda la sala cuando tenía siete años. De nosotros horneando galletas a los ocho y ayudándome a vestir a los nueve. De ella, *siempre* soplando junto a mí las velas de mi pastel de cumpleaños. Cómo olvidar, que, para celebrar mis catorce años, se embarró toda su cara con crema de afeitar, para así poder enseñarme la manera correcta de cómo debía rasurarme la barba, aunque ella no tenía ni la menor idea de cómo hacerlo. Pero, sobre todo, recuerdos de ella apoyándome y amándome en todo. Cada paso que me costó, ella estaba allí para cuidarme y no dejar que me diera por vencido.

No había un recuerdo feliz que tuviera, que no la involucrara.

Siempre había sido ella.

Mi mamá. Mi mejor amiga. Mi mejor todo.

Ella había compartido conmigo cada segundo de mi vida, porque me amaba, y, por supuesto que volvería a elegirla.

Sin dudarlo.

Porque ella lo era todo.

No quería llorar. Había luchado tanto por no hacerlo, porque eso haría que ella se sintiera más triste. Tenía que ser fuerte por esta maravillosa mujer, que me había amado siempre, a pesar de las dificultades, pero sus palabras me hicieron sentir tan... *“importante”*.

¿Saben cuántas personas como yo, sentimos que *“estorbamos”*? *que a veces pensamos que las personas que nos aman estarían mejor, sin nosotros, en sus vidas.* Que era mágico y de otro mundo escuchar a esta mujer *perfecta, maravillosa y hermosa* pedirme que la vuelva a *elegir*, aún después de haberle quitado al amor de su vida. Y, aún, así, utilizaría su único deseo en mí.

Mi mamá no era perfecta, no se engañen, tenía fallas y errores, como cualquier otra mamá, pero, aun así, ella era *“perfecta”* para mí.

Le perdonaba, incluso, la única mentira que me dijo en toda mi vida.

Porque sé que fue por amor. Por amor hacia una personita que aún no sabía si lo iba a merecer. Sabía todo lo que ella había tenido que soportar por tenerme en su vida.

Quizá, jamás ella lo sepa, porque creo que así era mejor. Pero lo importante era, que yo, sabía la *verdad*, no la verdad a medias dicha por ella, porque mi mamá, siendo la mujer maravillosa que es, jamás me iba a decir lo que realmente había pasado cuando nació. Ella era todo lo bueno que me hubiera encantado ser en esta vida.

Lo único que ella me contó, fue que había tenido una gran pelea con mi padre, porque cuando yo nací, ella quería regresar a su pueblo natal, pero mi papá deseaba que nos quedemos a vivir en New York.

Tenía ocho años cuando eso pasó, había estado insistiendo, casi toda la semana, en que me explique por qué yo no tenía papá, como mis otros compañeros de clase, que cuando me dijo aquella mentira recuerdo que lloré, mientras le gritaba furioso, que a *mí* sí me hubiera gustado quedarme en New York viviendo con mi papá, pero que, gracias a ella, *él* y mis abuelos ahora no querían saber de mí, y le agradecí por haberme dejado sin papá.

Siempre recordaré su expresión. *Su dolor.*

La había herido profundamente, cuando lo único que ella siempre había hecho, desde un comienzo fue amarme. Ese día había sido tan injusto con ella.

Tenía doce años cuando me enteré de la verdad. Una verdad que, hasta el día de hoy, me hace sentir que no merezco que esta maravillosa mujer me

ame tanto.

En la escuela siempre preparaban un gran homenaje en el “*Día del Padre*” y cada año, yo me sentía terrible ese día, no quería sentirme así; pero era inevitable, mientras mis compañeros me presumían sus papás, y me hacían bromas crueles, diciendo que mi padre era un fenómeno igual que yo, y que, por vergüenza no venía a la escuela. Ese año fue el peor. No quería ni hablar con mi mamá. No podía ni verla, porque sentía que me había traicionado. Pero fue gracias a que, mi tía Emma me encontró llorando tras la casa de mi abuela, que pensó que ya era tiempo de que supiera la verdad.

Tiempo de que vea a mi mamá, por la mujer fuerte, gentil y maravillosa, que todos veían cada día.

Y tuvo razón, porque, aunque fue duro y confuso escucharlo de mi tía, siempre le estaré agradecido de que me haya dicho la verdadera historia. La verdad detrás de la mentira de mi mamá; porque sí, efectivamente, hubo una fuerte discusión entre los dos, pero fue duro escuchar el verdadero motivo de eso.

El rechazo de mi padre hacia mí, por haber nacido *diferente* fue lo que rompió el corazón de mi mamá. Y, aun así, pudiendo escogerlo a él, ella me había elegido a mí.

Se había aferrado a ese bebé con síndrome de Down Mosaico, que no pudo haber nacido más diferente, aunque eso, le costó su matrimonio.

Desde ese día la vi diferente, la vi por lo que ella era realmente. Lloré mucho ese día, pensando que no merecía tener a esta espectacular mujer como mi mamá. Y jamás se lo dije a ella.

No podía.

No podía cuando sabía, perfectamente, que había sido tan duro. Y estaba consciente de que ese día, su corazón había sido lastimado...*por mi culpa.*

Por eso, cuando supe que iba morir, quería hacer algo por ella, no podía solo irme y dejarla sola. No cuando ella luchó por mí, desde el mismo instante que se dieron cuenta de que era *diferente*.

Así que hice este loco plan de conseguirle un novio, pero, lamento decirles, que tristemente parece que no dio resultado, porque no he visto a Alex y eso solo me hace suponer que mi mamá no tomó nada bien la noticia sobre mi enfermedad; y mucho menos que Alex, lo haya sabido todo el tiempo.

Por suerte, ya me había despedido de mi abuela y de mi tía, como siempre hacía cada domingo que comíamos en familia.

Pero me hubiera gustado despedirme de Alex, aunque le dejé una carta. Espero que la lea.

Le estaré muy agradecido, porque a pesar de todo, me trajo a la clínica y me dio tiempo para despedirme de mi mamá, ya que, si me hubieran dejado en el hospital del pueblo, bueno, no creo que haya podido tener tanto tiempo.

Tiempo para decirle adiós a mi mamá, y verla por última vez.

Espero que sea cierto lo que dicen las personas sobre que, en el cielo los chicos como *yo*, podemos elegir a nuestros padres. Mi mamá no tiene de qué preocuparse, puesto que yo, *la elegiría a ella*.

Siempre la elegiría.

—Te amo, mamá... —más lágrimas empañaron mi escasa visión.

No sabía si era por la emoción del momento, o a causa de estar llorando, pero de pronto sentí que respirar me costaba mucho.

Dolía muchísimo hacerlo. *¿Qué me pasaba?*

De fondo, podía escuchar un chillido agudo. Creo que era alguna de las máquinas.

—¿Lucas? —oí la voz de mi mamá, quise mirar en su dirección, pero sentí mis ojos pesados; a lo lejos escuchaba sus gritos—. *¿¡Lucas!?* *¡Lucas, Por favor, cariño no me dej...*

La voz de mi mamá sonó distorsionada, entretanto me hundía en algo oscuro. Me sentía pesado, y a la vez, liviano, como si estuviera dentro de una piscina con agua.

Todo ese desesperante ruido de las máquinas conectadas a mi cuerpo se fue.

Ya no me dolía nada, y supe, que era el tiempo escapándose de mí. *Y esta vez quizá sería para siempre.* Me había quedado sin tiempo para decirle otra vez que la amaba y que me iba a hacer muchísima falta.

Por siempre...

...Soy Lucas Blakely, tengo síndrome de Down mosaico y tuve la bendición, de tener a la mejor madre del mundo por dieciocho años, y, por ello... *fui inmensamente feliz.*

RECUERDOS

ISABELLA

El cuerpo de Lucas se rindió.

Sus órganos empezaban a fallar. Estaba completamente paralizado y había sufrido el colapso total de su pulmón izquierdo; por lo que tuvieron que intubarlo, conectarle un marcapasos, y ponerle una sonda para drenar el líquido que su cuerpo empezaba a retener.

Era como despertar una y otra vez dentro de una pesadilla.

No había fin.

Mi hijo, de dieciocho años, estaba en coma.

Pero lo triste, es que yo no veía a un joven de dieciocho años postrado en esa cama, ¡NO!, yo veía a mi hijo de un año que se dormía pegado a mi seno, mientras lo arrullaba cantando.

Veía a ese precioso niño, *que llamaba mío*, de tres años tratando de seguirme por todas partes, mientras balbuceaba: «*MA...MÁ*».

A mi hijo, de seis años, quien dormía conmigo, porque tenía miedo de que el señor *Comegalletas* apareciera por las noches y me devorara, porque decía que yo siempre olía a galletas de chocolate.

Sus favoritas.

Era mi niño de siete años que me hacía tarjetas de amor pidiendo ser “*Mi Valentín*” cada catorce de febrero, y que me ayudaba a decorar jarrones en la floristería. Veía a ese adolescente de catorce años dándome su primera serenata y regalándome girasoles cada cumpleaños.

Observaba a esa personita tan indefensa que llevé dentro de mí, por nueve meses.

Yo veía mi vida entera, muriendo a cada segundo.

Me estaba volviendo loca a cada minuto, me dolía todo, mi cuerpo temblaba, no sabía qué hacer, no sabía con quién hablar.

Quería un milagro.

Porque lo que más me dolía, era saber que ya no podía escuchar su voz. *Quería volver a escucharla.* Quería escucharlo volver a llamarme *mamá*. Escucharlo decir cuánto me ama.

Necesitaba ver sus ojos... sentir sus manos.

Quería a mi hijo sano.

En medio de mi desesperación, el doctor Campbell, quien era el director del Departamento de Oncología de la clínica, y que estaba a cargo de Lucas, se acercó para ponerme al tanto de la situación de mi hijo, pero no estaba preparada para la sinceridad por parte de él.

—Señora Blakely, su hijo está estable por ahora, pero no fuera de peligro.
—Asentí tratando de enfocarme en la parte que dijo estable.

Eso, posiblemente, significaba que se recuperaría.

—¿Y la operación? —pregunto esperanzada—, ahora que está en esa condición yo vuelvo a ser su tutora, ¿verdad?

Da un corto asentimiento, pero su expresión decae, y sé que no me va a gustar nada lo que me va a decir.

Una de las principales trabas que tuve, y por las que no pude autorizar una operación experimental que tenía una tasa de éxito del 30 %, extirpando este tipo de tumores, fue porque a los dieciocho años, mi hijo había legalizado un acta que yo misma firmé, declarándolo el único responsable de decidir sobre su salud.

Quería golpearme por haber sido tan confiada.

Y como él solo había sufrido, aparentemente, un infarto, eso no lo imposibilitó de seguir siendo capaz de decidir sobre su vida.

Hasta ahora.

—Señora Blakely, seré muy claro con usted. Por la gravedad del cuadro clínico de su hijo, él no soportaría la operación. Las probabilidades de éxito son nulas. —Su respuesta fue como un disparo al corazón.

Mis esperanzas salieron volando por la ventana. Mi respiración se hizo dificultosa.

Perdería para siempre a mi hijo.

Me dejé caer contra la pared, con mi corazón rehusándose a darse por vencido, y, rogándole a mis piernas que me sostengan.

Esto no podía ser todo. Por favor...

—Su hijo ya perdió la sensibilidad de casi el 75 % de su cuerpo, eso provocó el colapso de su pulmón. Esperamos que, en las próximas seis horas, su otro pulmón también colapse. No hay nada que podamos hacer. —Fue

contundente.

Varios sollozos se me escaparon, mientras negaba una y otra vez con la cabeza, las lágrimas manchando cada vez más mis mejillas y mi ropa.

Quería despertar de esta pesadilla.

—*¡No! ¡No, por favor! ¡Ayúdelo! No se dé por vencido...* —supliqué cerrando los ojos y rodeándome la cintura con las manos, mientras me doblada por la mitad y lloraba.

—No puedo engañarla, señora Blakely. *Tranquícese, por favor.* Es por eso, que su hijo tienes tantas máquinas conectadas a su cuerpo. Estamos tratando de cumplir con lo que se le prometió al señor Stone, ya que fue muy específico... —lo interrumpo, recobrando mi altura y cuadrando los hombros y limpiando con furia las lágrimas.

—*¿El señor Stone? ¿Qué tiene que ver el señor Stone, en todo esto? ¡Yo estoy pagando por la atención de mi hijo!, no él.* —La ira era mi peor consejera.

Lo último que me faltaba es que le estén informando cada cosa a ese mentiroso desalmado. No responde. Enseguida, niega con la cabeza mientras suspira y me da una mirada de disculpa.

—Señora Blakely, disculpe, no sabía que usted no era consciente de la situación financiera de su hijo. —Su mirada es comprensiva—. Lamento informarle que, el cupo de su tarjeta de crédito se agotó las primeras cuatro horas del ingreso de su hijo aquí, por lo que, desde hace dos días, es el señor Stone, quien está cubriendo los gastos de Lucas.

Sus palabras son como un balde de agua fría. La ira que sentía se convirtió en una marea de autocompasión, mientras que la rabia e impotencia me abrumaban.

Ni siquiera podía pagarle a mi hijo una clínica decente, sin necesitar la ayuda de él. Lo odié muchísimo en ese instante.

Pero me desinflé cuando reconocí que, sin su ayuda quizá mi hijo habría tenido otra suerte.

—Gracias, doctor, le agradezco por todo lo que han hecho por mi hijo y por mí. Y estoy agradecida por decirme lo del señor Stone. —Le agradecí con los hombros caídos, limpiando de mis mejillas, las lágrimas que no querían detenerse.

—Señora Blakely, me gustaría contarle algo. —Asentí resignada. No había nada que él pudiera decirme que me sorprendiera de ese hombre—. El señor Stone realmente se preocupa por su hijo, *créalo.* —Me regala una

sonrisa triste—. Yo había solicitado hace más de dos años atrás mi jubilación, y hace ocho meses mis papeles fueron aprobados y solo tenía que firmarlos, para hacer efectiva mi jubilación, así de fácil y hoy estuviera en Bahamas disfrutando, con mi esposa, por fin unas vacaciones decentes, pero ese día, también apareció el señor Stone y me presentó a Lucas. Conversamos y me contaron sobre el diagnóstico que había recibido su hijo. Vinieron a verme, porque querían una segunda opinión.

—Espere... —dije, sin evitar interrumpirlo—, está diciendo que... ¿usted conoció a Lucas, antes de que lo trasladara aquí?

Me había quedado paralizada, no sabía que Lucas había venido a New York, y mucho menos con Stone. El doctor Campbell asintió, y su sonrisa se volvió más triste.

—Así es señora Blakely. Quiero que sepa que pospuse mi jubilación, porque que creí que podía ayudar a Lucas, pero no fue así. Le realicé otra vez los exámenes, tanto de rutina como unos más avanzados que tenemos en el área de oncología. Pero, una semana después, llamé al señor Stone y fui sincero, el tumor que presentaba Lucas era inoperable. Los exámenes no se equivocaban, tenía neurofibromatosis tipo 2, y eso no era lo peor, había desarrollado en su ojo derecho hamartomas retinianos.

Mi corazón se llena de angustia y desolación.

—Le receté varios medicamentos para lidiar con los dolores, mareos, en fin, lo que sea que pudiera ayudar aliviar los síntomas... —al escuchar todo lo que mi hijo había tenido que lidiar, mi corazón se rompió aún más.

Tal vez los medicamentos que él mencionaba, los debería haber tenido en su casillero del trabajo, porque en su cuarto jamás vi algo fuera de lo normal, solo vitaminas y hierro, lo de siempre. Su siguiente declaración me hace mirarlo.

—Pero también le di un consejo. —Su sonrisa es triste.

—¿Qué consejo le dio? —mi voz estaba rota, las lágrimas caían en mis ojos. No había manera de detenerlas, no cuando podía imaginarme a mi hijo sufriendo todo este tiempo.

—Le dije: «Ayuda a ese chico a vivir el poco tiempo que le queda. No lo encierres en un hospital a esperar su muerte; porque no hay nada que pueda hacerse, el resultado será el mismo. Así que, ayuda a que sus últimos recuerdos sean de él viviendo su vida normal, rodeado de las personas que más ama y lo aman, ya que ese chico es asombroso. *Es único*».

Mi corazón ya no podía aguantar más. Gracias a las lágrimas, no veía

nada.

Me sentía entumecida.

—Tiene un hijo asombroso, señora Blakely, y me siento muy afortunado por haberlo conocido. Mi corazón está triste también. *No está sola*. Ahora, entre a esa habitación y pase con su hijo sus últimas horas. Él aún puede escucharla, y, estoy seguro, de que nada lo haría más feliz en estos momentos, que escucharla a usted. *Su mamá*.

El doctor me dio un apretón en el hombro, sus ojos estaban un poco llorosos. Me ofreció una sonrisa triste y se fue.

Me dejé caer en el piso, al tiempo que lloraba desconsoladamente. Mi corazón haciéndose añicos una y otra vez. Recogí mis piernas y descansé mi cabeza en ellas, tratando de buscar un poco de resignación hacia lo inevitable.

No había nada que pudiera devolverme a mi hijo.

Todo este tiempo que habíamos compartido, había sido un *regalo*. Ahora podía verlo tan claro como el día. Ese era el milagro que tanto estaba pidiendo, y que *ya me lo habían dado*.

Pero, tristemente, eso no hacía que perder a mi hijo *doliera menos*.

Ahora entendía un poco sobre el comportamiento de Lucas, su deseo de que saliera a citas, su tristeza cuando le dije que ya no creía en el amor. *Todo tenía sentido*.

Todo este tiempo, me había cuidado mientras hacía lo correcto.

Porque ya sabía la verdad. Me conocía lo suficiente para saber que, yo hubiera actuado de otra manera. Sencillamente, en ese momento no lo hubiera entendido. El miedo no me hubiese permitido disfrutar de ese tiempo con él.

Y lo hubiera desperdiciado.

Porque yo lo hubiera obligado encerrarse en un hospital, probar tratamiento tras tratamiento. *No me hubiera rendido*. No lo hubiera dejado rendirse, lo hubiera obligado. No hubiera descansado.

Eso hacíamos los padres que amamos a nuestros hijos. Esa era la realidad.

Estos últimos ocho meses habrían sido un infierno. Un infierno del cual estoy segura de que me hubiera arrepentido, al comprender lo que ahora sé.

Que al final de todo, el doctor no se había equivocado. *No había nada que hacer*.

Hundí más mi rostro entre mis rodillas y solté todo mi dolor. Y esta vez, mi llanto y gritos se escucharon por todo el pasillo, y no me importaba, *mi hijo me había salvado de mí misma*.

*Me puso en primer lugar. Él había cuidado de mí.
Él me había... elegido.*

MILAGROS

STONE

Perdí a mi mejor amigo, el 20 de diciembre del 2017, a las cuatro y diecisiete de la madrugada.

Después de cinco largos años, desde que había llorado por última vez al enterrar a mi esposa e hijas. Las primeras lágrimas cayeron a mis mejillas otra vez; recordándome que aún era un ser humano y no el monstruo desalmado, en el que creí que me había convertido.

Porque en eso me convertía, al no contarle sobre la enfermedad de su hijo, y no arrepentirme.

Lo volvería a hacer todo otra vez.

Lloré, porque eso se hace cuando tu corazón se parte en pedazos, ya que has perdido a un hombre como él.

Saqué mi celular y pensé en llamar a Isabella, mi dedo picaba con dejarse caer y presionar el nombre de ella en la pantalla. No quería que estuviera sola.

En su lugar, dejo mi celular a un lado, y abro el sobre que contiene una carta que me había entregado Lucas, hace dos semanas, y me hizo prometer, por mis hijas, que no lo abriría hasta... *hasta que él...*

Un estremecimiento me recorre, mientras abro de un tirón la carta y la desdoble. Sonríe al apreciar su descuidada letra. Mi corazón se hace pequeño mientras leo.

«Hola Alex: Es tan raro escribir esto, sabiendo que lo vas a leer cuando yo ya no esté, pero las cosas son como son, y sabíamos que esto pasaría, por lo que solo quiero decirte... ¡Gracias! Te preguntarás ¿por qué?, y bueno, hay tanto por lo que debería agradecerte, pero esta carta, en especial, es para darte las gracias por hacer sonreír a mi mamá otra vez. ¡Gracias por hacerla feliz! Jamás la había visto así, y me alegro de que haya estado vivo para poder verlo. Eres un buen hombre y lamento mucho que la vida te

arrancara de golpe a tu esposa e hijas. De verdad que lo lamento. A veces sencillamente la vida es injusta y otras veces te da regalos. Vas a pensar que, tal vez estoy loco, o que los tumores ya me están haciendo delirar, pero creo firmemente, que mi mamá es ese “regalo”. ¡Tú regalo! (Por favor, no le enseñes esta carta a ella. Va a pensar que creo que es ganado o algo así. Ya sabes cómo es. Ahora, imagínate poniendo mis ojos en blanco mientras te digo esto. Así que, no se la enseñes. ¿Está bien? Esto es solo entre tú y yo.)».

No pude evitarlo y me reí, mientras seguía leyendo. Mi corazón se sentía un poco mejor, pero las lágrimas seguían cayendo. Lucas me haría tanta falta.

«Mi mamá me enseñó tantas cosas, y me gustaría que le permitas que ella te las enseñe a ti.

Eres mi mejor amigo, y... Te Amo.

Como un hijo debe amar a su padre.

Atte.

Lucas Blakely, hijo de corazón de Alex Stone.

P. D.: Te recomiendo que el día que le pidas matrimonio, llenes nuestra sala de girasoles. Ella ama el color amarillo, y estoy seguro de que no te rechazará.

Comencé a llorar mientras reía. Él lo sabía. Sabía que desde que lo había conocido lo había amado inmediatamente como a un hijo. Y me hacía tan feliz que se haya marchado sabiendo eso; aunque nunca se lo dijera.

Me gustaría haber tenido la oportunidad para hacerlo, pero siempre había algo que me detenía. Y sabía que era porque, después de que me contara cómo su padre había abandonado a Isabella, cuando él nació, al enterarse de que tenía síndrome de Down, me hizo dar cuenta de que ese era un tema muy delicado para él, y su mamá; a quien, en ese entonces aún no conocía, pero que tenía gran curiosidad por conocerla. Solo sabía que Isabella Blakely tenía una floristería y que, según los rumores, no era muy interesante que digamos. Sonríe mientras recuerdo la primera vez que hablamos sobre ella.

—«*Conozco a la mujer perfecta para ti*» —dijo Lucas golpeándome en el hombro mientras caminábamos por el parque. Había pasado un mes desde el diagnóstico, las cosas habían seguido igual y esta era nuestra rutina de los sábados, que no tenía que trabajar. Nada tenía por qué cambiar. Quería que él recordara todo exactamente como siempre ha sido. Que tuviera recuerdos felices...

Lo miré, sintiéndome curioso. Este chico salía con cada cosa, pero igual le sonreí cálidamente y lo animé a decirme. Pronto iba a extrañar nuestras

conversaciones. Me obligué a no pensar en eso y en su lugar, decidí disfrutar de esta extraña conversación.

—¿En serio? —*me reí imaginando a alguna chica de la edad de él queriendo conquistarme.*

Yo, sinceramente no tenía interés en ninguna jovencita confundida; ni siquiera las mujeres de mi edad me parecían atractivas. Solo deseaba estar alejado de todo. Mi vida iba a ser muy diferente y vacía después de que Lucas se marchara.

—*¡Sí, así es!* —aseguró emocionado, la confianza irradiaba de su rostro y la curiosidad me picó—. *El día, que salgas con ella, ni siquiera vas a saber lo que te golpeó.* —Reí a carcajadas.

—*Pero, debo advertirte, amigo mío* —dijo seriamente, por lo que, dejé de reírme lo suficiente para prestarle especial atención.

Su rostro era solemne, mientras seguía con su descripción.

—*Esta preciosa mujer, ronca por las noches, que parece poseída por algún espíritu malvado y que este, está listo para salir y atacarte.* —Solté una enorme carcajada. Jamás me había reído tanto imaginando a una mujer roncando, pero Lucas continuo como si nada—. *También le encanta la lasaña. En secreto, está perdidamente enamorada de Bruce Willis, pero no es un enamoramiento cualquiera, ella, prácticamente, sería la señora Willis, si pudiera conocerlo y conquistarlo.* —Me permití otra carcajada imaginando a esta peculiar mujer—. *Ama a los niños por lo que, si te casas con ella, como sé que desearás, tienes al menos que tener unos cuatro hijos. No estoy bromeando, ¡por lo menos cuatro!, escúchame bien. Ah, y tiene una loca obsesión con el color amarillo. Ama el color amarillo. Siempre usa algo amarillo en su vestimenta.*

Empezamos a reír otra vez, mientras nos dejábamos caer en uno de los asientos que estaban frente al pequeño lago. Algunas personas estaban recostadas sobre el césped leyendo pacíficamente, mientras otros, se divertían jugando con sus mascotas.

—Correcto. Creo que entendí perfectamente. Y, ¿se puede saber la identidad de esta, tan colorida mujer, quién, además de roncar como si estuviera poseída, es adicta al color amarillo y que, quiere tener como cuatro hijos, mientras me enamora viendo clásicos de su amor secreto, Bruce Willis, con quien sueña en secreto casarse y que no dudaría en abandonarme para huir con él, mientras comemos lasaña?

Una sonrisa brillante iluminó su rostro, sus lentes se veían tan

transparentes mientras el sol hacía su caída.

—*Mi mamá...*

ALMA

ISABELLA

Tres meses después.

Viernes, 30 de marzo de 2018

Primavera

Me gustaría decirles que las cosas mejoraron en la casa, pero no era así.

Lucas hacía falta en cada parte de mi vida. Y había días que, consideraba seriamente mudarme de departamento, porque sentía que me iba ahogar de tantos recuerdos, pero, el dolor de perder el lugar donde creció mi hijo me hacía doblar las rodillas, y llorar hasta quedarme dormida.

Mi vida se reducía a trabajar y aceptar visitas ocasionales de mi madre, quien era con la única de mi familia que hablaba. Por el momento, no me sentía preparada para conversar con mi hermana y escuchar su lado de la historia. Todo se sentía como si hubiera sido hoy, y no estaba bien que descargara con ella toda mi frustración y dolor.

No ahora, que había tenido un tiempo para pensar y entender un poco mejor las cosas.

Ya no quería llorar.

Ya no quería buscar culpables.

Ya no quería estar enojada.

Solo deseaba llegar a la casa y encontrar a mi hijo en el sofá, riendo a carcajadas junto a Emery viendo su serie favorita, *The Bing Bang Theory*, o pasar de casualidad por la cafetería y verlo a través de la enorme pared de vidrio atendiendo las mesas, y que me saludara con la mano, mientras me sonreía. Tan feliz de verme, aunque sea unos minutos.

En su lugar, después de cerrar la floristería salía a caminar por el parque, mientras evitaba como la peste la cafetería “*Oh la la*”. Me gustaba ver los atardeceres mientras me sentaba en uno de los bancos frente al pequeño lago,

aprovechaba esos minutos de silencio para levantar mi mirada al cielo y susurraba:

Espero que estés muy bien, cariño. Mamá te sigue extrañando mucho.

Pero mis paseos tranquilos se veían, muchas veces, interrumpidos por las condolencias de las personas del pueblo que se me acercaban a decirme lo “*buen chico que era Lucas*”, o lo “*buen hijo que era*”, y que era una verdadera pena que *muriera*.

En fin, nombrarlo, y, probablemente, estas personas me lo habían dicho en estos últimos tres meses. Y era irónico porque, esas mismas personas nunca lo quisieron conocer, *jamás* quisieron que él los atendiera cuando iban a comer a la cafetería, ni que sus hijos fueran cercanos o amigos de Lucas. Siempre evitaban mirarlo o cruzar palabras con él, como que, si mi hijo les iba a contagiar su condición, con solo mirar o hablar en su dirección.

Para ellos, solo era Lucas Blakely el chico que “*desafortunadamente*” había nacido con síndrome de Down.

Se sentían mejores personas porque lo llamaban “*especial*”, en lugar de “retrasado” o algún otro calificativo ofensivo y cada veintiuno de marzo se acercaban a él, mientras estaba trabajando en la cafetería y le decían: “*Feliz día*”.

Bueno, por lo menos este año, no tuvieron a su usual víctima para sentirse mejor.

Por lo que, cada vez que se acercaban a ofrecerme sus condolencias hipócritas quería hacer algo más que gritarles, sin embargo, me contenía lo suficiente, y en su lugar, les ofrecía una pequeña sonrisa que rogaba al cielo pareciera sincera y me despedía rápidamente, evitando esos torpes y para nada necesitados abrazos.

También me sentía agobiada por las *insistentes* e incesantes preguntas de Roberto: *¿Cómo te sientes el día de hoy, Isabella? ¿Segura de que estás bien? ¿Has dormido? ¿Has comido? Porque parece que no lo has hecho. ¿Segura de que estás bien?*

Tuve que amenazarlo con que iba a despedirlo si seguía preguntando tonterías.

¡Por supuesto que no estaba bien, había perdido a mi hijo! *¿Quién podría estar bien después de eso?*

Estaba cansada de todo. No comía porque no tenía hambre. No dormía mucho porque soñaba con Lucas, que estaba aquí en la casa y que todo había sido una pesadilla y cuando me despertaba, la realidad estaba lista para

golpearme en la cara.

Podía estar cansada de muchas cosas, no obstante, no me cansaba de extrañar a mi hijo.

Había pasado las últimas horas de vida de mi hijo cantándole sus melodías favoritas. Diciéndole lo mucho que lo amaba, y contándole las cosas que hicimos cuando él era aún muy pequeño para recordarlas. Las travesuras que hacía que me volvían loca y cómo me enamoraba cada día de todos sus progresos.

Sostuve su mano en todo ese momento, igual que cuando él era pequeño y tenía que sostener sus pequeñas manitas mientras daba sus primeros pasitos.

Me aferré a cada palabra que le contaba, reviviendo cada instante importante de nuestra vida juntos, porque quería que lo supiera todo. No quería quedarme con recuerdos que también le pertenecían a él, pero hubo un recuerdo, en particular, que me dio el valor que necesitaba para despedirme de él. Era el recuerdo que más amaba. Y que lo iba a recordar eternamente. Ese recuerdo de mi hijo, tan pequeño, de tan solo dos añitos, sentado en medio de la sala jugando con sus legos, tratando de armarlos pero que no podía.

Recuerdo que me detuve un momento y lo admiré; *él* era sencillamente hermoso, mi chiquito aún no caminaba ni hablaba, pero no me importaba, podría cargarlo toda la vida e inventar un lenguaje exclusivo solo para los dos. Así que, cuando sus ojitos verdes me encontraron, su carita de ángel se iluminó y me robó el corazón cuando dijo por primera vez: «*Ma... má*».

Mis hombros tiemblan mientras recuerdo una y otra vez su pequeña voz llamándome *mamá*.

Tenía que dejarlo ir.

Porque entendí, en ese momento, que no era justo que él siguiera sufriendo, y le susurré al oído que *estaba bien*, que podía irse, que ya no quería que sufriera más.

Que le daba permiso para dejarme.

Aceptar, que nuestro tiempo juntos aquí en la tierra había llegado a su fin, me rompió.

Y a pesar de tantas lágrimas que derramé, no me había sentido mejor. Mi hijo abrió sus alas al poco tiempo de eso. No sé qué dije o lo que hice, tengo una laguna con esa fecha en mi cabeza. Ni siquiera recuerdo haberme despedido de Emery, o cómo llegué a mi departamento, sin embargo, sí

recuerdo que fui directamente a su cuarto, me quité mis zapatos desesperada y me acosté en su cama, y seguí llorando, por lo que parecieron años, en tanto me aferraba a su almohada.

No fue suficiente.

Todo fue tanto que me desmayé. El dolor que sentía no se iba a ir, deseaba de regreso a mi hijo, pero era imposible.

Y a pesar de todo eso, la realidad de su partida no impidió que hablara con él cada día. Que le diera las buenas noches en la oscuridad de mi habitación, o los buenos días mientras pasaba por su habitación.

Me sentaba por horas, viendo nuestras fotografías, no eran muchas, pero eran las suficientes para hacerme feliz, por unos cuantos minutos. Amaba todos esos momentos mientras me perdía entre los recuerdos de nosotros juntos. Cuán hermoso se lo veía soplando sus velitas en cada cumpleaños. De él disfrazado de Batman cuando tenía cinco años y salimos a pedir dulces, yo iba vestida de Batichica. Nuestros días de campo cuando él tenía tres añitos y le gustaba que le ayudara a perseguir mariposas en la primavera. De él en la pequeña bañera, sonriendo hacia la cámara, mientras se bañaba rodeado de un montón de patos. De él abrazándome en el día de la madre.

Era inevitable no extrañarlo tanto.

Esperaba que sea cierto lo que siempre lo escuchaba cantar y que era una de sus frases favoritas: *¡La persona no está donde el cuerpo, sino donde más lo extrañan!* Así que, iba a creer en esas palabras. Porque quiero que mi hijo me acompañe siempre a donde sea que vaya.

Había días donde la pena era tan grande y estresante, que me encerraba en el cuarto de él, y me acostaba sobre su cama y dejaba que el olor de su colonia me calmara lo suficiente, para seguir con mi vida. Tenía que recordar que él, ahora, estaba en un lugar mejor. Que ya no sufría.

Que era feliz.

Había días que podía fingir que él estaba en casa esperándome, aunque no fuera verdad. Esos días eran los que más dolían.

Algunos días viene mi madre, y, juntas, nos recostamos sobre la cama de Lucas, tomadas de la mano y hablamos con él y contamos recuerdos de cuando era pequeño o lo que hizo hace un mes.

Ella también lo extraña mucho.

Era inevitable no sentir ese agujero que él había dejado dentro de cada uno de nosotros. Su familia.

Pero la verdad era que, a pesar de todo lo que hacía, las ocho de la noche,

siempre sería una hora difícil para mí, por eso salía a caminar y regresaba a la casa pasadas las once. No quería sentarme en la sala esperando a escuchar el tintineo de las llaves de Lucas, porque sabía que no pasaría.

Odiaba que mi casa se sintiera tan vacía y tan llena de dolor.

Tres meses habían pasado rápido y el día que más temía llegó, porque no sería como los demás.

Porque hoy no iba a salir a caminar como de costumbre, *hoy tenía una cita.*

LA DICHA DE AMAR

ISABELLA

Viernes, 30 de marzo de 2018
Primavera

Y aquí estaba, diez minutos para los ocho, en el restaurante *D'SOL* esperando no sé qué. He leído tantas veces la pequeña carta que dejó Lucas y que encontré en mi correo una semana después de que murió.

Mamá, te amo.

Y porque te amo, es que hice todas esas cosas. Un día, cuando ya no duela mucho, podrás entender por qué tuve que ocultarte sobre mi enfermedad; no fue fácil, pero era necesario, y no sabes cuánto lamento ser el causante de que ahora tus bonitos ojos estén tristes.

Gracias por enseñarme todo sobre el amor, y por haberme convencido a experimentarlo. Debo reconocer que la práctica fue mejor que la teoría. Pero nada se podrá comparar con el amor que me diste tú, y es por lo que, ahora quiero pedirte un enorme favor, pero tienes que hacerlo, porque sabré si no lo haces, ya no estoy ahí para hacerte compañía, pero conozco a la persona perfecta que ayudará que tu atención esté en otro lado y así no me extrañes mucho por lo que planeé esto, por si acaso mi tiempo se terminara antes. Quiero que sepas que las reservaciones están listas, así que, por favor, no me falles.

Tienes una cita el viernes, 30 de marzo del 2018.

Hora: 20:00 p. m.

Lugar: Restaurante D'SOL.

¡No llegues tarde!

¡Gracias por elegirme!

Con amor,

Tu hijo que te ama con el corazón entero.

Lucas Benjamín Blakely.

Su carta rompió mi corazón. Era tan sencilla pero tan *él*. Así que la había guardado y leído cada día. Temiendo este día.

Viernes, 30 de marzo.

Los viernes son los días más difíciles, puedes encontrarme en mi sofá reproduciendo vídeos de Lucas cuando era pequeño. *Una y otra vez.*

Me hubiera gustado que, en ese entonces, haberme podido comprar una videocámara, pero con lo poco que ganaba como conserje en el único hotel grande que tenía el pueblo, a duras penas me alcanzaba para pagar el alquiler y comprar lo básico en nuestra casa. Así que tuve que conformarme con grabar pequeños y especiales momentos con la videocámara que me prestaba la señora Jensen, nuestra vecina, quien tiempo después tuvo que mudarse con su hija a Australia, porque ya no podía vivir sola, fue una pena, porque ella realmente quería mucho a Lucas.

Había tantos momentos que ahora solo están en mi memoria y que me aferro a ellos para no olvidarme de ninguno. Me gustaría poder tenerlos en vídeo, para no olvidar absolutamente nada. Ni un solo detalle, porque Lucas no merece ser olvidado. Él merece ser amado cada día como si estuviera aquí. Como si aún, fuera parte de mi vida... *cada día.*

RESILIENCIA

ISABELLA

No pude evitarlo, aunque me había prometido estar tranquila, y que escucharía atentamente todo lo que tenía que decirme, y que, no iba a hablar, ni a explotar... Esa promesa se volvió difícil de cumplir, cuando mis suposiciones fueron acertadas, y la persona con la cual tenía la cita, no era otro más que el mismísimo Alex Stone, aparte de ponerme nerviosa por lo bien que lucía, lo primero que le pregunté, cuando cruzamos mirada, fue:

—*¿Por qué no me lo dijiste?* Confiaba en ti. —No pude evitar sonar tan triste y enojada. Mis ojos se llenaron con lágrimas.

—Nunca se trató sobre mí, Isabella —agregó Stone, luciendo calmado, apoyándose un poco sobre la mesa. Era la misma mesa donde habíamos tenido nuestras dos únicas citas—. Nunca se trató, de que yo me enamorara perdidamente de ti. Sencillamente, era Lucas, *tu hijo, cuidando de la mujer que más amaba en este mundo, hasta el último de sus días.*

Mi alma se sentía a punto de explotar, al extrañar tanto a Lucas. Pero otro sentimiento cobró vida dentro de mi pecho. No dije nada mientras que mi corazón empezó a latir como loco por su confesión. El condenado no tenía por qué hacer gran alboroto como si fuera un adolescente. Éramos dos adultos, pero mi estómago traidor también hizo un baile loco emocionado, y, aunque no quería, su confesión disipó un poco la traición.

—Quiero que me contestes algo, y que seas muy sincera, sin mentiras, la absoluta verdad... —nos miramos por unos minutos en silencio.

Asentí, incapaz de imaginar que era lo que quería preguntarme.

—¿Cuál hubiera sido tu reacción, al enterarte del cáncer de Lucas? ¿Si te hubiera dicho que iba a morir?

No puedo evitarlo y las lágrimas empiezan a llenar mis ojos, derramándose por mis mejillas y estropeando el poco maquillaje que me había puesto, para disimular las ojeras. Apreté fuertemente mis manos,

mientras las ponía sobre la mesa y me sostenía, sentía que podía romperme en dos, en cualquier instante, así que cerré mis ojos.

No podía mentir, cuando la verdad estaba escrita en mi cara.

—No necesito que respondas, Isabella. —Sentí sus grandes manos envolver las mías y mantenerlas ahí, dándome consuelo—. Porque es lo mismo que yo hubiera hecho por Grace, Megan y Amy. Hubiera vendido todo, hubiera puesto el mundo patas arriba buscando una solución para no perderlas, porque eso hace el amor, el amor lucha, no se da por vencido. Pelea cuando nadie más quiere hacerlo. —Sus palabras me hicieron llorar más, pero me obligué a abrir mis ojos y encontrarme con su mirada—. *¡Y tú eres la prueba de eso, Isabella!*

Estreché sus manos, y en silencio, le di las gracias. No podía hablar, aunque quisiera. El nudo crudo de impotencia aún presente por todas las cosas que yo hubiera hecho en mi afán de salvar a mi hijo, me martilla la cabeza.

—Te contaré cómo fue que, exactamente, Lucas y yo nos volvimos mejores amigos. Esta cita es para hacerte sonreír, *no llorar*. Así que, déjame hacer mi trabajo, señorita Blakely —bromeó.

Ahora, el pensamiento de estos dos volviéndose amigos me hacía sonreír. —Él se aclaró la garganta, mientras una sonrisa cálida se dibuja en sus labios, imagino que es recordando ese día.

—Siempre iba a visitar a Grace, Megan y Abby, al cementerio. Es difícil decir adiós cuando te rehúsan a aceptar que ellas estaban ahí, enterradas, a seis metros bajo la tierra. Tan cerca, pero tan lejos a la vez, así que cada día después de que murieron, me iba a sentar frente a sus tumbas. En silencio. No les decía nada. Solo me quedaba sentado mirando fijamente las lápidas y leía una y otra vez las inscripciones sobre ellas, tratando de convencerme de que estaban en un lugar mejor.

Ahora sé, lo duro que debió ser para este hombre perder de golpe a toda su familia. Yo solo había perdido a un hijo, y sentía que me moría de la pena en algunas ocasiones. Ni siquiera quiero pensar si hubiera perdido a mis dos hijos y esposo en un mismo día. Creo que me hubiera vuelto loca. Y es su confesión lo que hace que cambie mi forma de verlo.

—Verás, estaba yo frente a mi mujer e hijas, tratando de convencerme de que ahí estaban ellas, que había pasado otro día y que yo seguía vivo y ellas no, que nada había cambiado. Cuando este jovencito, no más de trece años, se aclaró la garganta tras de mí y dijo: «Un cantante famoso dice: “La persona

no está donde el cuerpo, sino donde más la extrañan”, y estoy completamente seguro, de que su familia está todo el tiempo con usted. *No aquí*».

Las lágrimas empiezan a caer otra vez, al imaginarme a mi hijo, de trece años, citando a su cantante favorito, Ricardo Arjona, y la canción que más le gustaba, “*Realmente no estoy tan solo*”, a un completo extraño, solo porque lo vio triste frente a las tumbas de su familia.

—Es una canción de Ricardo Arjona. Él era su fanático. Su fan. — Cierro mis ojos recordando la promesa que le había hecho hace mucho tiempo —. Le prometí, cuando cumplió sus quince años, que si él venía a New York a dar un concierto, lo llevaría.

—Pero jamás pasó —adivinó Stone.

Negué, y un nudo se formó en mi garganta, pensando en tantas cosas que Lucas quería hacer.

—Está bien, basta de interrumpir mi historia, señorita Blakely, ¿qué le dije sobre esta cita?, entienda que está prohibido llorar. —Frunce el ceño tratando de parecer enojado, pero falla completamente cuando sus ojos se arrugan y los dos soltamos una carcajada.

Se sentía tan bien reír otra vez. Me sentía menos sola y me dolía un poco menos el corazón.

—En fin, podrás comprender mi sorpresa, cuando miro hacia atrás y obtengo por primera vez un buen vistazo de él, y me percató de su condición. —Niega con el cabeza aún asombrado—. Imagínate, un chico de esa edad y siendo cómo *él*, comprendía mejor mi dolor que cualquier psicólogo o terapeuta que había pagado. Y con su simple frase, cambió mi perspectiva, *sobre todo*. Y por primera vez en mucho tiempo, *sentía*, que podía respirar otra vez. Y estaba seguro, de que iba a estar bien. —Confiesa reverentemente, una sonrisa cariñosa adornando su atractivo rostro.

—Lucas hacía eso. Puedo imaginarlo completamente, diciendo eso. Acercándose a un completo extraño, y tratando de consolarlo. Mi hijo podía soportar todo, menos ver sufrir a otra persona. —Reímos recordando lo imprudente que a veces era.

—Cuando abandoné el cementerio ese día, me acerqué hasta la oficina del administrador del cementerio y pregunté quién era ese chico que deambulaba por los alrededores, dejando flores sobre las tumbas. —Le brillan los ojos con diversión.

Asiento sabiendo muy bien a quién se refiere, y sonrío cálidamente recordando al señor Mathew, el administrador del cementerio. Un hombre

maravilloso que acogió a Lucas desde un inicio, como si fuera su nieto. Cuando supo de la muerte de Lucas mandó a hacer una estatua de un ángel sonriendo, y la colocó debajo del árbol, en el lugar en el cual siempre descansaba Lucas.

Me explicó que la puso en memoria del joven que le había dado tanto su cariño y que ahora iba a extrañarlo mucho. La tumba de Lucas estaba junto a la de mi papá, y, el señor Mathew procura, todos los días, dejar flores frescas.

Lucas amaba las flores.

—Mi sorpresa fue grande —suelta mis manos para estirar por completo sus brazos, llamando la atención de todas las personas a nuestro alrededor. Empiezo a reír mientras él continua, como si nada—, cuando me pregunta —pone la cara seria y trata de imitar la ronca voz del señor Mathew—. ¿Quién cree usted, que ayuda a este pobre viejo, a limpiar las tumbas y a ponerles flores? ¿*Santa Claus*?

Los dos rompemos a reír y algunas personas a nuestro alrededor también sonrían, nunca podemos ser silenciosos cuando estamos los dos juntos. Después de unos segundos, las risas van desapareciendo y se convierten solo en una agradable sonrisa.

—Gracias. —Hago una pausa, mientras coloco mi cabello detrás de mi oreja—. Por haber sido amigo de mi hijo. El mejor amigo —aclaro sonriendo—. Me alegra que te haya podido ayudar y... gracias por cuidarlo hasta el último instante. Jamás podré pagarte por eso.

Me mira confundido, así que se lo hago fácil.

—El doctor Campbell me contó todo sobre Lucas y la visita que le hicieron a New York. —Trago el nudo en mi garganta—. Gracias por pagar por su tratamiento, y por todo lo que hiciste a favor de él, y para que fuera feliz. —Le sonrío cálidamente, mientras busco sus manos sobre la mesa y las entrelazo con las mías—. Gracias por ser su mejor amigo, por cuidarlo, y, más que todo, por haberlo querido como si fuera tu hijo. —Mis palabras lo hacen tragar duro, se sonroja y asiente mientras me regresa el firme apretón.

Si Alex Stone es atractivo cuando ríe, verlo sonrojarse, te hace querer arrojarte encima de él y atacarlo a besos.

—Debería decirte que lamento no habértelo dicho, pero lo cierto es que no. Sé que hice lo correcto, los dos merecían pasar sus últimos meses riendo y felices, no encerrados en un hospital, sintiéndose tristes y sin esperanzas, esperando solo el día en que Lucas dejara de sufrir. Dándole poder a la enfermedad para hacerlos infelices.

Hace una pausa, yo asiento llegando a una tregua con mi corazón y mi cabeza.

—Hubo un tiempo en que estuve realmente enojado con todo —confiesa mirando hacia el mantel, me pongo serio porque sé que es un momento difícil para él—. Estaba enojado con el conductor que se quedó dormido y se estrelló contra el auto de mi esposa e hijas y las mató en un segundo, y él sobrevivió. —Sonríe amargamente—. Estaba enojado con mis hermanos porque, mientras que yo había perdido todo, ellos aún tenían a sus esposas e hijos. Ellos aún estaban vivos y eran *felices*. —Se pasa la mano por el cabello—. Por eso vine aquí. Mis hermanos aman New York, nadie quería venir al pueblo, para hacerse cargo de los negocios que se tenían que realizar aquí. Así que me ofrecí. No tenía nada que me atara a New York. Al principio, estaban dudosos, y llenos de pánico; no sabían si me haría bien o, al contrario, un día recibirían la llamada, de algún empleado diciéndoles, que me había suicidado. Por lo que me sinceré con ellos, y los convencí de que estar en la ciudad, era lo que me sofocaba, y al final, ellos aceptaron, con la condición de que, los llamara dos veces al día, *todos los días*. —Suspira y niega con la cabeza mientras ríe—. Y así fue como llegué aquí, al pueblo donde nací, crecí y donde enterré a mi familia. Fue duro al principio, hasta que conocí a Lucas, él me devolvió una parte que perdí.

—¿Y qué perdiste? —pregunto, tratando de hacer rodar de mi garganta una bola de emoción.

Escuchar su historia me hace sentir agradecida por el tiempo que tuve junto a mi hijo, por lo menos yo pude despedirme. Vuelve a tomarme las manos. Su apretón es firme. Seguro.

Me gusta.

—Esperanza. —Sus ojos brillan de amor mientras sus dedos se entrelazan con los míos—. La esperanza que me devolvió Lucas, junto a la certeza, de que no tenía por qué seguir solo. Que mi familia me amaba y que iría conmigo a donde sea. Y, que a veces, la vida es injusta y te arrebató lo que más amas, pero luego te lo devuelve con creces...

—Te amo, Alex Stone... —solté de repente, mis mejillas rojas como tomate, mientras lo veo quedarse pálido y mudo.

¡Oh, genial, Isabella!

¿En serio acabo de declarármelo? ¡¿Así nada más?! ¿Mientras te habla de su familia que murió y de cómo se sintió?

¡Seguro que tengo tacto!

Quiero golpearme contra la mesa. En su lugar desvíó mi mirada avergonzada; quizá él ni siquiera está listo para mí, y yo voy y lo someto con mi declaración, pero *¡qué tonta soy!*, estoy a punto de soltarle las manos y disculparme por el arrebato, pero su risa, me hace mirarlo y esta vez ya no está pálido. Ni parece asustado.

—Y yo aquí, pensando en formas de chantajearte para que aceptes ser mi novia. —Su sonrisa ilumina todo su rostro.

No lo reprimo más, y me levanto de la silla, está haciendo un estridente chirrido mientras se corre hacia atrás y sé que he llamado más la atención de las personas, pero no me importa. El que quiera ver que vea. Me inclino sobre la mesa y lo halo de su hermosa corbata amarilla hacia mí y lo beso como si me estuviera muriendo. Aunque en cierta forma, sí estoy muriendo.

Estaba muriendo por permitirme amar y que amen de regreso.

Mi beso se profundiza como si no existiera mañana.

Sus cálidas manos acunan mi rostro, mientras él se levanta completamente y se inclina también sobre la mesa, besándome con igual desesperación.

—Te amo, Isabella Blakely, y un día serás mi esposa y tendremos cinco o seis hijos... y amarás cada segundo de eso.

—¿Es... una amenaza o una promesa, señor Stone? —inquiero, levantando una ceja divertida. Nariz con nariz. Nuestras respiraciones pesadas, perdiéndome en las profundidades de sus hermosos ojos negros.

—Ninguna de las dos. —Me besa en los labios otra vez—. *Es un hecho.* Pensé que había quedado claro en nuestra primera cita, que serías mía para siempre. Nunca tuve intención de enamorarme de otra mujer y tú jamás, tuviste oportunidad de hacerme cambiar de parecer.

No puedo evitarlo y río fuerte, él atrae mi cara otra vez a la suya y nos besamos, en tanto las personas aplauden a nuestro alrededor. Solo podía imaginar que, en cualquier instante mi celular iba a empezar a explotar con las llamadas de mi madre. Este pueblo era tan cotilla.

—¿Es buen momento para decirte que este restaurante es mío, y que no me interesa lo que estas personas, vayan a hablar de nosotros mañana en el desayuno? —confiesa Stone rosando sus labios contra los míos.

—¡Ya lo sabía! Solo tú podrías castigar, a esta pobre gente cobrándoles sesenta dólares por una hamburguesa y papas fritas. —Río mientras acaricio sus mejillas Y me pierdo en sus hermosos ojos negros—. Pero, tienes que saber, que, a mí, tampoco me importa lo que estas personas vayan a hablar de nosotros el resto de sus vidas. Lo único que me interesa es saber lo que

quieres para mañana de desayuno porque, señor Alex Stone, usted tiene una cita mañana temprano para desayunar.

Sus ojos brillan de amor y me atrae hacia a su boca, otra vez, y vuelve a besarme. Pero esta vez delicadamente. Era un beso destinado a sanar mi alma. Y que, con cada roce de nuestros labios tomaba cada pedazo herido y astillado, y lo estaba volviendo a unir.

Él me estaba liberando.

Me estaba cuidando.

La vida a veces es así. No podemos evitar que nos pasen las cosas, pero debemos concentrarnos en las personas que amamos, y que nos aman.

Y, aunque parezca imposible, las personas como mi hijo Lucas, que nacen con algún síndrome o discapacidad, son las que más *aman*. Las que más se entregan, sin pensar en los *porqués* o *para qué*. Son los que, cada día se preocupan muchísimo por nosotros, aunque a veces, por sus limitaciones, no puedan decirlo. Pero, si solo te detienes un segundo, y los miras a los ojos, *verás* todo ese amor atrapado dentro de ellos, toda esa entrega y agradecimiento, por lo que haces cada día. Permite que sus ojos, te dan las gracias, cuando sus limitaciones lo imposibilitan a hacerlo con las palabras.

Los gestos siempre serán más importantes que las palabras, cuando de amor se trata.

Y ellos son unos expertos en eso.

Todo ese maravilloso amor pasa desapercibido para el ojo humano, porque únicamente se pueden apreciar con los ojos del alma.

Y, por supuesto, que somos especiales, *yo soy especial*, porque mientras que hay personas buscando hacer daño, herir o lastimar y vivir con estereotipos y con prejuicios... nosotros fuimos escogidos para amar a estas personas que fueron diseñadas exclusivamente para dar su amor al cien por ciento, y enseñarnos que, *la naturaleza jamás se equivoca*. Y que el amor verdadero, *no sabe de matemáticas*.

EPÍLOGO

EMERY

*Un año después.
Invierno 2018*

Estar sin Lucas era extraño. Aún me sentía diferente, *vacía*.

Un poco menos *yo*.

Odié al tiempo, porque convirtió los días tristes en semanas y rápidamente las semanas se hicieron meses.

Esperé, pacientemente, el día en que no extrañara tanto a Lucas, que no pensara tanto en él.

Pero aún no ha llegado.

A veces temo que jamás llegue.

Tuve días buenos y otros, en los que la tristeza me tragaba entera y únicamente lloraba. Evité, como a la peste, a Isabella. Era injusto, pero no me sentía valiente para hablar con ella. No me sentía lo suficientemente fuerte como para ayudarla a afrontar lo que yo misma sentía cada día, y que aún, no había descubierto cómo sobrellevar.

Esos días negros, como los llamo, mi familia me ignoraba. La muerte de Lucas los había aliviado de tener que pensar, en un futuro, donde yo, terminaba casada con él.

Eso era lo que más lastimaba mi corazón, su falta de empatía. No podía entenderlos...

Porque si amar nos volvía humanos, *¿en que nos convertía el prejuicio?*

Para ellos era incomprendible, absurdo, cómo una chica “normal” podía haberse enamorado profundamente de una persona como Lucas, amarlo hasta el punto de querer casarme con alguien así. Me reí amargamente, por lo idiota que podía ser mi madre o mis hermanas, o los amigos de ellas.

Todos eran unos prejuiciosos, hipócritas, por creerse mejor que Lucas.

Esos días de enfrentamiento eran los peores. Aprendí, rápidamente, que era mejor ignorarlos y evitarlos. Gracias a eso, sus provocaciones, burlas o comentarios dejaron de importarme hace mucho tiempo.

Y después de *hoy*, dejaría sus vidas. Ya no tenía sentido seguir aquí. Tenía que empezar a moverme con la vida, si no, ellos iban a ganar, y no quería que tuvieran razón.

Tuve la esperanza de que fuera verdad, eso de que una persona puede llorar hasta que el pozo de sus lágrimas se seque. Siento decirles que es mentira, o por lo menos en mi caso, yo aún tengo un buen número de millares de lágrimas con el nombre de Lucas dentro de mí.

Y *hoy* era el día en que más pensaba en Lucas, y mientras estoy sentada en las escaleras de la entrada de mi casa, me aferro a la camisa de Lucas que robé de su cuarto, ese desastroso lunes cuando lo atacaron con tomates podridos, para que se alejara de mí.

Lo extraño demasiado.

Quería tener algo de él, para estar tranquila, para saber que estaba bien. Jamás pensé que esta camisa se convertirá en mi mayor consuelo y paño de lágrimas. Aún olía un poco a él.

Enciendo mi celular y me golpea la foto de Lucas, y yo, en el parque durante nuestra primera cita.

La tomé mientras que le pedí que cerrara los ojos. Sonríó recordando ese día, mientras trazo con mi dedo índice el contorno el rostro de Lucas.

Es un *selfie* de nosotros dos.

Amo esta foto porque Lucas luce tan sereno y feliz, mientras tiene los ojos cerrados, sus lentes tan transparentes como su alma, y yo, sonrío hacia la cámara, con mi cabeza recostada en su hombro.

Pero mi sonrisa muere al ver la hora; sujeto con más fuerza mi celular y lo acerco a mi corazón.

4:15 a. m.

Me acurruco más dentro de la camisa de Lucas y respiro profundamente, cierro los ojos para ver si puedo evocar la sensación de su mano envuelta en la mía, su calidez y su voz.

Mi alarma suena y la silencio rápidamente, mientras las primeras lágrimas empiezan a caer.

Un año.

Se ha cumplido el primer año, y para mí, es como si hubiera sido hoy. Siento el dolor tan vivo dentro de mí. *Tan desgarrador.*

Hoy, hace un año, *Lucas se fue*. Me dejó, no porque quisiera hacerlo, sino, porque el tiempo no había estado de nuestro lado.

Jamás lo había estado.

Tiempo.

Escucho su voz contestándome a la pregunta. Lo único que siempre quiso, fue TIEMPO.

Una ráfaga de viento levanta un poco mi cabello y las lágrimas en mi rostro se sienten como agujas por el frío viento, mientras la nieve ha empezado a decorar la granja. Pronto estará todo blanco.

Y mientras la vida sigue como las manecillas de reloj, quiero que sepas esto:

Si tú eres una persona como yo, enamorado(a) de una persona que la sociedad dice que es “*diferente*” porque esta nació con alguna discapacidad, y te dicen que mereces amar a otra persona “*mejor*” o “*igual a ti*”, o si estas rodeada de personas que lo hacen difícil, solo te pido esto... Olvídate de lo que dicen esas personas. No los escuches más, olvídate de lo que ellos creen que es “normal” abre tus brazos y lánzate a seguir tus sentimientos, no importa si la persona que amas tiene algún síndrome o enfermedad, o que físicamente sea diferente a ti. Grita a los cuatro vientos que la amas, porque mañana puede ser tarde. No pierdas ni un segundo.

¡Apresúrate!

No hay tiempo que perder.

Porque será tu única oportunidad de sentir el amor más puro y desinteresado que hay el mundo.

El tiempo es un regalo, y te lo aseguro, no te arrepentirás, cada segundo valdrá la pena, porque experimentarás un amor de verdad, un amor que no se guía por el egoísmo ni el orgullo, sino por el bienestar del otro. Un amor capaz de transportarte en el tiempo. Un amor capaz de llenar hasta el más pequeño de los vacíos.

Porque eso me dio Lucas, un amor donde tomarse las manos era mejor que desnudarse, donde los ojos también pueden besar y un corazón puede reconocerse en otro corazón.

Algún día voy a estar bien, pero mientras tanto, hoy voy a salir al mundo a cumplir mi deseo. Voy a seguir con mis planes, pero, con un ligero cambio, ahora voy a estudiar para defender a las personas como Lucas, para defender su derecho amar a otros como yo.

Voy a defender su esencia, su inocencia y su valentía. Voy a defenderlos

de personas iguales a mi familia. De personas erradas que piensan que tienen la razón.

Porque al final del día, si pudieras pedir un deseo, que sabes que se haría realidad.

Tú, ¿qué pedirías?

SOBRE LA AUTORA

Sofi Bautista es una joven de veintiocho años, oriunda de Guayaquil – Ecuador. Graduada de la universidad como tecnóloga pedagógica en Diseño Computarizado y Ventas (2011), y licenciada en Mercadotecnia y Publicidad (2013). Este año, en el mes de julio, se decide auto publicar por primera vez su Novela Debut “DOWN” Porque el verdadero amor, no sabe de matemáticas, una historia profunda, que trata sobre los prejuicios disfrazados de falsa solidaridad, que ejerce esta sociedad sobre las personas que nacen con algún Síndrome o Discapacidad.

Desea que su historia, pueda llegar a muchos lectores, con la intención de provocar un cambio en su forma de ver a estas personas, y que comprendan, que el nacer “diferentes”, no les resta ningún derecho, y menos sobre el amor.

Ella disfruta escribir, porque le permite forjar un vínculo con el lector y tocar no solo su corazón, sino también, su conciencia. Adora hacerlos reír, llorar y enamorarse, mientras dan un paseo en la vida con los personajes que han sido inspirados, especialmente para ustedes.

Sus próximos libros, también abarcan temas de actualidad, siempre conservando su esencia. El toque de humor, con el que hay que ver la vida.

“La vida es demasiado maravillosa, como para desperdiciarla odiando”

Entre los géneros que disfruta leer en su tiempo libre, están los Libros de Autoayuda, Romance, Suspense y Comedia.

Su escritor favorito es el alemán Patrick Süskind.

Ella te pide lo siguiente:

No hay mejor regalo, y muestra de cariño hacia nosotros, los Escritores, que el escribir tu comentario y valoración honesta y respetuosa, sobre el libro que acabas de leer, en las diferentes páginas que están a tu disposición, como lo son, por nombrar algunas, **Amazon**, **Goodreads**, entre otras más. Te pido, que me honres, con tu comentario honesto, para así, seguir creciendo como Escritora y Ser Humano, y que este, sea un medio para que más lectores se animen a darle una oportunidad a esta hermosa historia.

¡Muchísimas Gracias, por tu cariño y tu tiempo!

Puedes encontrar más de mis libros, próximamente en Amazon. Si deseas seguirme en mis *redes sociales*, puedes encontrarme como @sofibautistaautora.

¡Te espero!